

Eugenio Amadís
*Tratado popular de Moral
y Economía Política*



Biblioteca Saavedra Fajardo 2018



Transcripción y corrección ortográfica a partir de: Amadís, Eugenio. *Tratado popular de Moral y Economía Política*. Segunda Edición. La Habana: Tipografía de La Gaceta Oficial, 1887.



TRATADO POPULAR DE MORAL Y ECONOMÍA POLÍTICA

OBRA PREMIADA POR EL SUPREMO CONSEJO DE COLÓN, EN EL CERTAMEN DE 1883.

«Por encima de las luchas de partido y los candentes problemas de la política militante, se hallan los intereses permanentes de la sociedad.»

A LA MEMORIA DE MIS PADRES



ACTA DEL JURADO

En la ciudad de la Habana, a veinticinco de Enero de mil ochocientos ochenta y cuatro, reunidos los que suscriben, Jueces elegidos por el Supremo Consejo de Colón para constituir el Jurado que ha de discernir el premio y el accésit en el Certamen abierto por dicha Corporación sobre un Tratado Popular de Economía Política, resolvieron:

Que en razón a la sencillez y corrección de la forma, a las excelentes condiciones del método, a la claridad y precisión en lo tocante a los conceptos, y finalmente, al sentido práctico con que han sido examinadas y discutidas las cuestiones capitales de la ciencia económica, debe adjudicarse: el premio al TRATADO POPULAR DE MORAL Y ECONOMÍA POLÍTICA que tiene el siguiente lema:

Por encima de las luchas de partidos y los candentes problemas de la política militante, se hallan los intereses permanentes de la sociedad.

Y que corresponde el accésit, por el orden de mérito, al TRATADO POPULAR DE ECONOMÍA POLÍTICA, cuyo lema es: «*Multum in parvo*».

En fe de lo cual, y para dejar cumplido su honroso encargo, firman la presente.

JESÚS BENIGNO GÁLVEZ

LUIS ESTÉVEZ Y ROMERO



INTRODUCCIÓN.

He emprendido esta obra correspondiendo a los propósitos del *Supremo Consejo de Colón*, el cual ha sacado a concurso la redacción de un *Tratado popular de Economía política*.

El objeto del Ilustre Cuerpo parece a primera vista que se refiere tan sólo a la Economía política; empero, si se examina con más detenimiento, su programa es aún mucho más extenso: tiende a la propaganda de las ciencias, y con especialidad de las ciencias morales y políticas.

Créome, pues, autorizado para ensanchar un tanto los límites de mi tarea, sin que por ello deje de ser mi libro obra «popular»; antes al contrario, al retrotraer los hechos sociales y económicos hacia los principios de que se originan, me esforzaré en dar a conocer las leyes que rigen al mundo moral y las relaciones que ligan entre sí a los hombres en la sociedad.

Antes de tratar de lo relativo a los medios de adquirir fortuna, creo útil recordar al hombre que, colocado sobre la tierra por el Creador de todas las cosas para cumplir en ella sus inescrutables designios, y llamado a vivir en medio de una sociedad, en el seno de una familia, tiene deberes que cumplir hacia su Criador, hacia su país, hacia su familia, hacia sus semejantes; tiene, en fin, deberes que llenar hacia sí mismo.

Desgraciadamente reinan en la generalidad de los ánimos opiniones muy falsas respecto a la naturaleza de las relaciones que existen entre los hombres; por lo general se cree que hay un constante antagonismo entre los intereses de las distintas clases de la sociedad. Muy ventajoso sería que los hombres conocieran bien su posición recíproca. Se convencerían de que sus intereses son idénticos en el fondo, y de que no hay más bienes permanentes que aquellos que a todos son útiles. Impórtales comprender que la sociedad se funda en el cambio de servicios, y que las clases sociales necesitan las unas de las otras. Lo que a una perjudica daña también a las otras; lo que mejora la condición de una sola, aprovecha a la sociedad entera.

Si los hombres todos comprendiesen bien esta armonía social, se verían menos inclinados a mirarse con desconfianza y envidia; mientras buscasen lealmente su propio interés, cada cual dentro de su esfera, sería menor la tendencia a irritarse contra aquellos que por su parte buscan también su conveniencia; sabrían que el bien general es el resultado de los legítimos esfuerzos de cada uno hacia su interés bien entendido. Y si conociesen un poco mejor las leyes que gobiernan al mundo social como al mundo físico, no estarían tan prontos a achacar a la sociedad los males que experimentan, y se aprovecharían mejor de los recursos con que les brinda para mejorar su



condición. En vez de cansarse buscando donde no se encuentra el remedio a los males que sufren, lo buscarían donde realmente está, es decir, en sí mismos y en su perfeccionamiento moral e intelectual.

Darles a conocer esas grandes leyes providenciales, esos recursos y esos medios; tal deberá ser mi objeto.

Así como el medio más acertado para precaverse contra un torrente es combatirlo en los montes donde nace y tratar de cegar su origen, así para combatir la demagogia es preciso atacar el mal en sus raíces, dedicarse a curar los ánimos, arrebatarse sus soldados del motín, haciendo ver a los desgraciados que se cobijan bajo sus banderas todos los males a que se exponen.

«Precisamente porque somos ignorantes—dicen los proletarios—es por lo que nos dejamos arrastrar con tanta facilidad. Las gentes ricas están en un gran error: se desdeñan de relacionarse con nosotros y no se ocupan de instruirnos. Cuando sufrimos, escuchamos a aquellos que muestran compadecernos, y somos las víctimas de gentes que vienen a seducirnos para conseguir sus fines particulares.»

Semejante declaración no debe echarse en olvido. ¿Querrá decir esto que nos hallemos hoy, más que en otros tiempos, amenazados por el socialismo? No, si por tal se entiende solamente la utopía, la novela socialista, el socialismo anárquico, que quiere por un golpe de mano apoderarse de la sociedad, liquidarla, transformarla de la noche a la mañana. Este socialismo pierde tanto más terreno cuanto más se le deja instalarse libremente a la luz del día. El peligro está en otra parte: «Reina en estos momentos una especie de enfermedad contagiosa que se enseñoorea de un gran número de inteligencias: es la idea de extender la acción del Estado a todos los dominios de la vida social, de la vida industrial, y casi aún de la vida doméstica.»—El enemigo es, por consiguiente, doble. Los Socialistas de profesión tienen razón cuando dicen a estos imprudentes: «También vosotros hacéis socialismo, con la diferencia de que vosotros sois hombres de expedientes, mientras que nosotros somos hombres de principios.»

Y la falsa idea que se tiene respecto a la misión del Estado en el orden económico, obra de rechazo y del modo más sensible sobre el orden político, y es causa permanente de la inestabilidad de los gobiernos.

A nuestra época estaba reservado el ver que hombres distinguidos por su carácter, su saber y su talento, elevasen al rango de doctrina de salud pública la abdicación de toda individualidad en



provecho del Estado, preconizado, glorificado, divinizado como el genio tutelar de la civilización moderna!

Olvidase la respuesta de Roberto Peel a los arrendatarios ingleses que se llegaron un día a preguntarle; «Pero, en fin, ¿qué precio pensáis garantizarnos por nuestros trigos?»—«Ninguno! Nada os debo sino el orden, la paz, la seguridad.»

Habré de tener asimismo en cuenta un movimiento de ideas, muy interesante, que se ha producido recientemente en el campo de los economistas de todos los países, y que propende a revisar los principios fundamentales de la ciencia.

Se reprocha hoy a la ortodoxia económica lo que Bacon decía respecto de ciertos filósofos: «Hacen leyes imaginarias para imaginarias repúblicas, y sus discursos son como las estrellas: dan poca luz porque se encuentran muy alejadas de la tierra.»

Preciso es decirlo: la misión del economista se hace cada día más importante a la vez que más dificultosa: más importante, porque las cuestiones económicas, o más bien sociales, toman un carácter cada vez más grave, por lo mismo que ponen en discusión las bases esenciales del orden actual; más difícil, porque los principios de la ciencia, que estábamos acostumbrados a considerar como bases incontrastables, se ponen ya en duda o se niegan por aquellos que los han estudiado más de cerca. Así, M. Paul Leroy Beaulieu en la excelente obra, tan rica en doctrinas como abundante en hechos, que acaba de escribir, consagrada al estudio de la repartición de la riqueza, se expresa en términos más enérgicos aún de los que emplea el principal representante de la reforma económica en Inglaterra, Mr. Cliff Leslie, refiriéndose a los axiomas fundamentales de la escuela ortodoxa: «En resumen—dice—casi todo cuanto la escuela economista clásica ha escrito acerca de la repartición de las riquezas, se desvanece al examinarlo con atención.»

Así, pues, se declaran impotentes las armas de que ha sido costumbre servirse, y es preciso forjarse otras más sólidas, mejor templadas. Deber tanto más imperioso cuando nos dirigimos a las clases laboriosas, a aquellos que disfrutaban rara vez y con gran dificultad de un poco de ocio, pues se trata de no hacerles perder su tiempo, y sobre todo de no engañarlos.

Es necesario hacer patente la verdad, y formar sólidas convicciones.

Como quiera que la índole de este trabajo me prohíbe darle la forma de una disertación, en la que habría podido citar las autoridades en que me apoyo, es un deber para mí manifestar cuánto siento no poder expresar el tributo que a cada cual corresponda. No abrigo la pretensión de emitir ideas



nuevas: no hago más que resumir lo que han dicho ya otros escritores antes que yo. Reproduzco, pues, sus pensamientos y a veces sus palabras mismas; con lo cual confieso la imposibilidad en que me reconocía de hacerlo mejor. — Que aquellos a quienes debo auxilios y luces, y a quienes he recurrido sin poder nombrarlos en tiempo y lugar, reciban desde ahora la expresión sincera de mi agradecimiento. En cuanto a mí me disculpa el buen deseo que me anima de hacer este libro más útil aún para las clases a que me dirijo, y cuyo bienestar es el más caro objeto de mis votos y de mis esfuerzos.

EUGENIO AMADIS.

Febrero, 1883.



CAPITULO PRIMERO.

Franklin.

Quiero demostrar desde luego con un ejemplo, cómo puede un simple obrero por medio de su trabajo, su asiduidad, su orden y su economía llegar a alcanzar una gran fortuna; y veremos cómo por su buen sentido, sus talentos, su amor patrio y el influjo de su carácter y de sus virtudes, se elevó Franklin a los más altos puestos en su país, al cual prestó servicios eminentes, muriendo lleno de honores y de gloria, y dejando uno de los nombres más venerados que pueden transmitirse a la posteridad.

Benjamín Franklin nació en Boston el 17 de Enero de 1706. Era su padre fabricante de velas de sebo, y tenía diez y siete hijos, de los cuales era Benjamín el décimo quinto. Tan numerosa familia de obreros sólo podía subsistir con un asiduo trabajo, y el padre no estaba en condiciones de hacer grandes sacrificios por la educación de sus hijos.

Así, Benjamín Franklin no estuvo más que un año en la escuela, y desde que tuvo diez ya trabajaba en el taller de su padre, cortando los pábilos y colocándolos en los moldes, que rellenaba con el sebo.

No era muy de su gusto semejante trabajo: él quería ser marino. A fin de desviarlo de esta idea, le colocó su padre en diversos talleres sucesivamente. De esta suerte fue como aprendió el manejo de los instrumentos de varias profesiones, cosa que tan útil le fue más adelante. Después de varios ensayos, y como demostrase decidida inclinación por la lectura, púsole su padre como aprendiz en el establecimiento de uno de sus hijos que era impresor.

Diestro y aplicado, Benjamín fue muy pronto un hábil obrero. Al mismo tiempo se entregaba a aquel gusto de la lectura, que había llamado la atención de su padre; pero lo hacía sin menoscabo de su trabajo, quitando al alimento y al descanso el dinero y el tiempo necesarios para comprar libros y leerlos.—«Cuando mi hermano y sus operarios salían de la imprenta—dice en las memorias que dejó escritas—quedábame solo y terminaba apresuradamente mi frugal comida, que consistía por lo regular en una galleta o una rebanada de pan, con un racimo de uvas o algún pedazo de pastel y un vaso de agua. Hasta su regreso disponía yo del resto del tiempo para mis estudios; y mis adelantos en este concepto eran proporcionados a la claridad de ideas y a la facilidad de concepción, que son el fruto de la templanza».



No permaneció Benjamín mucho tiempo al lado de su hermano, con quien no se llevaba del todo bien, y se fue a buscar trabajo, primero a New-York, donde no pudo encontrarlo porque no había allí imprenta todavía, y después a Philadelphia, a donde llegó con sólo un dólar y un chelín en el bolsillo.

Enseguida se colocó en casa de un mal impresor llamado Keimer, establecido allí con una prensa vieja y una reducida colección de letras gastadas. Franklin consiguió a fuerza de habilidad hacer funcionar bien aquella imprenta defectuosa; se hizo notar del Gobernador de la provincia, quien le tomó afecto y quien, deseoso de tener una buena imprenta en Philadelphia, le propuso que fuese a comprar una a Inglaterra, facilitándole de su propio peculio los fondos necesarios, que Franklin le reembolsaría cuando pudiera.

Partió Franklin, y llegado a Londres, no encontró allí las letras de cambio del Gobernador, quien había prometido más de lo que podía cumplir, y se vio precisado a colocarse allí como operario en una imprenta, donde desde luego empezó a trabajar como prensista.

Allí continuó observando aquellos hábitos de sobriedad y constancia en el trabajo que se había impuesto en América: «Yo no bebía más que agua,—dice;—los otros operarios, en número de unos cincuenta, eran grandes bebedores de cerveza. Subía yo y bajaba las escaleras llevando en cada mano una pesada caja, mientras que los otros operarios empleaban las dos manos para llevar una sola. Sorprendíanse en tales casos de ver que el americano acuático (como acostumbraban a nombrarme) fuese más vigoroso que los que bebían *porter*. El mozo cervecero tenía ocupación durante el día entero, sirviendo solamente en aquella casa. Mi compañero prensista se tomaba diariamente una pinta de cerveza antes de almorzar; otra pinta con pan y queso en el almuerzo, otra entre el almuerzo y la comida, otra a eso de las seis de la tarde, y otra después de acabar su trabajo. Esta costumbre me parecía detestable; pero él decía que necesitaba beber todo aquello a fin de tener fuerzas para trabajar. Así es como esos pobres diablos vegetan toda su vida en un estado de mortificación y de miseria voluntarias» ... «Habíame yo mismo recomendado a mi maestro con mi constante aplicación al trabajo y nunca celebré la fiesta del lunes. Mi habilidad superior «en componer» me proporcionaba siempre el trabajo más urgente y que por lo regular se pagaba mejor. De este modo pasaba yo mi tiempo de una manera satisfactoria.»

A la vez mostrábase Franklin servicial para con sus camaradas. A menudo el *americano acuático* salía fiador por ellos para con el cervecero. Muy en breve la firmeza de su buen ejemplo, la bondad



de su carácter y su superioridad le dieron una influencia tal, que pudo fundar entre ellos una Sociedad de templanza que produjo los mejores efectos.

Después de diez y ocho meses de permanencia en Londres, regresó Franklin a Philadelphia en 1726, y se colocó de nuevo en la imprenta de Keimer, la cual con su destreza y su espíritu de inventiva, pudo llegar a completar. No estando provista de suficiente cantidad de tipos, se sirvió de los que había e hizo con ellos moldes que rellenoó con plomo. Algún tiempo después fue comisionado para ejecutar el grabado de una plancha para la confección del papel moneda que iba a emitir la Colonia de New-Jersey. Su obra fue muy celebrada; verificó la tirada en presencia de las personas más distinguidas de la provincia, cuya estimación se captó por su finura, su buen juicio y sus variados conocimientos.

Era Franklin demasiado hábil para no tratar de trabajar por cuenta propia; se asoció, pues, con uno de los operarios de Keimer, llamado Meredith, cuyo padre les facilitó como adelanto los fondos para la compra de una imprenta.

No estaba su nuevo establecimiento en condiciones muy favorables, porque ya había entonces en Philadelphia dos imprentas que se repartían la clientela de la ciudad. Comprendió Franklin que sólo a fuerza de economía y de actividad podría luchar contra las desventajas de aquella situación. Poníase a trabajar antes de amanecer, y eran muchas veces más de las once de la noche cuando acababa de preparar su tarea para el siguiente día.

Habíase impuesto a sí mismo la tarea de componer un pliego cada día; y si al terminar el trabajo se le llegaba a desarreglar una forma, recomponía inmediatamente dos páginas en folio antes de irse a acostar.

«Esta faena incesante, de la cual se apercebían nuestros vecinos—dice—empezó a proporcionarnos reputación y crédito. Supe, entre otras cosas, que nuestra nueva imprenta había sido el tema de la conversación en un círculo de Negociantes que se reunía todas las noches, y entre los cuales la opinión general era que la imprenta fracasaría, en razón a que existían ya dos casas impresoras en la ciudad. Pero el Dr. Bard fue de distinta opinión: «La actividad de ese Franklin—dijo—sobrepaja a cuanto yo he visto en este particular; le veo trabajar por las noches cuando salgo del círculo, y por las mañanas ya está trabajando mucho antes de que sus vecinos se hayan levantado.» Esta observación sorprendió a todos los del círculo, y poco después uno de ellos vino a nuestra casa y nos ofreció facilitarnos, efectos de su almacén... No es con el objeto de merecer elogios—agrega



Franklin—por lo que me detengo tanto en estas particularidades de mi industria, sino para que aquellos de mis descendientes que lean mis Memorias puedan reconocer la utilidad de esta virtud m y vean por la historia de mi vida los efectos que en mi favor ha producido».

A pesar de todo, mal secundado por Meredith, de quien al fin hubo de separarse, encontróse Franklin un día apurado para saldar el precio de su imprenta. Felizmente dos de sus amigos, que conocían su honradez, le ofrecieron los fondos necesarios, y él cuenta cómo se condujo en aquellas circunstancias; «Empecé a pagar poco a poco la deuda que había contraído, y a fin de asegurar mi crédito y mi consideración comercial, tuve cuidado no sólo de ser económico y trabajador en realidad, sino aun de evitar toda apariencia contraria. Vestíame con la mayor modestia y no se me veía nunca en ningún lugar de diversión pública. No iba a pescar nunca, ni a cazar. A la verdad, un libro me hacía algunos ratos olvidar el trabajo; pero esto era muy raras veces, a escondidas y sin llamar nunca la atención de nadie. Para mostrar que no me creía yo superior a mi posición, conducía yo mismo a veces en una carretilla el papel que había comprado en el almacén.

Adquirí asimismo la reputación de joven laborioso y muy exacto en sus pagos; los comerciantes de artículos de papelería solicitaron que fuera su parroquiano; otros me ofrecieron surtirme de libros, y mi pequeño comercio prosperó».

En 1730 se casó Franklin con Miss Read, a quien había conocido y amaba antes de su viaje a Londres.—«Fue» para mí—dice—una compañera cariñosa y fiel...; sólo tuvimos ambos un mismo pensamiento, y tratamos de hacernos felices mutuamente».

Y lo fueron, en efecto, el uno para el otro, durante más de cincuenta años.

«Era la señora Franklin una mujer honrada y laboriosa, cuyos gustos concordaban perfectamente con los de su esposo. Ella doblaba el papel, cosía los cuadernos, arreglaba los efectos puestos a la venta, compraba trapos viejos para hacer papel, vigilaba a los criados, mientras que Franklin, levantado antes que ningún otro de los vecinos, abría su tienda, trabajaba vestido con blusa y gorra, acarrea y embalaba él mismo sus mercancías y daba a todos el ejemplo de la actividad y de la modestia».

La formalidad de Franklin, la perfección de sus impresos no tardaron en atraerle la preferencia del Gobierno y de los particulares sobre sus colegas. La Asamblea de Pensylvania le encargó la publicación de sus actas y la impresión de su papel-moneda. Otro tanto hizo el gobierno de New-Castle.



En breve pudo Franklin extender sus operaciones. Bajo su entendida dirección se habían formado obreros excelentes; compró prensas y tipos y fundó imprentas en las ciudades donde aún no las había. Encargó de ellas a sus operarios, con quienes hizo sociedad, reservándose el tercio de los beneficios. Aun no se producía papel en América: él creó varias fábricas. No existían periódicos, y él publicó uno en que se trataban las cuestiones de más interés para el país.

Publicó también aquellos almanaques, cuya celebridad dura todavía bajo el título de *Almanaques del buen Ricardo*, en los cuales daba al pueblo los consejos más sabios y más prácticos. De ellos vendía más de 10,000 ejemplares al año, y los cambiaba también por trapos viejos, que hasta entonces se desperdiciaban y que él utilizaba para alimentar sus fábricas de papel.

De esta suerte llegó pronto a ser rico; pero, por una moderación poco común, creyóse a los 42 años que lo era bastante; cedió su comercio, en el que se limitó a conservar un interés, y se dedicó a los trabajos y estudios que lo han hecho ilustre. Fue uno de los físicos más distinguidos de su época. Hizo importantes descubrimientos sobre electricidad; a él se debe la invención del pararrayos; pero ha sido más célebre aún por sus virtudes y por los valiosos servicios que prestó a su país.

Habíase aplicado desde su juventud a dominar sus pasiones y a hacerse mejor.

Con este objeto había formado una lista de las cualidades que a su juicio era preciso poseer, y eran: templanza, silencio, orden, resolución, frugalidad, industria, sinceridad, justicia, moderación, limpieza, tranquilidad, castidad, humildad. Diariamente señalaba con una cruz las infracciones que había cometido. El dominio que de este modo se habituó a ejercer sobre sí mismo, le sirvió más tarde para ejercerlo mayor aún sobre los demás. Apenas daba los primeros pasos en la carrera de su vida, cuando ya se hicieron patentes su amor al bien y su ingeniosa actividad, fundando establecimientos útiles.

En 1727, es decir, cuando tenía 21 años, fundó en Philadelphia un club, que sólo en el nombre se parecía a los que vemos en el día; allí los jóvenes obreros instruidos como él se reunían todos los domingos, en vez de irse a las tabernas, y oían lecturas instructivas o discutían sobre política o filosofía. Otros clubs, afiliados a aquel, se formaron sucesivamente en el país y allí se cimentaron para Franklin los elementos de una gran influencia.

Más tarde fundó en la misma ciudad, por suscripción y por cesión de los libros que cada cual poseía, una biblioteca que propagó el gusto por la lectura y que fue la matriz de todas las que posee la América septentrional.



A él debió también Philadelphia la fundación de un colegio, un hospital y el empedrado y alumbrado de sus calles.

Para hacer el bien no basta tener buenas intenciones; es preciso también saber dirigir a los hombres y hacerles adoptar las ideas. Franklin, por la superioridad de su espíritu y la firmeza de su carácter, gustaba de dirigir a los demás y tenía condiciones para ello. En su niñez como en su juventud, mandaba y dominaba a sus compañeros. Empero, comprendió en breve que no era este el mejor medio para dirigir a los hombres; dedicóse entonces a estimular el amor propio de aquellos a quienes deseaba persuadir, y no empleaba con ellos sino las formas más suaves é insinuantes. Cuando trataba de hacer adoptar algún proyecto, no lo presentaba como obra suya propia, sino como de algún amigo cuyo nombre ocultaba; así conseguía el éxito sin despertar susceptibilidades o celos.

Los talentos y raras cualidades de Franklin, sus eminentes servicios, su conducta benévola hacia todos, debían llevarlo a desempeñar un importante papel en su país.

Desde 1736 fue nombrado Secretario de la Asamblea de Pensylvania, aunque sin derecho de votar. En 1747 fue electo miembro de la propia Asamblea. En 1753 fue elevado al cargo de Administrador general de Correos en América. En distintas ocasiones fue a Inglaterra, enviado en defensa de los derechos de sus conciudadanos, en cuya misión dio pruebas de tanta habilidad como de energía y moderación. Por último, cuando las injusticias de la Metrópoli excitaron las Colonias a su separación, Franklin tomó una gran parte en la declaración de la independencia, y fue nombrado Presidente de la Asamblea de Pensylvania.

Durante la lucha sostenida contra Inglaterra para la conquista de la libertad, volvió América sus ojos hacia Francia, y encargóse a Franklin para acudir al Rey Luis XVI en solicitud de recursos. Tuvo en París una entusiasta acogida, dio cima con el mejor éxito a las negociaciones, y el 6 de Febrero de 1778 firmó el tratado de alianza ofensiva y defensiva entre Francia y los Estados Unidos. Cinco años más tarde le cupo también la gloria de firmar el tratado de paz que afianzaba la independencia de su patria.

Hasta el año de 1785 permaneció Franklin en Francia en calidad de Ministro Plenipotenciario. Por sus propias y reiteradas instancias consiguió entonces ser llamado a su país, a donde regresó siendo recibido en triunfo; nómbrasele Presidente del Estado de Pensylvania, y fue uno de los autores de la constitución Federal de América.



Desde varios años atrás venía padeciendo del mal de piedra; había soportado los dolores de tan cruel enfermedad mientras creyó que podía ser útil a sus conciudadanos. Pero al expirar el periodo de su Presidencia, juzgó que ya había hecho bastante por ellos y se retiró a la vida privada. Vivió aún dos años, presa de agudos sufrimientos que soportó con aquella serenidad y aquella calma que da la religión. y murió el 17 de Abril de 1790 a la edad de 84 años.

Para demostrar su reconocimiento hacia la memoria de aquel gran ciudadano, el Congreso decretó dos meses de luto nacional en toda la América. Cuando llegó a Francia la noticia de su muerte, la Asamblea Constituyente decretó, por moción de Mirabeau, tres días de luto como testimonio de sentimiento y de recuerdo a uno de los más grandes hombres que han servido a la ciencia y a la libertad.

En su sepulcro se inscribió el epitafio siguiente, que él mismo compuso cuando tenía 27 años y era operario impresor; el cual revela, bajo su forma original, los sentimientos religiosos de que siempre estuvo animado:

YACE AQUÍ,
ALIMENTO PARA LOS GUSANOS,
EL CUERPO DE BENJAMÍN FRANKLIN,
IMPRESOR,
COMO LA CUBIERTA DE UN LIBRO VIEJO
CUYAS HOJAS ESTÁN DESGARRADAS,
CUYA ENCUADERNACIÓN ESTA DETERIORADA.
PERO LA OBRA NO SE PERDERÁ
PORQUE HA DE REAPARECER, ASÍ LO CREE,
EN UNA NUEVA EDICIÓN REVISADA Y CORREGIDA
POR EL AUTOR.

No a todos es dado poseer las facultades no comunes y el genio de Franklin; menos es dado aún el vivir en tan excepcionales circunstancias, en medio de esos acontecimientos notables que desarrollan el carácter y el talento produciendo los grandes hombres; empero puédese, si,



dedicándose como él a dominar sus pasiones y a hacerse mejor, adquirir las mismas virtudes y obtener de ellas los mismos frutos.

Cada uno puede tener su asiduidad pertinaz e infatigable, su orden, su economía, su frugalidad y su rectitud, y llegar como él a la fortuna, o por lo menos al bienestar.

Cada cual, si como él cifra la felicidad en los afectos de la familia y en el cumplimiento de los deberes domésticos, puede estar casi seguro de encontrarla.

Cada cual, con idéntica benevolencia, con igual propósito de no agraviar a nadie, con igual amor al bien, consagrándose con igual empeño a la cosa pública, se captará el afecto y la estimación de sus conciudadanos. Cada cual, en fin, animado de iguales sentimientos, sabrá soportar con idéntico valor y resignación los sufrimientos y los reveses de la fortuna.

Vosotros los que me leéis, tomad la vida de este grande hombre de bien como modelo de la vuestra. En vez de buscar el alivio de vuestros males en esas conmociones sociales que serían causa de una miseria general, buscadlo en vosotros mismos. Sed, como Franklin, laboriosos, económicos, sobrios, previsores; cumplid con todos vuestros deberes; tened confianza en la Providencia, y vivid seguros de que ella os recompensará bendiciendo vuestros esfuerzos y concediéndoo la prosperidad y la dicha.



CAPÍTULO II. Dios, el Hombre y el Mundo.

El epitafio inscrito sobre el sepulcro de Franklin encierra una enseñanza de la más alta entidad. Para él «la cubierta del libro viejo», es decir, *su cuerpo*, se pudrirá en la tierra; pero la «obra», es decir, *su alma*, no se perderá «porque reaparecerá en una nueva edición, revisada y corregida por el autor ...» *Dios*.

Y en efecto, ¿quién de nosotros no se ha preguntado alguna vez, al volver de dejar a un ser querido en el cementerio: habrá muerto de veras? ¿Habrá concluido para siempre?

La cuestión es saber si el alma existe; pues es difícil creer en aquello que no vemos ni comprendemos.

Y, sin embargo, amigo lector, si no tenemos un alma, ¿cómo comprendéis al hombre? ¿Cómo comprendéis que el cuerpo piensa, habla y discierne? Son entonces vuestros huesos, vuestra carne o vuestra sangre los que hacen todo eso en vosotros. Si no tenemos un alma, no hay en el hombre más que materia como en la madera de una mesa, en el hierro de las puertas y de las cerraduras. Y entonces, ¿cómo se explica que la materia realice en el hombre esas funciones que no puede ejecutar en lo que está alrededor nuestro, en los metales, en la madera, en la piedra, en la tierra, en los aires y en las aguas?

Creemos darnos cuenta de la diferencia entre el hombre y lo que nos rodea, diciendo que aquel vive, mientras que las cosas no viven. ¿Pero quién podrá decir qué es la vida?

Empero si no podemos decirlo que es la vida, podemos señalar todo aquello que vive sobre la tierra. ¿Y son acaso los hombres los que únicamente viven en ella? Los animales y las plantas *nacen, crecen, se nutren y mueren* como el hombre; he aquí lo que constituye la *vida*. Pero si eso a que llamamos *vida* bastase a explicar cómo puede la materia realizarlo que es el hombre, ¿por qué todo lo que tiene vida no obra de igual manera? ¿Por qué esas plantas que nacen, viven y mueren no se parecen a los animales, que a más de eso se mueven por sí mismos y experimentan placer y dolor? ¿Por qué los animales difieren tanto del hombre, que tiene sobre ellos los dones de la razón y el lenguaje, que le permite comunicarse con sus semejantes?

Por consiguiente, la vida es una frase que no lo explica todo; ni siquiera explica cómo la materia podría ser, en circunstancias dadas, susceptible de nacer, de crecer y de morir; cómo lo que comemos se convierte en sangre, en carne, en huesos; cómo nuestros alimentos forman, ora cartílagos, ora piel, cabellos en la cabeza, uñas en las extremidades de los miembros, leche tan dulce en unos



órganos y bilis tan amarga en otros. Todavía explica menos cómo la materia, a la cual vemos incapaz de sensación y movimiento, puede en el hombre ser susceptible de inteligencia y de razón, capaz de sentir y de desear.

Los médicos estudian el cuerpo del hombre: estudian asimismo el de los animales para aprender en ellos lo que puede ser útil o pernicioso al hombre. Los botánicos estudian las plantas. Y ni los médicos ni los botánicos han podido descubrir lo que en la materia constituiría el principio o germen de la vida, ni nadie ha podido hasta hoy descubrirlo tampoco, a pesar de todos los adelantos que la experiencia ha proporcionado a las ciencias todas.

Semejante ignorancia humilla a la razón y nos enseña a que desconfiemos de nosotros mismos. Nos vemos, pues, precisados a reconocer que hay en este mundo algo más allá de lo que nuestra vista percibe, y en el cuerpo humano algo más de lo que creemos y tocamos. Como seres vivientes, debemos ver en él algo más que la materia; como seres racionales que sienten, que desean, que hablan y piensan, debemos ver también algo muy superior al cuerpo.

Y a este algo lo llamamos, como todo el mundo, alma.

Para todo aquel que razone es evidente que no es nuestro cuerpo, ni ninguna parte de él, aquello que en nosotros piensa, reflexiona, desea. Observad lo que en vosotros acontece cuando pensáis, cuando queréis algo, y decid si es alguna parte de vuestro cuerpo la que ha pensado, la que ha deseado, la que ha tenido voluntad. Además, si alguna parte de nuestro cuerpo pudiera pensar y desear, todas las demás tendrían la misma facultad. El estómago pensaría como la cabeza, el pie lo mismo que la mano. Las piernas experimentarían deseos, como asimismo los brazos: y en este supuesto, si la una deseaba ir hacia la derecha a la vez que la otra desearía ir hacia la izquierda, no comprendemos por cierto cómo sería posible que nos arregláramos.

Y tal sucedería, sin duda, si la materia tuviese la facultad de pensar; pues está demostrado químicamente que todas las partes de nuestro cuerpo están constituidas con los mismos elementos materiales.

Se dice que es el *cerebro* el que piensa.

Por lo general echamos mano del *cerebro* para desentendernos del alma, porque aquel nos embaraza menos. Veamos de qué ha podido surgir semejante opinión.

El alma, que es en nosotros el ser que piensa y desea, necesita de un órgano que trasmita su acción a las diversas partes del cuerpo. Este órgano es el cerebro. Él es el que por medio de los nervios que



de él nacen y se reparten por las distintas partes del cuerpo, imprime a estas su acción con rapidez verdaderamente prodigiosa. Apenas nuestra alma piensa en leer un libro cuando ya nuestro brazo se adelanta para cogerlo. Deseamos ver lo que pasa detrás de nosotros, e instantáneamente vuélvese nuestra cabeza y nuestro cuerpo, casi antes de que hayamos tenido tiempo de apercibimos de nuestro deseo. Es también el cerebro el que por medió de esos mismos nervios trasmite al alma las impresiones que los objetos extraños hacen sentir a todas las partes de nuestro cuerpo. El cerebro con sus nervios no es, pues, sino un intermediario entre el alma y las referidas partes. Así, por ser el intermediario indispensable para las sensaciones y para el movimiento, se ha decidido que es el cerebro el que piensa y siente. De esta suerte se le ha asignado un papel que no puede corresponder sino al alma, puesto que el cerebro, órgano material, no podría ejecutar una acción tan inmaterial cual es el pensamiento.

El alma es, por tanto, un ser inmaterial; pero como no podría ser parte del cuerpo o del cerebro mismo sin participar de la naturaleza material de estos, preciso es que sea independiente del cuerpo. Luego si es independiente, no perecerá con él, y por consecuencia, «todo no muere al morir el cuerpo».

Bastante grande es ya para nosotros la creencia de que el alma es inmortal, y para que sea inmortal, alguna razón ha de existir, pues todo tiene su fundamento. ¿Con qué fin, pues, nos ha dotado Dios de un elemento inmaterial tan distinto de nuestro cuerpo, de esta mezcla de carne y huesos sujeta a descomposición, que nace, come y bebe, vive un tiempo y muere como las hierbas y como las bestias? ¿Por qué ha puesto en nosotros este principio más noble, capaz de experimentar el placer y el dolor, de conocer y de amar, de elevarse con el pensamiento a la contemplación de este mundo, al conocimiento de las bellezas y armonías que en él reinan, y hasta el reconocimiento y el amor al Creador de tantas maravillas, soberano dispensador de tantos beneficios?

¿Pero, existe Dios?

Para probar que sí, basta con mostrar sus obras. ¿Podríamos creer por un momento tan sólo que este mundo pueda ser obra de la casualidad? La casualidad no es nada; es solamente una de esas frases vanas que se usan para explicar lo que no se comprende.

Algunos ignorantes, que nada han estudiado y que se hacen eco de antiguos errores, desvirtuados largo tiempo ha, o forjadores adocenados de sistemas, que encuentran cómodo el prescindir de Dios suprimiendo la creación, dicen que el mundo no fue creado y que siempre existió. Todas las



investigaciones de los sabios hasta nuestros días demuestran que, por el contrario, el mundo no ha existido siempre tal como lo vemos. La historia de la creación ha podido leerse en las páginas todas del libro de la naturaleza, en las capas del globo, en las cimas de las montañas como en las entrañas de la tierra.

Esa historia está escrita con indelebles caracteres en las colecciones reunidas a fuerza de dinero, paciencia y trabajo, por hombres a quienes con justicia pueden denominarse «los zapadores de la ciencia.»

En cuanto al hombre, si examinamos su naturaleza, ¿cómo no creer que salió en su día ya formado de manos de un Creador? Si retrocedemos al origen primitivo de generación en generación, veremos cada hombre producido y criado por su padre y su madre; estos a su vez por sus padres, y así sucesivamente, hasta llegar, por último, a un primer hombre y una primera mujer que no tuvieron padres. ¿Deberemos, pues, creer que este hombre se creó a sí mismo? No; y sería un absurdo que a nadie puede ocurrirse, puesto que una cosa, no existiendo, no puede darse ser a sí misma. ¿Habremos de suponer que el primer hombre se formó de un germen que existía en la naturaleza? Tampoco; porque sabemos demasiado cuántos cuidados exige la infancia; y en tal concepto, ¿cómo hemos de concebir un ser que nazca y se desarrolle sin el auxilio de padres solícitos siempre en prodigarle los cuidados que requiere su debilidad? Semejante consideración es suficiente para convencernos de que el hombre fue creado, y que ha sido formado con todos sus órganos y facultades, y dotado ya de fuerza y de razón.

Y si esto es cierto, ¿qué más se necesitará para demostrar la existencia del Ser infinitamente grande que ha sabido crear semejante maravilla?

Compréndase bien cuánta inteligencia se ha necesitado para crear el hombre; reflexionad, juzgando por vosotros mismos, y considerad esta asombrosa reunión de partes, que con la armonía más perfecta concurren a formar entre sí un todo tan bien apropiado a su objeto. Estudiad el mecanismo admirable del cuerpo, que sobrepaja en perfección a nuestras máquinas mejores y más hábilmente construidas. Observad el juego de las palancas que constituyen los miembros y los músculos, que les dan movimiento por medio de contracciones imperceptibles. Hacedos cargo de la ingeniosa disposición de esos órganos, que trasforman nuestro alimento en sangre, y con ella llevan a todas las partes del cuerpo la vida y la salud. Fijaos en la estructura más asombrosa aún de esos órganos de nuestros sentidos, el oído, que por la conmoción producida por el aire sobre una débil



membrana, nos hace percibir los sonidos de otros cuerpos a distancias diversas, permitiéndonos apreciar a un tiempo mismo, así el majestuoso estampido del trueno, que retumba en las más altas regiones del aire, como el zumbido casi imperceptible del insecto que revolotea a nuestros pies; el ojo, mil veces aún más maravilloso, que al fijarse en la imagen pintada en el espacio de unas cuantas líneas, nos permite abarcar en una sola mirada un paisaje de muchas leguas.

Dejemos, empero, el cuerpo del hombre y miremos uno de esos seres que a millares pueblan la tierra, el aire y las aguas, y cuya asombrosa variedad de estructura traspasa los límites de la imaginación. Tomemos uno de esos insectos que por su pequeñez casi se sustraen a nuestra mirada. En este cuerpo hay un tronco, una cabeza, alas, miembros; en esta cabeza se encuentran ojos, y en estos hay membranas, humores, retina, nervios y músculos; el tronco tiene todos los órganos indispensables a la vida, con su complicación de canales que se ramifican en todos sentidos; en cada miembro se ven partes distintas, conexiones que dan juego a esas partes, con sus músculos para moverlas; más adentro vasos naturales que sirven para diversas funciones, y un fluido o jugo nutritivo que circula por ellos. ¿Qué mano ha podido ejecutar un trabajo de tan exquisita delicadeza?

Volvamos la mirada hacia la tierra: ¡qué espectáculo tan lleno de hermosura y de grandeza se ofrece a nuestros ojos! Aquí vastas llanuras cubiertas de ricas labranzas; colinas cubiertas de bosques, cuyo follaje espeso nos brinda reposo entre sombras y frescura; más allá altas montañas, lanzando al espacio sus gigantescas cimas; ved cual de sus flancos descienden esos arroyos que serpentean, murmurando al través de los valles amenos; ved cómo se reúnen para formar ríos de majestuoso curso, que esparcen por todas partes la vida y la abundancia, y que van, en fin, muy lejos de su origen a llevar a los mares el tributo de sus aguas; ved esos mares, esos Océanos que la ignorancia juzgó un día obstáculos a la comunicación entre los países, y que han llegado a ser, gracias a la ilustrada inteligencia de los hombres, el conducto más rápido para la comunicación de los pueblos entre sí; ved en todas partes cómo la industria y el comercio, secundados por la inteligencia, animan, cultivan, transforman el universo, esparciendo las comodidades y el bienestar en países aparentemente desheredados, a los cuales llevan los productos y los adelantos de todos los climas.

Admiremos entretanto esa continuada alternativa de días y de noches equilibrándose periódicamente en su duración creciente o decreciente; esa constante sucesión de estaciones que a su tiempo nos traen de nuevo las flores y las frutas, el calor y el frío. Sigamos la marcha del sistema



planetario: la rotación de nuestro globo, que nos permite ver el sol en la mañana entre nubes de oro y que lanza a medio día sus rayos sobre nuestros campos para madurar los frutos, desapareciendo en la noche a nuestra vista entre celajes esplendorosos de púrpura; veámosle cómo a veces se oculta tras de las nubes, de donde caen a su vez benéficas lluvias. ¡Admiremos la calma de la naturaleza durante esas noches en que todo calla sobre la tierra para dejar al hombre gozar de reposo o entregarse a la meditación; ¡admiremos entretanto la magnificencia de la estrellada bóveda suspendida sobre nosotros, y donde millares de mundos se mueven en espacios inmensos!

Sigamos en su curso a esos astros que, efectuando sus revoluciones con pasmosa regularidad, vuelven, cada año cada día, al lugar que deben ocupar, después de haber recorrido, durante el intervalo, círculos de centenares de millones de leguas. Lancémonos con el pensamiento a la insondable inmensidad de los cielos, sembrados de tantos mundos como arenas hay en las playas, y donde la eternidad ve brillar y desaparecer soles cuya luz, con una velocidad de setenta y ocho mil leguas por segundo, no puede llegar hasta nosotros en el tiempo que dura la vida de un hombre. A la idea de inmensidad tal, ante la que la imaginación se siente aniquilada a la vista de tantas magnificencias y maravillas, a la contemplación de tantos beneficios, ¡cómo no reconocer el poder y la bondad de un Ser Supremo! ¡Cómo no inclinarnos en silencio poseídos de respeto, de adoración y de amor!

Se ha emitido por algunos la opinión de que todos los seres animados, incluso el hombre, se han formado sucesivamente y hasta cierto punto de sí mismos por el desarrollo de pequeños cuerpos, informes y visibles sólo a través del microscopio. Dáse el nombre de celdillas o alveolos a esos corpúsculos infinitamente pequeños que han constituido en su origen—dícese—la materia organizada. Estas celdillas, a las que se da gran importancia en muchos escritos modernos, son vesículas o vejiguillas llenas de un líquido gelatinoso, parecidas a las bolsitas que se hallan dentro de una naranja, con la diferencia de que su tamaño es sólo de algunas milésimas de milímetro. Esas celdillas, sin forma e imperceptibles a la simple vista, serían, pues, las que con una presciencia maravillosa se habrían modificado por sí mismas, y obedeciendo a un plan sabiamente preconcebido, se habrían dotado por sí solas de nuevos órganos destinados a desempeñar cada una una nueva facultad en la constitución de los cuerpos. Así ellas habrían también con el trascurso del tiempo, procreado todos los seres vivos, desde los más elementales hasta los más complejos, hasta el mono, en fin, el cual por nuevas trasformaciones habría venido a constituir el hombre.



En semejante sueño del espíritu humano, preciso es ver la obra del orgullo, que, forzado a reconocer un origen a todo lo que existe, prefiere atribuirlo a cualquier cosa menos a Dios, pues así tendría que reconocer su dependencia del Ser Supremo. Y prefiere suprimirlo por tal de no obedecerle; y en su lugar coloca la naturaleza, palabra vaga, indefinible, que se aplica a expresar muchas cosas diversas y diferentes unas de otras, y con la que se designa en particular una cosa imaginada para explicar el mundo revestido de todo el poder y toda la sabiduría de Dios, cuyas funciones llenaría sin tener su nombre.

Ved, pues, como se extravía el espíritu del hombre cuando se aparta de la senda del buen sentido. Se tacha de crédulos a los que creen en Dios, y ¡cuánta mayor credulidad no es la de aquellos hombres que admiten esos engendros locos del espíritu! ¡No quieren creer en un Dios creador del mundo, y creen en la facultad organizadora de la casualidad! ¡No creen en Dios, en su inteligencia suprema, que ha dado leyes al mundo y formado el maravilloso cuerpo humano, y sí admiten como cierta la inteligencia de la materia! ¡No creen en una Providencia que rige el Universo, y conceden a la materia la facultad de regularizar el curso de los astros, mantenerlos en sus órbitas, sostener la sucesión de las estaciones, de los días y de las noches, y conservar por todas partes el orden, el movimiento y la vida!

No deis a nadie el triste espectáculo de semejante aberración. Pretender elevarnos sobre lo vulgar negando lo que han creído los más grandes genios de todos los tiempos; adoptar esos sistemas que sólo a la frívola credulidad es dado emitir, sería exponernos a descender más abajo de los seres privados de razón.



CAPÍTULO III. Cumplimiento de los Deberes.

MEDIO DE OBTENER LA FELICIDAD.

Deberes para con Dios.—Para con su País.

Hemos llegado a los umbrales de la puerta del mundo. Entremos y observemos.

A despecho de las ideas que reinan en la actualidad, no es la riqueza el elemento único de la dicha. En tal concepto, y antes de estudiar los medios de llegar a la fortuna, veamos cómo puede llegarse a ser dichoso. Y tan no es la riqueza el único elemento de la felicidad, cuanto que jamás satisface por entero nuestros deseos, y el corazón humano está de tal manera constituido, que el hombre mientras más tiene más quiere poseer.

No hemos sido creados solamente para adquirir riquezas y proporcionarnos los goces materiales que con ellas se obtienen. Tenemos deberes que llenar; y en el cumplimiento de estos deberes, en la paz del alma y en la satisfacción íntima que produce, es donde hallamos la verdadera dicha, y aun los elementos de esa prosperidad material que no podemos menos de desear.

El ejemplo de Franklin que hemos mostrado, es la prueba más concluyente de esta aserción. El primer deber del hombre es hacia el Ser Todopoderoso Creador de todas las cosas. Estos deberes de los hombres hacia la Divinidad han sido reconocidos en todas las épocas: los pueblos todos han adorado a un Ser Superior, Creador y Señor del Universo; todos han creído en la existencia de una vida futura. Y es porque no es posible, si consideramos el orden admirable de la naturaleza, atribuirlo al azar—ya sabemos por qué razones—y no reconocer la obra de una Sabiduría omnipotente; es imposible reconocerse uno el pensamiento, la inteligencia, esa percepción interna que nos hace distinguir el bien del mal; en una palabra, sentirnos un alma y poder suponerla precedera como su envoltura.

Ese sentimiento religioso reconocido en todas las épocas, en todos los pueblos, es tan beneficioso a la sociedad como a los individuos.

Una sociedad formada de gentes desprovistas de religión no podría subsistir. Las leyes serían impotentes para reprimir las malas inclinaciones de los hombres que creyeran que todo concluye en la tierra, y que propenderían tan sólo a satisfacer sus pasiones. Demasiada experiencia de ello tenemos en nuestros días.



La idea religiosa es de todos modos un manantial de preciosos consuelos,

La felicidad perfecta, tal al menos como la comprendemos, no se consigue sobre la tierra; y la poca dicha concedida a los hombres ha sido desigualmente repartida entre ellos: el uno está colmado de bienes terrestres, el otro apenas encuentra de qué vivir con su asiduo trabajo; este tiene juventud y robustez, aquel está agobiado de debilidad y de sufrimientos; junto a un padre cuya familia numerosa y feliz hace la delicia de su vejez, está otro, abrumado por el dolor, herido en sus más caras afecciones. Muy pocos gozan de todos los bienes a la vez: a los favorecidos de la suerte les faltan algunos otros elementos de dicha; las penas y los sufrimientos nos alcanzan en todas las condiciones de la vida. El corto número de los que parecen completamente felices, experimenta por lo general una inquietud, un vacío, que nos indican la necesidad de volver nuestra esperanza hacia mejores tiempos, hacía otra vida cuya perspectiva nos ayude a soportar las miserias o los disgustos de la vida presente.

La verdadera convicción religiosa nos comunica fuerza y valor. Por humilde que sea la posición del hombre religioso, acepta sin quejarse las desigualdades de la sociedad, porque sabe que el pobre pesa tanto como el rico en la balanza de la justicia eterna.

Ese desapego de los bienes mundanos, esa confianza en el porvenir, la calma de una conciencia pura, le proporcionan una profunda paz, una serenidad de que los demás no pueden disfrutar.

Se vive en nuestra época con la más completa indiferencia, olvídense que la religión y el culto son dos cosas muy distintas, y que si el culto deja algo que desear no es ello razón para no elevar el alma a Dios, implorarlo y rendirle homenaje.

El límite de las humanas fuerzas exige que se suspenda el trabajo a determinados intervalos, porque se necesitan días de reposo; pero hay hombres que convierten en días de excesos el día de Dios: otros que, menospreciando el precepto religioso, trabajan el domingo para entregarse al día siguiente a la disipación.

No se piensa más que en adquirir riquezas, en procurarse goces materiales, en pasar alegremente la vida o atesorar oro. Se aplaza para la vejez la época en que ha de volverse a la religión y a la virtud, sin tener en cuenta que la muerte puede siempre venir a sorprendernos antes de que tales proyectos hayan podido cumplirse.

Esa carencia de ideas religiosas es uno de los mayores males de nuestra época. A ella debe atribuirse en su mayor parte ese malestar que va minando la sociedad y esas conmociones políticas



que amenazan destruirla: el olvido de la vida futura es el que nos hace perseguir con tan impaciente ardor los bienes mundanos, emplear todos los medios para adquirirlos y rebelarnos cuando no los podemos conseguir. La falta de resignación a las inmutables leyes de la Providencia, que queremos trastornar en vez de procurar comprenderlas, es la que produce tantos descontentos con su suerte, ansiosos de cambiarla y prontos a violar todas las leyes de la sociedad por tal de satisfacer sus deseos.

Después de los deberes hacía la Divinidad siguen los deberes hacia el país. Debemos respeto y obediencia a las leyes de nuestra nación y a los encargados de hacerlas cumplir.

No puede existir sociedad sin leyes para regirla, para fijar la forma de su gobierno, mantener el orden y la tranquilidad, proteger las personas y las propiedades, asegurar la recaudación de los impuestos, determinar las obras de utilidad pública y regular las relaciones de unos ciudadanos con otros. Tener, pues, leyes y quebrantarlas, es lo mismo que no tener ninguna.

Desgraciadamente, la ley no es entre nosotros bastante respetada ni obedecida.

Un gran número de personas se ha ocupado sin cesar en conspirar contra todos los Gobiernos que se han sucedido, Otras, que no se atreverían ni a pensar en un atentado a la Constitución de su país, se complacen en criticarla, ora porque ella no sea conforme a sus deseos, ora por hacer gala de independientes; idea errónea, pues no consideran que obrando así quebrantan el prestigio del Estado y prestan aliento y apoyo a los que quieren derribarlo.

De igual suerte, busca cada cual el modo de sustraerse a las obligaciones impuestas por la ley, haciéndose así tan culpable para con el Estado como a veces para con sus conciudadanos, sobre quienes arroja el fardo que él debiera llevar.

La ley nos llama a nombrar ciertos funcionarios públicos. Fuera de los momentos de agitación política, ni nos tomamos el trabajo de concurrir a las elecciones; así estas, llevadas a cabo por unos cuantos individuos, están lejos de ser la expresión de la voluntad general.

Se ponen en juego todos los medios para escapar al pago de las contribuciones públicas, de los derechos de Aduanas, de Correos, etc., etc. Créese que no se hace un gran mal con defraudar al Estado, y hay quien sentiría escrúpulos en coger la cosa más insignificante al vecino, y no los tendría en robar cuanto pudiera al Estado. Sin embargo, las contribuciones tienen por objeto proveer a gastos precisos: si el fraude impide que produzcan la cantidad necesaria, serán precisos nuevos impuestos para completarla, y el dinero exigido en tal caso a los contribuyentes habrá sido, en



definitiva, sacado de sus bolsillos por el defraudador. Por consiguiente, el que aprovechándose de los beneficios del orden social se sustrae al pago de las cargas que la ley le impone, se parece un tanto a aquel que, después de una buena comida con amigos, se escapa a última hora para dejar que ellos paguen su escote.

Hay leyes a las que, por razón de su menor importancia, parece humillante obedecer, olvidando que el orden público y la seguridad general dependen de su estricta observancia: tales son las ordenanzas municipales. El comerciante, que se indignaría si le pagaran con moneda falsa, no quiere mandar arreglar sus pesas y sus medidas cuando no son exactas. El disoluto, que se quejaría si le interrumpiesen su sueño de la mañana, ha pasado la noche burlándose de los reglamentos que prohíben turbar durante la misma el reposo de los ciudadanos. El carretero recarga su vehículo y no se ocupa de guiar bien sus caballos o sus bueyes, sin comprender que si todos hicieran lo que él, sería imposible la circulación por los caminos. Cazamos sin escrúpulo alguno en la época de la veda, sin calcular que a la agricultura interesa la conservación de los pájaros que destruyen los insectos enemigos de las cosechas.

Toda ley debe ser observada. Su utilidad la han estimado los representantes de la nación, los mejores jueces del interés general, quienes la han decretado, siendo ella, por lo tanto, una emanación de la voluntad del país, acreedora a nuestra obediencia. No olvidemos por de pronto que, una vez que nos acostumbramos a barrenar la ley en asuntos insignificantes, fácil será que sigamos haciendo lo mismo en cosas de interés mayor, y que una sociedad donde no hay respeto a las leyes, marcha sin duda hacia la disolución.

Los ingleses nos enseñan hasta qué grado de prosperidad puede elevarse un pueblo que respeta las leyes y la autoridad.

Mientras que están expuestos a indignos ultrajes monarcas cuyo trono no bastan a defender ejércitos numerosos; cuando vemos en derredor nuestro, pueblos que se aniquilan rehaciendo diariamente sus leyes, cambiando cada quince o veinte años su forma de gobierno, dilapidando sus rentas, grabando de año en año su presupuesto y reducidos casi a la imposibilidad de soportar libertad de ningún género, los ingleses someten su arrogancia al cetro de una mujer, y venerando en ella al representante de la ley, la rinden homenajes que no reciben los soberanos absolutos; hacen dispersar el tumulto más formidable con sólo la varilla de un agente de orden público; profesan a las tradiciones y al orden establecido un culto religioso; y libres de agitaciones estériles, aplican sus



esfuerzos a acrecentar las riquezas de su país y a fomentar la industria, cuyos productos llenan hoy todas las regiones del universo. Son, en una palabra, el pueblo más libre de Europa, y al mismo tiempo que discuten los actos de sus gobernantes, saben mantenerse en el justo límite, no comprometiendo nunca la estabilidad de su gobierno.



CAPÍTULO IV. Deberes para con la familia.

No es el único destino del hombre el vivir en sociedad; su naturaleza le impele a escoger una compañera, con quien comparte su vida y de la que tiene hijos que ambos educan de concierto.

La vida de familia impone deberes de cuyo cumplimiento depende la dicha; así como la familia es para la sociedad un elemento de progreso, también es, para aquellos que observan sus leyes, un manantial de alegría y de prosperidad.

El matrimonio, para que produzca sus frutos, ha de contraerse con juicio: la suerte de la vida depende del acierto o de la ligereza con que se proceda al formar un lazo tan delicado. En primer lugar, no debe un hombre casarse sin tener segura la subsistencia de la mujer y de los hijos que ella habrá de darle. Ya que no riqueza, téngase al menos una posición que permita hacer frente a los nuevos gastos; y no olvidéis, antes y aun durante el matrimonio, que contraeríais una grave responsabilidad dando vida a criaturas a quienes no pudierais asegurar el pan.

Todos habréis visto a no pocas criaturas, hijos de hombres que no supieron ni moderar sus deseos, ni redoblar sus esfuerzos para socorrer las necesidades de su familia, mal alimentadas, mal vestidas, pálidas, endebles, raquílicas, condenadas por la miseria a arrastrar una vida de sufrimientos y a una muerte prematura, mientras llega la cual no son sino una carga para sus parientes y para la sociedad misma.

Cuando se une el hombre a la mujer no debe dejarse guiar tan sólo por el atractivo de los goces, sino calcular antes sus propios recursos y no exponerse a dar vida a seres destinados infaliblemente a la desventura.

A la oportunidad del matrimonio ha de seguir la buena elección de la esposa. Al hacerla, el hombre prudente da prueba de discernimiento si se guía por las ventajas positivas, tales como el carácter, la salud, el amor al trabajo y a la economía, etc., y no por otras cualidades o circunstancias más brillantes y más estimadas: la hermosura y la riqueza.

Cualquiera que sea la condición social, preciso es no olvidar que la mucha belleza tiene sus inconvenientes en el hogar doméstico.

En cuanto a la riqueza, digna es de aprecio si a ella se unen otras cualidades; pero muy considerable tendría que ser para suplir el amor al trabajo y a la economía. La joven que tiene una dote es muy solicitada, y sin embargo, si es perezosa y derrochadora, será en realidad menos rica que otra que



sin poseer bienes de fortuna sea laboriosa y económica. Si se compara lo que una mujer puede ganar con su trabajo y conservar con sus economías, con lo que puede malgastar por vanidad o abandono, se comprenderá que es preferible tener una buena mujer casera, aunque no sea rica.

Llevado a cabo el matrimonio, los esposos tienen deberes que llenar el uno hacia el otro, y ambos hacia sus hijos.

El esposo está principalmente obligado a subvenir a las necesidades de la familia; y desde que se imponga esa obligación debe cumplirla con ánimo y sin perdonar sacrificios: debe tratar a su esposa con las consideraciones debidas a una compañera, a la madre de sus hijos; debe protegerla contra los peligros que puedan amenazarla en su debilidad, dirigirla con sus consejos; en fin, si quiere poseer su ternura debe serle fiel; que con frecuencia el mal comportamiento de los maridos da lugar a las faltas de la mujeres.

El hombre, como jefe de familia, debe mantener el orden en su casa, atender a que cada cual llene sus tareas, y saber obtener de cuantos le rodean el respeto debido a sus títulos de padre y esposo, tan olvidados en nuestros días.

La mujer, con su amor, su ternura y su deferencia, debe corresponder a los cuidados y consideraciones de su marido. La fidelidad es para la mujer un imperioso deber; faltar a ella es romper el sagrado lazo de la familia.

La mujer debe asimismo contribuir con su trabajo al aumento de los ingresos en su casa. Sobre ella recaen los cuidados del interior, donde ella hará reinar con su economía ese orden y esa limpieza que tanto influyen en lo prosperidad de las familias.

No basta sólo subvenir a las necesidades materiales de los hijos; es preciso asimismo darles una educación que haga de ellos hombres honrados, buenos padres de familia, miembros útiles de la sociedad. De este deber, aún no están bien penetradas algunas gentes, que se creen autorizadas para descuidar la educación de sus hijos porque la suya propia haya sido abandonada, como si la falta cometida de antemano por sus padres pudiera nunca justificar la suya.

Es preciso, ante todo, inculcar desde temprano a vuestros hijos los principios de la sana moral; y esto se hace diariamente en las conversaciones de familia, con los buenos consejos, y, sobre todo, con los buenos ejemplos.

Nunca será excesivo el cuidado de absteneros delante de vuestros hijos de malas palabras, de chanzas groseras y de todo cuanto pudiera ofender su pudor. Por esto último, evitad en cuanto sea



posible, esas habitaciones reducidas donde el padre, la madre, los jóvenes y las muchachas viven juntos en una misma pieza, con tan grave detrimento, así de la moral como de la higiene.

Guardaos bien de darles nunca el espectáculo de vuestros desarreglos, de entregaros delante de ellos a escenas de violencia, o de embriaguez; con su respeto, perderíais también toda autoridad sobre ellos y no tendríais medios para reprimir los vicios o las pasiones cuyo ejemplo les habríais dado. Mas si os mostráis siempre laboriosos, arreglados, modestos, probos y religiosos, obtendréis sin trabajo su obediencia respetuosa y les inculcareis uno y otro día las virtudes de que habréis sido un constante modelo.

La educación del hogar doméstico no es la única a que deben limitarse los padres, quienes deben también cuidar de que sus hijos asistan a la escuela, pues estamos en una época en que nadie puede prescindir de instruirse. Empero, sed prudentes, y limitad esa instrucción a aquello que sea útil a su estado social, y no incurráis por amor propio en el error de darles una educación superior a su condición, porque de ese modo les crearíais necesidades que no podríais satisfacer, y les prepararíais una vida desgraciada.

Así que el niño haya recibido esa primera educación y adquirido la necesaria fuerza física, entonces y no antes, es cuando debe empezarse a enseñarle el oficio o profesión que haya de ejercer en adelante.

Y aun después de haber dado a vuestros hijos un oficio, y haberles colocado en condiciones de bastarse a sí mismos, todavía no habrá terminado vuestra misión. Aun tendréis que dirigir sus primeros pasos en su carrera, ayudarles con vuestros consejos y vuestra experiencia, y no dejarlos sin guía en circunstancias en que las pasiones pueden tan fácilmente extraviarlos.

La educación de las hijas concierne particularmente a las madres. A estas toca inculcarles desde temprano los sentimientos de la moral, darles el ejemplo de las virtudes domésticas, acostumarlas a la economía, al manejo de los asuntos interiores de la casa; enseñarlas a fundar sus esperanzas en el amor al trabajo y la observancia de los deberes de su sexo, a fin de que sean en su día buenas y dignas madres de familia.

Si tenéis empeño en conservar la pureza de vuestras hijas, cuidad de que estén siempre a vuestro lado y que ejerzan, bajo la vigilancia de la madre, el oficio o las labores que hayan escogido. Tal es el mejor medio para preservarlas de los peligros a que de otro modo se verían expuestas.



Es muy conveniente también darles alguna participación en el fruto de sus trabajos, y que tengan, en cuanto lo permitan vuestros recursos, los medios de procurarse esa satisfacción, que ellas desean siempre, de vestirse bien, a fin de que no caigan en la funesta tentación de procurárselo por otro conducto.

Al enumerar los deberes de la vida de familia, los de los hijos hacia sus padres debieran figurar en primer término; empero he creído conveniente poner antes de manifiesto los cuidados que debemos tener hacia nuestros hijos, a fin de que mejor podamos comprender cuanto reconocimiento debemos a nuestros padres y nuestras madres, que tuvieron para con nosotros todos aquellos cuidados y atenciones.

«Honrarás a tu padre y a tu madre»: esta frase resume todos vuestros deberes; honrar a su padre y a su madre, es profesarles respeto, obediencia, amor filial.

No debéis, pues, hablar a vuestros padres sino con la más respetuosa deferencia; y con mayor motivo debéis absteneros de esas respuestas arrogantes, groseras, violentas, que desgraciadamente se usan con frecuencia.

Es la obediencia un deber imperioso para las personas jóvenes que están todavía bajo la tutela de sus padres, o que viven con ellos. Deben obedecer sus órdenes sin replicar ni murmurar, desempeñar con exactitud los trabajos que les prescriban, y si recibiesen por ello algunos valores, entregarlos fielmente.

Los hombres ya establecidos, jefes de familia, están indudablemente sujetos a obediencia menos estricta; pero deberán siempre conformarse con los deseos de sus padres y aceptar y seguir sus consejos. Los padres tienen siempre sobre los hijos la ventaja de la experiencia; su afecto no tiene igual; los hijos, pues, harán bien en dejarse guiar por la cordura y el saber de aquellos. Por último, el afecto, y el agradecimiento os obligan a tener constantemente para con vuestros padres atenciones y cuidados asiduos, que deberéis redoblar cuando por su vejez y su debilidad les sean más necesarios.

Con mucha frecuencia suele eludirse este sagrado e importante deber. A menudo se encuentran hijos que declinan unos en otros la obligación que debieran, por el contrario, disputarse a porfía, de mantener a su anciano padre. No lleguéis jamás a tan deplorable extremo: por exiguos que sean vuestros recursos, apresuraos a compartíroslos con aquel que os dio la vida y que más de una vez—no lo dudéis—se habrá privado de algo por vosotros en vuestra infancia.



Por de contado, cuando a nuestra vez llegamos a ser padres, deseamos vernos respetados, obedecidos y amados por nuestros hijos. Llegado que hayáis a la vejez, cuando sintáis el peso de los achaques, y quizá el de la miseria, natural será que penséis recibir los auxilios y los cuidados de vuestros hijos. ¿Cómo, pues, esperar de ellos que cumplan sus deberes de hijos respetuosos y amantes, si ellos os vieron ser faltos de respeto a vuestros padres o dejarlos abandonados en la necesidad? Tened, pues, la autoridad de vuestro buen ejemplo, y vuestros hijos os recompensarán lo que hayáis hecho por vuestros padres.

Tales son los deberes que nos impone la vida de familia. Su cumplimiento mismo lleva en sí la recompensa.

Una familia cuyos miembros animados todos del espíritu de trabajo contribuyan con sus esfuerzos reunidos al bienestar común; en que no se haga gasto alguno en desproporción con los recursos y sin que haya sido antes bien concertado y calculado; en que todos cuiden de la conservación de cada objeto, esa será a no dudarlo, una familia afortunada. Si a la vez todos se profesan recíproco afecto, se guardan consideraciones; si los hijos son respetuosos y obedientes a sus padres, y estos son cariñosos y adictos a sus hijos; si lejos de promover disensiones se afana cada uno en procurar a los demás cuantas satisfacciones dependan de él, serán felices, en cuanto es posible serlo en la tierra.

Por el contrario, no hay ventura ni prosperidad posibles cuando los deberes domésticos se desconocen. Si es el marido quien se conduce mal, abandona sus ocupaciones o distrae el producto del sagrado objeto a que está destinado, cual es el sostenimiento de la familia. Si es la mujer, desatiende su hogar y sus hijos, y a la vez su culpable empeño en agrandar hace que se aumenten los gastos diversos de tocador.

No pueden salir buenos los hijos cuyos padres les den malos ejemplos; los jóvenes se entregan a una vida disipada, las muchachas se pervierten, y lejos de proporcionar a sus familias la íntima satisfacción de verlos crecer y prosperar al amparo del trabajo y de la virtud, se convierten, por sus desarreglos y mala conducta, en motivo de profundos disgustos.

Disminuyendo el trabajo, aumentándose los gastos, la penuria viene en pos del desorden.

La miseria hace agriar los caracteres; y como las faltas de los esposos no solamente destruyen el afecto que uno al otro se profesaban; sino que dan lugar a mutuos reproches; como, por otra parte, los hijos faltan fácilmente al respeto a padres que les dan el ejemplo de mala conducta, surgen



continuas querellas, crúzanse las más insultantes palabras, y el hogar doméstico, que debiera ser el asilo de la paz y de la dicha, se convierte en un lugar de desventura y de miserias.



CAPÍTULO V. Deberes hacia los demás y para con nosotros mismos.

Nuestros deberes hacia nuestros semejantes están admirablemente designados en el Evangelio: «Amarás—se dice allí—al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, y a tu prójimo como a ti mismo.»

Jesucristo nos dice además: «Un nuevo mandamiento os doy: que os améis los unos a los otros como yo os he amado a vosotros.»

«Haced a los demás lo que queráis que os hagan a vosotros, que esta es la ley y los profetas.»

Con estos preceptos ha creado el Evangelio una nueva virtud, la caridad, palabra que significa que debemos amar a nuestro prójimo por conducto de Dios, si así puede decirse. San Pablo define esta virtud en los términos siguientes: «El fin de los mandamientos es la caridad, la caridad que nace de un corazón puro, de una sana condenada y de una sincera fe.»

«Ayudaos, pues, los unos a los otros, y cumpliréis así la ley de Cristo.»

«Y uníos los unos con los otros para sosteneros mutuamente, así como se unió Jesucristo con vosotros para gloria de Dios.»

«Y sed buenos los unos para con los otros, llenos de compasión y de ternura, y perdonaos mutuamente como Jesucristo os perdonó a vosotros.»

«Que sea vuestra caridad sincera y sin artificio, y vuestro afecto hacia vuestro prójimo sea tierno y fraternal. Todos los mandamientos están condensados en éste: «Amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos.»

Dentro de las condiciones sociales más humildes podemos practicar esta virtud, y debemos ejercerla para con todos los hombres, sea cual fuere la clase a que pertenezcan.

Por escasa que sea nuestra fortuna, siempre hay algunos más desventurados que nosotros.

Podéis prestar un gran servicio interrumpiendo vuestras ocupaciones, a veces vuestras diversiones, para dar auxilio en el momento de algún accidente, para ayudar a recoger una cosecha, a concluir un trabajo urgente; prestando al vecino en un apuro víveres o herramientas, o algún dinero si es necesario.

Poco importa de todos modos la pequeñez del servicio; prestado con buena voluntad, es un consuelo valioso para aquel que lo ha recibido.

Nunca se pierde un beneficio, ni es el número de los ingratos tan grande como nos figuramos: el que recibe un servicio contrae una deuda que tarde o temprano pagará; de suerte que si a menudo



os hacéis útiles a vuestros semejantes, os creareis una multitud de deudores a quienes podréis recurrir en caso necesario. Hay más aun; si adquirís fama de serviciales, hasta aquellos a quienes no hayáis servido tendrán gusto en prestaros ayuda.

De esta suerte se realizan en este mundo aquellas palabras de San Pablo: «Nadie recoge más que lo que siembra. Sembremos, pues, sin descanso las simientes del bien, pues que a su tiempo recogeremos su fruto; y sembrémoslas en abundancia, que quien con abundancia siembra cosechará también con abundancia, así como quien siembre poco recogerá escasa cosecha.»

La caridad nos manda asimismo, dice San Pablo, que seamos buenos unos para otros, y que nos profesemos mutuamente afecto tierno y fraternal. De donde se deduce que debemos ser benévolo hacia todo el mundo; evitar en nuestras relaciones la vehemencia, las palabras injuriosas; saber además sufrir las de otros y soportarles sus defectos, si queremos que soporten los nuestros. Debemos también abstenernos de juzgar a nadie con severidad; era menester ser perfecto para tener derecho a criticar, y aun en semejante caso, la perfección trae consigo la benevolencia; empero como no hay nadie irreprochable, el mejor modo de obtener indulgencia para sí mismo es tenerla para con los demás, pues la malevolencia en la conversación promueve la aspereza y crea enemigos que pueden ser perjudiciales alguna vez. No juzguéis, pues, a nadie, si no queréis que os juzguen a vosotros.

Con mayor razón nos prohíbe la caridad esas murmuraciones, esas calumnias que en el mundo nos permitimos con tanta facilidad, en que a veces, por solo el gusto de contar una anécdota picante, decir una frase de efecto o tener una broma, suelen comprometerse las reputaciones y se causan daños irreparables.

Hasta ahora sólo hemos apuntado los deberes para con nuestros iguales; tenéis también otros que llenar para con aquellos que, si bien colocados por la suerte en condición superior a la vuestra, son asimismo vuestros hermanos.

Desconfiad de aquellos que proclaman el reinado de la «fraternidad», que inscriben esta palabra en todos los monumentos públicos en días de efervescencia popular, e invocándola como un derecho se valen de ella como de recurso, diciendo a sus hermanos estas o parecidas frases: «Tú has trabajado, y yo no; tú tienes algo y yo no tengo nada: somos hermanos, repartamos, pues.» Muy parecidos a aquel mendigo que apuntaba con su escopeta a los pasajeros gritándoles al mismo tiempo: «Una caridad.»



No son esos los preceptos de la verdadera moral; esta impone a cada cual deberes, pero a ninguno confiere derechos; y según ella, sólo el que posee algo es quien debe decir «repartamos.»

Ella nos manda que amemos sin distinción a todos los hombres como a nosotros mismos; y en lo que respecta a las dignidades del mundo, que demos al César lo que es del César.

Por consiguiente, prescindiendo de lo que la hombría de bien exige, debéis a vuestros superiores deferencia y respeto. Debéis vuestro afecto y vuestra abnegación hacia la persona y hacia los intereses de aquellos que os dan a ganar el pan de cada día; es deber vuestro precaveros contra esos sentimientos de animadversión y envidia que con bastardos fines se ha tratado de crear entre vosotros; no comprometer nunca sus intereses ni hacer caso a aquellos que quieren repartirse el bien ajeno apoyados en falsas teorías de mal entendida fraternidad.

«Dad, y se os dará: se os echará en el seno una mediada buena, llena, apretada, colmada y que se derrame. Porque con la misma medida con que midiereis a otros, se os medirá a vosotros.» (*Lucas*, Cap. VI—38.)

No son menos importantes los deberes del hombre para consigo mismo.

Estáis obligados desde luego a proveer por vosotros mismos a vuestras necesidades, preservaros de la miseria y de la humillación de recurrir a socorros extraños; a procuraros una vida independiente por medio de la previsión, la actividad y la economía.

A la vez que propendáis a mejorar y asegurar vuestra suerte, es preciso que os empeñéis en moderar vuestros deseos, limitándolos a aquello que os sea dado alcanzar; trabajad, pues, con constancia, pero sin aniquilaros por ello a impulsos de exagerada y vana ambición.

A cada cual nos ha tocado nuestra parte de inteligencia; a nosotros mismos nos corresponde cultivarla. Tratad de adquirir conocimientos serios y sólidos, que no sólo desarrollarán vuestra aptitud y vuestras facultades, sino que también suavizarán vuestras inclinaciones y os inspirarán sentimientos más generosos, más nobles, y serán para vosotros un manantial de goces tiernos y puros.

Aplicaos a combatir vuestras pasiones, trabajad sin descanso por vuestro mejoramiento moral; evitad todo acto que comprometiese vuestra felicidad y pudiera acarrearos remordimientos; conservad la paz de vuestra conciencia, sin la cual la dicha no puede existir.

Huid de la intemperancia y de los excesos; no tratéis sino con gentes honradas que os puedan dar buenos ejemplos y buenos consejos, y reprimiros a tiempo si os sentís inclinados a delinquir.



De este modo adquiriréis una buena reputación, y las gentes honradas, cuyo aprecio os habréis granjeado, os servirán siempre con satisfacción.

Si sois solteros, los padres que anhelan la dicha de sus hijas os buscarán para yernos, y podréis hacer un buen matrimonio. Sí buscáis una colocación segura, tendréis más probabilidades de obtenerla. En una palabra, tendréis fácilmente crédito, pues los prestamistas comprenderán que tendréis los medios de reembolsarles, puesto que empleáis los días en trabajar asiduamente. «El golpear de vuestro martillo—dice Franklin—que a las cinco de la mañana como a las nueve de la noche llega a oídos de vuestro acreedor, os da seis meses más de plazo; empero si os encuentra en el billar, si oye vuestra voz en la taberna cuando debierais estar en el taller, manda desde el siguiente día a cobraros su dinero, y lo pide antes del plazo en que debiera percibirlo por entero.»

Tales son los medios más seguros para alcanzar la felicidad. Vamos ahora a ver los medios de llegar a obtener fortuna; pero no olvidéis jamás que la paz de la conciencia es condición indispensable para que el hombre pueda vivir feliz y contento, hasta en medio de la riqueza, pues no hemos sido creados tan sólo para procurarnos los goces materiales que con ella se obtienen.



CAPÍTULO VI. Las dos bases de la Sociedad.—La Familia y la prosperidad

NECESIDADES DEL HOMBRE. FUNDAMENTO DE LA FAMILIA.

Hemos visto que el deber primero del hombre para consigo mismo es proveer a sus necesidades.

El hombre tiene necesidades. Para mantener su propia vida tiene que dar diariamente alimento a su cuerpo. Viene al mundo desnudo, y necesita vestidos para cubrirse, un techo donde abrigarse y un hogar donde sus miembros recobren calor. Para proporcionarse ese alimento, esos vestidos, ese refugio, tiene que trabajar, fatigarse, hacer esfuerzos de espíritu y de cuerpo. De esta suerte nos vemos en esa obligación del trabajo y de la fatiga, sin los que nada se puede obtener.

Sujeto al yugo de la necesidad, que constituye una pena, no puede el hombre sustraerse a él sin someterse al yugo del trabajo, que también es una pena. En ambos casos, pues, encontramos siempre la pena.

Experimentar la necesidad es una pena, pero satisfacerla es un goce. Cuando hemos estado separados de los seres que nos son queridos, el gusto de volver a verlos nos hace experimentar el mayor de los placeres.

Si no experimentásemos la necesidad, no conoceríamos el goce que produce el satisfacerla. He aquí como un bien nace del mal mismo.

Las necesidades cuya satisfacción es indispensable al sostenimiento de la vida son: comer, beber, vestirse, alojarse y calentarse; he ahí lo necesario al hombre. Pero lo necesario varía según los tiempos y los lugares. El alimento, los vestidos y la habitación que bastan en el clima benigno de la isla de Cuba, por ejemplo, no son suficientes en los países fríos. De suerte que lo necesario no es en un país lo mismo que en otro.

Existen todavía otras causas que implican diferencia en las necesidades. Una de las principales es la influencia de nuestra imaginación. Comparad un salvaje con el hombre más pobre de nuestras naciones civilizadas. ¡Cuánta diferencia entre lo que basta al primero y lo que es indispensable al último! A vuestro alrededor mismo, ved qué diferencia entre las necesidades de las personas de distinta condición! Aquello que el rico habitante de las ciudades juzga que le es estrictamente necesario, es una comodidad, hasta superflua, para otro hombre más modesto, y sería un lujo para



los que habitan en el campo. La costumbre de disfrutar de las comodidades las hace necesarias, convirtiendo lo superfluo casi en una necesidad.

Al crearnos necesidades nos aumentamos el trabajo con que hemos de satisfacerlas. En vano se hacen descubrimientos y se multiplican los medios de satisfacer nuestras necesidades; éstas marchan siempre más de prisa que el progreso de la ciencia; los deseos crecen con más rapidez que los goces, y así, aun teniendo mucho mayor bienestar, contando con infinitos más medios para ser dichosos, quizá lo somos menos que nuestros padres.

Y nótese que el mal no consiste en los deseos propiamente dichos, sino sólo en nuestra tendencia a convertir cada deseo en una necesidad nueva.

Nuestros deseos entrañan en sí mismos un bien, puesto que son otros tantos medios de mejorar nuestra posición.

Y en efecto, al deseo de hacernos mejores debemos ciertamente los progresos que se han realizado sobre la tierra. Por ello el hombre crea, combina, inventa y hace descubrimientos, cuyo último resultado es poner al alcance del más humilde entre nosotros, aquellas comodidades que en su origen sólo algunos habían podido permitirse tener.

Nuestros deseos nos hacen conformarnos con el trabajo a que estamos sujetos. Para satisfacer nuevas necesidades empleamos nuevos esfuerzos; el incremento de las necesidades sirve de estímulo a los hombres, al punto de que los pueblos en que hay más necesidades son los que progresan más. En ellos las necesidades pueden satisfacerse con mayor facilidad, mientras que los pueblos en que no hay tantas están generalmente atrasados, no habiéndose visto estimulados a hacer esfuerzo alguno.

Tal vez sea ésta la causa principal de la inferioridad común a los pueblos situados bajo la zona tórrida con respecto a los que se hallan bajo las zonas templadas. Si el clima suave de la isla de Cuba cambiase, nuestras necesidades serían distintas inmediatamente; lo que no sería quizá un gran mal, pues aumentadas nuestras necesidades tendríamos por precisión que trabajar mucho más, y el progreso no tardaría en venir en pos.

Es de admirar la maravillosa organización de las cosas de este mundo. La existencia de la sociedad está basada en los servicios que los hombres están llamados a prestarse unos a otros para satisfacer sus necesidades.



Las cosas están de tal manera dispuestas, que cada cual debe a los esfuerzos de los demás la satisfacción de sus deseos. Si el hombre provee por medio de su trabajo a sus necesidades, también al trabajo de los demás debe la facultad de satisfacer esas necesidades.

Así, pues, nuestras necesidades constituyen el lazo que une a los hombres y a los pueblos. Para vivir necesitamos del trabajo de los hombres de todos los países. La sal que sazona nuestras comidas ha sido sacada de las aguas del mar en las costas del Océano. La harina nos viene de los Estados Unidos y de España; el vino nos llega de España y de Francia; el té ha sido cosechado en la China; las telas y los paños nos vienen de Francia, de Inglaterra, de los Estados Unidos y de España. Todos los países del mundo contribuyen a proveernos. Sin esa necesidad de cambiar los productos que sobran a los unos y faltan a los otros, los pueblos no se conocerían entre sí. Luego, mientras más frecuentes sean sus relaciones, más ventajas les producirán. Todos los descubrimientos de la ciencia, esos grandes trabajos que la industria realiza, en cuya contemplación nos confundimos, no son más que el resultado del genio del hombre, estimulado por el deseo de subvenir a sus necesidades. A medida que progresa el humano espíritu, disminuye la proporción del trabajo humano para satisfacer una misma necesidad, y se aumenta, por el contrario, la proporción del trabajo de la naturaleza. Con ayuda de las máquinas aprovechamos cada vez más las fuerzas de los animales como las de la naturaleza, haciéndoles ejecutar lo más penoso de nuestros trabajos.

Cualquier trabajo era mucho más rudo anteriormente, cuando el hombre tenía que hacerlo todo con sus propios brazos, cuando no se conocía el arado, ni ninguno de los ingeniosos instrumentos y aperos que usáis en el día, y sobre todo cuando esas poderosas máquinas que admiráis en casi todos los «Ingenios» no se habían inventado.

Nuestras necesidades constituyen también el fundamento de la sociedad. Hemos visto que no podemos satisfacerlas sin el concurso del trabajo de los demás. Siempre que compramos o que vendemos es alguna cosa hecha o producida por alguien; es el producto de un trabajo cualquiera. Si queremos vender o fabricar, necesitamos encontrar quien necesite lo que vendemos o fabricamos. Si sentimos la necesidad de trabajar, tenemos que encontrar a alguien quien necesite a su vez de nuestro trabajo. Por consiguiente, mientras más necesidades tienen los hombres; mientras más puedan comprar o hacer trabajar, más probabilidades tendremos de proporcionarles los productos de nuestro trabajo. Mientras más industriosos sean, más facilidad tendremos por nuestra parte para obtener lo que interese a nuestras necesidades. Nos importa mucho, por lo tanto, que sean nuestros



semejantes inteligentes y laboriosos, que tengan muchas necesidades y muchos medios para satisfacerlas.

Resulta, pues, que como individuos, estamos interesados en tener el mayor número de personas ricas a nuestro alrededor; y como nación, nos interesa también estar rodeados de países ricos.

Grande y funesto error es el ver con malos ojos la riqueza de nuestros vecinos, tanto individuos como pueblos. ¿Para quién podremos trabajar con más provecho, o a quiénes podremos vender mejor? ¿Sería a los pobres, que tienen pocas necesidades y muy pocos medios de satisfacerlas, o a los ricos, que tienen muchas necesidades y posibilidad de satisfacerlas?

Se reprocha también a la sociedad el ser la causa *de las penas* con que vive la mayor parte de los hombres; más no creáis absolutamente tan manifiesto error. El hombre aislado experimentaría mayores calamidades que en el estado social; y en la sociedad, el hombre más desprovisto de recursos halla infinitamente más bienestar que viviendo alejado de ella.

¿Y qué es una sociedad? Es una reunión de individuos que viven reunidos en una porción de territorio más o menos extensa, que tienen comunidad de intereses y se cambian mutuamente sus servicios. Luego, donde quiera que el hombre ha dirigido sus pasos, ha encontrado en todas partes sociedades organizadas que están constituidas con idénticas bases: la necesidad de ayudarse y cambiarse servicios entre sí. En todas partes, unos trabajan la tierra mientras otros ejercen industrias de diversos géneros. Los unos venden, los otros compran; otros se emplean yendo a buscar a unos parajes lo que no hay en otros. En todas partes hay leyes para asegurar al hombre el producto de su trabajo. Estas leyes pueden diferir, según los países, como difieren entre sí los hombres, entre los cuales los hay grandes y pequeños, fuertes y débiles, buenos y malos, tontos e inteligentes, activos y holgazanes. Y, no obstante, en el fondo es siempre el mismo hombre, organizado de la misma manera, dotado de las mismas facultades, si bien en distintos grados. Del propio modo, en toda sociedad encontrareis los mismos elementos fundamentales, con diferencias que en nada alterarán el carácter general de la sociedad, como las diferencias de hombre a hombre no alteran tampoco en ellos el carácter genérico de la especie humana. Desde luego es menester no confundir con las leyes fundamentales de la sociedad las formas de gobierno, independientes de esas leyes, y que tienen sobre la dicha de los hombres una influencia incomparablemente menor.

Si en todas las regiones del globo el hombre se reúne en sociedad, es porque a ello le impulsa un instinto de su naturaleza. Hay en él una inclinación a amar, a buscar a sus semejantes, a pedirles y



prestarles servicios; en resumen, tiene tendencias afectuosas, benévolas, que sólo en sociedad pueden satisfacerse. Por otra parte, se advierten entre los hombres diferencias de aptitud intelectual como de fuerza física, esencialmente favorables a la vida de las sociedades, dentro de las cuales pueden desempeñar su objeto únicamente. Así unos están dotados de la fuerza muscular y pueden desempeñar los más rudos trabajos; otros, incapaces para los trabajos penosos, sirven para ejecutar obras que requieren delicadeza y gusto; otros dotados de talento, no pueden dedicarse a trabajos corporales, pero se consagran a las ciencias y a las artes, hacen esos descubrimientos a los cuales la civilización debe sus progresos, conciben planes que otros ejecutan. Todas las facultades del hombre se utilizan en la Sociedad; fuera de ella, tan solo la fuerza material puede ejercerse, puesto que cada individuo habrá de hacerlo todo por sí mismo y limitarse a satisfacer las más imperiosas necesidades.

Por otra parte, la sociedad se funda en la familia, que es su imagen en pequeña escala, y en la que cada cual contribuye al bien de todos dedicándose a especiales tareas. La familia es una reunión de individualidades unidas por los afectos y las necesidades tanto como por los vínculos de la sangre. Es una necesidad de la naturaleza humana que el hombre y la mujer se unan con permanentes lazos; es asimismo una necesidad para sus hijos vivir con ellos para aprovecharse de su protección. La familia forma, pues, una asociación en la que encuentran satisfacción los más nobles sentimientos, y la cual contribuye más que ninguna otra institución a la felicidad del género humano.

El matrimonio, lazo de la familia, se convierte así en el primer vínculo de la sociedad. Con el matrimonio se distingue el hombre de la bestia. En efecto, entre los animales, cuyos pequeñuelos no necesitan absolutamente el cuidado de sus padres, sólo existe una unión fugaz; entre aquellos cuya índole exige los cuidados de un padre y de una madre, hay una unión más prolongada, pero siempre temporal y que termina tan pronto como los hijos no requieren cuidados. Entre los hombres la unión es duradera, Y para que así sea, la naturaleza ha querido que la infancia del hombre sea delicada y se prolongue mucho tiempo; la permanencia del matrimonio tiene, pues, su razón natural de ser.

Insensatos hay que han pretendido que el matrimonio fuese una especie de arrendamiento temporal; empero la protesta más universal ha respondido a semejante aberración. Porque no sólo en la necesidad estriba el lazo de la familia, sino que se funda en el sentimiento más firme, más enérgico que abriga el corazón humano; aquel a cuyo impulso se debe casi todo lo que hacemos sobre la tierra: ¡el amor a nuestros hijos! Este sentimiento resiste y vence a cuantos obstáculos



pueden oponérsele. Hace al hombre capaz de arrostrar las mayores fatigas, de soportar las más penosas privaciones, de imponerse los trabajos más rudos; sin él no tendríamos la mitad de los goces de esta vida. El hombre hace por sus hijos lo que no haría por sí mismo; que si es la ternura el más vivo de los sentimientos, es también el que más dulces goces nos proporciona. Para subvenir a las necesidades de su familia, para educar y establecer a sus hijos, para asegurarles un bienestar, emprende el hombre y acepta sin quejarse trabajos y penalidades de todo género. Mientras que en sus relaciones con los demás hombres atiende a su propio interés, en el círculo de la familia sólo procura la felicidad de los suyos; la benevolencia y la ternura brillan en el hogar doméstico como un reflejo de la dicha futura.



CAPÍTULO VII. La prosperidad como resultado del trabajo.

No trabajamos unos y otros sino para disfrutar del producto de nuestros afanes; de otra suerte, nos entregaríamos al descanso.

Por lo mismo que el derecho al producto del trabajo ha sido en todo tiempo reconocido, el hombre ha trabajado sin cesar y se ha alejado gradualmente de la miseria. Si el primero que fabricó un arco, o domesticó un animal hubiera temido que pudieran arrebatárselos, seguramente no habría hecho el uno ni criado el otro, y hubiéramos continuado alimentándonos con frutas y raíces silvestres.

Propiedad es el derecho que tenemos a disfrutar de lo que nos pertenece. Luego, nada pertenece tanto al hombre como el producto de su trabajo, y la facultad de disponer de él es lo que más le anima a redoblar sus afanes. Y es tan natural en el hombre el instinto de la propiedad, que hasta en el niño mismo se manifiesta mucho tiempo antes de que la educación le permita apreciar el distinto sentido de las frases *tuyo y mío*. El mismo instinto se reconoce en todas las condiciones sociales: el salvaje, a quien puede considerarse como un niño, mira como propiedad suya el animal que ha matado para comerse la carne y cubrirse con la piel; tiene apego a las flechas y al arco que ha fabricado él mismo; si debiera ser despojado de esos objetos, no se tomaría el trabajo de hacerlos.

La propiedad se halla, pues, en todas partes, porque es inherente a la naturaleza del hombre. Pero la comprobación del derecho de propiedad requiere ciertos requisitos a veces, porque en los pueblos civilizados el número de los poseedores y la variedad de los objetos poseídos no permiten que a primera vista se pueda designar el propietario de cada cosa. No hay dificultad por lo tocante a lo que llevamos en nosotros mismos; cada cual ve que aquello nos pertenece. Si una persona roba a otra la bolsa en la calle, ya se comprende al momento que la primera comete un atentado a la propiedad ajena y se le captura como ladrón. Tampoco hay dificultad tratándose de los objetos que existen en la casa en que vivimos, pues es de presumir que son propiedad del que allí habita. La dificultad, pues, se presenta cuando se trata de otra clase de bienes.

Los bienes que pueden constituir la propiedad del hombre son: «bienes muebles», es decir, movibles, que pueden ser transportados, tales como muebles de casa, dinero, mercancías, etc., o «bienes inmuebles», es decir, cosas fijas por su naturaleza misma, como casas, terrenos, etc. La posesión de estos últimos es la menos fácil de comprobar. Una persona compra una casa, un campo, pero no puede permanecer siempre allí, ni llevárselos consigo a otra parte; y si quiere venderlos, no puede dárselos en sus manos a aquel a quien lo cede. Aquí la ley viene en su ayuda: por medio de



actuaciones escritas que se denominan «testimonios de propiedad», la ley determina públicamente que la casa o las tierras de tal modo adquiridas son verdadera propiedad del que las compró. Con sus derechos así adquiridos, el adquirente de casas, tierras o de cualquiera otra clase de inmuebles puede cederlos sin inquietarse; la ley viene a ser guardián de su propiedad.

Grande es, por tanto, el servicio que hace a los hombres la sociedad estableciendo leyes para hacer constar sus derechos, y mayor parece aún el servicio si reflexionamos acerca de las complicaciones que puede producir la comprobación de ese derecho. Una casa puede pertenecer a tres o cuatro dueños; con frecuencia se hipotecan bienes, y puede no convenir al acreedor comprar esos bienes, ni al deudor venderlos tampoco. En este caso la ley asegura a cada cual sus derechos, y cuida de que el deudor no pueda vender sus bienes con perjuicio de sus acreedores.

Algunas personas tienen su dinero colocado en el Estado, en eso que llaman los «fondos públicos.» He aquí el origen de estos. En momentos de apuro, las naciones tienen a veces que contraer grandes deudas que no pueden pagar sino valiéndose de tributos públicos. Demasiada experiencia tenemos de ello en la isla de Cuba, y el mal es aquí aún mucho más grave, porque todo se hace en contradicción con las reglas naturales que la ciencia y el sentido común prescriben. Las naciones que se preocupan algo por su crédito, no pudiendo pagar sus deudas de una vez, se contentan con ir abonando con regularidad el interés o la renta; y de ahí es que decimos, respecto de aquellos que son acreedores del Estado, que tienen dinero colocado en el Tesoro, o en los «fondos públicos», o en la *renta*, como vulgarmente se dice también.

La nación paga el interés, y el rentista o propietario de rentas puede, si necesita recobrar sus fondos, obtenerlos cuando quiera; cede su título de la renta a cualquiera que se lo compre y entre a sustituirle. El interés que de este modo paga la nación por el dinero que se le prestó, se considera como la imposición más segura en las naciones que cuidan algo de conservar su crédito; porque cuando la nación llegase a faltar a sus compromisos, ya ninguna propiedad tendría valor.

Todo esto se realiza, lo repetimos por tercera vez, en las naciones que se preocupan por conservar su crédito: el espectáculo que hemos presenciado desde 1868 en la isla de Cuba no debe servirnos de regla; muy al contrario, no es más que una excepción y excepción que reviste todos los caracteres de un peligro inminente. Se han necesitado muchas cosas para evitar una ruina completa. Hagamos votos para que se nos haga entrar en la regla general, y lo más pronto posible, pues aún es tiempo. En estos momentos de crisis debéis ayudar con toda la energía y sacrificios posibles en bien del



interés general, que es también el vuestro, pues trabajaréis en la reconstrucción de éste, ya bastante arruinado edificio, llamado isla de Cuba; trabajaréis por su engrandecimiento y para su felicidad; ambas condiciones esenciales que es preciso no perder de vista, y que deben ser el estímulo más eficaz cuando después de tantos sinsabores y decepciones sentís debilitarse vuestra buena voluntad y faltaros las fuerzas.

Las «Compañías» o asociaciones particulares que se forman para emprender grandes obras públicas, las ejecutan tomando también como préstamo capitales considerables. Los que les facilitan el dinero participan de la propiedad de esas obras, y son «copropietarios». Llamados también «accionistas», porque se llama «acciones» a los títulos o «actas» que representan el dinero que han empleado, o su parte en la propiedad. Esos títulos están también legalmente certificados y pueden venderse o transmitirse como cualquiera otra propiedad.

Decir que la protección de la propiedad sólo se ejerce en favor de los que tienen, es un error, y no debéis hacer caso alguno de los que os hablen en esos términos, que por desgracia abundan demasiado en nuestros días. Crear y adquirir riquezas es hacerse útil, puesto que es aumentar el fondo social; todo cuanto favorece la conservación del mismo es igualmente un beneficio. No podría, pues, protegerse el trabajo sin proteger la propiedad, que conserva sus productos. Si los hombres no hubieran de aprovechar el resultado de sus servicios, dejarían de prestarlos seguramente.

Tampoco debe calificarse de egoísta, como hacen algunos, el sentimiento que conduce al hombre a prestar un servicio por una justa retribución. Lo que sí es egoísta es el sentimiento que nos hace sacrificar injustamente los demás a nosotros mismos, o el que nos hace ver con ojos envidiosos aquello que otros tengan más que nosotros. ¿No es justo y digno que cada cual provea a las necesidades suyas y de los hijos que ha dado al mundo? Pues entonces el que con sus trabajos materiales o intelectuales presta servicios a su país y deja una fortuna que pone a sus hijos a cubierto de necesidades, aquel habrá hecho dos veces bien.

No basta que el hombre pueda conservar el producto de su trabajo y disfrutarlo él solo, porque entonces nuestro impulso hacia el trabajo sería puramente egoísta; importa poder uno legar después de su muerte lo que haya ganado. Desde luego esto no es más que una simple forma de la libertad de dar aquello que nos pertenece, y el ejercicio de esa libertad viene a ser el postrer acto de nuestra vida; por eso en todos los países civilizados la sociedad asegura a los ciudadanos el derecho de



disponer de sus bienes por medio de testamento, salvo algunas restricciones establecidas en interés de la justicia y la humanidad.

Por el contrario, en todas partes donde los ciudadanos no están seguros de disfrutar y disponer libremente de sus bienes, la sociedad permanece atrasada. En todo tiempo las naciones donde la propiedad ha estado mejor protegida han sido las más florecientes. Hoy mismo, ¿cuáles son los pueblos más ricos y más prósperos de Europa? Son aquellos en que el bien de los ciudadanos se halla mejor garantido. Ved, por el contrario, esas regiones del Asia y del África, donde ninguno está seguro de no ser despojado de lo que ha adquirido penosamente. No obstante las ventajas que la naturaleza les ha prodigado, languidece allí el comercio; la industria no hace progreso alguno; nadie se atreve a emprender nada, porque nunca hay seguridad de recoger el fruto del trabajo, y una población escasa vegeta allí miserablemente en terrenos que bastarían a alimentar un número de habitantes diez veces mayor.

Es un error creer que la ley ha creado el derecho de propiedad, y que todo cuanto tenemos nos pertenece únicamente porque la ley nos ha concedido derechos sobre ello. Es preciso distinguir entre las cosas que provienen de la ley y las que tienen su fundamento en la naturaleza del hombre, y sin las cuales la sociedad no podría subsistir un solo día. Al número de éstas pertenece el derecho de propiedad: la ley no lo ha creado, sino que existe desde tiempo inmemorial; la ley no ha hecho más que reconocerlo y sancionarlo.

No os dejéis ilusionar por doctrinas falsas; cinco son los modos de ser propietario de las cosas:

1º Por el *trabajo*, fabricándolas o haciéndolas nacer.

2º Por *compra*, dando en cambio dinero o alguna otra cosa.

3º Por *herencia*.

4º Por *gracia* o *donación*.

5º Por *hallazgo* o por derecho de *coger primero*.

Observemos de todos modos que, salvo en el caso muy raro de hallazgo, todas las otras maneras de obtener la propiedad se reducen a una sola: el *trabajo*. Porque el que vende una cosa, el que la lega y el que la da la han adquirido ellos mismos con su trabajo, o la han comprado o recibido de personas que, por conclusión, la habían creado con su trabajo. Por consecuencia, en todos estos casos en que se puede ser propietario de una cosa, la ley no crea el derecho de propiedad; no hace



más que sancionar lo que ya existía de antemano, confirmado por la conciencia de todos los hombres desde el origen de la sociedad.

Los inventores de sistemas nuevos se dirigen, sobre todo, en sus reclamaciones contra la posesión de las tierras. Veamos cómo los dueños de terrenos han llegado a poseerlos. ¿Ha sido la ley quien se los ha dado? No; todos los han comprado o heredado. ¿Y cómo los poseían los que se los vendieron o legaron? También los habían adquirido o recibido de otras personas, quienes con los mismos títulos los poseyeron, y así sucesivamente remontándonos de generación en generación.

Se dice que, con respecto a ciertos dominios, han podido existir secuestradores que se han apoderado de ellos por la violencia, o los han adquirido por medios ilegítimos. Eso es verdad; pero esto confirma el valor de nuestro razonamiento; pues si los detentores injustos han arrebatado esos bienes a los legítimos poseedores, ha habido en tal caso una interrupción solamente en la trasmisión regular de la propiedad. Antes, la posesión era legítima, como lo ha sido después para aquellos que más tarde han adquirido esos bienes.

Y además, ¿son acaso las fortunas injustamente adquiridas tan numerosas como se pretende creer? Admitamos, sin embargo, que haya algunas personas cuya fortuna esta tachada de ilegítima; ¿qué significaría ese corto número comparado con la gran masa de gentes honradas cuyo haber ha sido adquirido por las vías legales? ¿Debemos acaso acusar a la humanidad entera porque hay en el mundo hombres criminales y depravados?

Es menester no olvidar que, sea cual fuere la manera con que los que poseen la tierra la hayan adquirido, llegaremos siempre retrocediendo de una en otra generación, a un primer poseedor, es decir, a un hombre que la encontró vacante y le dedicó el primero sus cuidados. Y si este primer poseedor tiene exclusivo derecho sobre el producto de la primera cosecha obtenida con su trabajo, tiene también el derecho de disponer de la tierra misma, pues antes de quitarle las malezas estaba en la condición en que vemos hoy las tierras incultas: cubiertas de hierbas dañinas, de zarzales, de arbustos espinosos o de grandes árboles. A él no le fue suficiente sólo arar, sembrar y recoger seguidamente, como nos sucede hoy en nuestras tierras cultivadas; le fue preciso además derribar los árboles, arrancar las raíces que interceptaban el suelo, romper el terreno y sacar las malas hierbas y las piedras. Como que no tenía ninguno de nuestros actuales instrumentos de cultivo, con ayuda de los cuales la operación de desmontar es aún tan costosa, tuvo que vencer para ello grandes trabajos; por consiguiente, hizo a la humanidad un servicio inmenso haciendo producir a la tierra



sustancias que antes no suministraba. Entonces, después que se ha tomado todo ese trabajo, los hombres creen desquitarse con él dejándole recoger su cosecha, ¡y podrán seguidamente apoderarse de aquella tierra ya labrada! Eso sería injusto. Otro error existe que es preciso combatir, y es la opinión de aquellos que creen que el hombre se apropia los dones de la naturaleza al tomar posesión de la tierra, y que esos dones pertenecen a todos los hombres. El don de la naturaleza es el poder o la facultad de producir cosechas, que ha concedido a la tierra; el don del hombre es el trabajo que presta para poner esa tierra en estado de cultivo. Lo que el hombre trasmite, pues, y transmitirá a su vez cada uno de sus sucesores, es únicamente el fruto de su trabajo y el derecho de disponer de él.

Después, las sucesivas generaciones de poseedores, aplicando también su trabajo, a esa misma tierra, la pondrán en estado de producir cosechas más abundantes; la limpiarán cada vez más de hierbas nocivas, la harán más fecunda añadiéndole nuevos abonos, ahondarán el suelo a mayor profundidad, la nivelarán y salubrificarán; en fin, el valor de la tierra se acrecentará con las obras que se hagan en el país, caminos, puentes, canales, ferro carriles, que harán más accesible la región y favorecerán el transporte de géneros; trabajos a los cuales habrán contribuido, como propietarios, con las contribuciones en mayor proporción que los otros. Y al transmitir el dominio de aquella tierra, cuyo valor habrá de ese modo crecido progresivamente, los propietarios no harán sino ceder el derecho de disfrutar de los trabajos ejecutados por sus predecesores y por ellos mismos.

Y, notadlo bien, este razonamiento no es sólo aplicable respecto de la tierra; es igualmente aplicable a las industrias todas, a las cuales aprovechan también las mejoras que se implantan en las cercanías, de la construcción de una calzada, o de un camino de hierro, de cuanto aumente la actividad y la riqueza del país.

Lo que se trasmite al vender o legar la tierra, no es tanto el derecho de aprovechar la facultad productiva del suelo, como el de disfrutar del trabajo empleado para ponerla en el estado en que esté.

Un célebre agrónomo ha dicho que si se sumaran los trabajos de toda especie realizados desde dos siglos acá solamente en una hacienda cualquiera, se comprobaría que el total excede en mucho al valor de la propiedad misma. No sería posible hoy adquirir un terreno si fuera menester reembolsar todo lo que ha costado, no para hacerle producir cosechas cada año, sino solamente en los trabajos sucesivos para ponerlo en el estado actual. ¿Qué sería si hubiesen de tomarse en consideración las fatigas resultantes de la imperfección de los instrumentos primitivos de labranza? Por lo tanto, y



esto no debe perderse de vista cuando se pretende sacar partido de las teorías declamatorias de nuestros modernos civilizadores, a pesar de la usurpación de la tierra, las generaciones actuales disfrutan bien graciosamente de la fecundidad que la naturaleza ha derramado en el suelo; más aún, han llegado a disfrutar gratuitamente también de una gran parte de los trabajos ejecutados por las generaciones precedentes. De manera que la apropiación de la tierra ha prestado a la humanidad un servicio indisputable e inmenso.

Para que el hombre tenga estímulo a activar sus esfuerzos, ha de estar seguro de gozar del fruto de su trabajo. Y semejante persuasión es necesaria, sobre todo, respecto de la agricultura. En la industria, cuyos productos se confeccionan casi siempre en pocos días, se obtiene en un corto plazo el fruto de las fatigas. En la agricultura, por el contrario, es preciso suministrar a la tierra grandes anticipos. Esto es precisamente lo que impide a tantos agricultores mejorar su situación.

Desde hace largo tiempo se buscan los medios de resolver el problema agrícola, y se encontrarán sin duda facilitando a precio reducido los recursos al agricultor, pues en eso estriba la base principal de la cuestión.

En tal sentido se acentúa ya cierto movimiento en la Isla de Cuba, movimiento que estimaremos en tiempo y lugar; pero no creáis que el sistema del cultivo en comunidad, tan preconizado por algunos innovadores, sería un remedio eficaz, pues no sería sólo respecto de la tierra donde habríamos de aplicar el principio de supresión de la propiedad, sino también respecto de todos los demás bienes. O todo, o nada: es menester, o dejar las cosas tales como están, o establecer de una manera general el principio de la comunidad de bienes. Un sistema semejante sería impracticable y contrario a los intereses de la humanidad. No olvidéis que la comunidad de bienes atentaría a las libertades más sagradas, pues nadie sería libre de aplicar sus facultades, como hoy, a lo que mejor le place, y sería preciso que cada cual hiciera, no lo que le conviene, sino lo que conviniese a la sociedad.

En cuanto a saber de qué medios nos valdríamos para dar a todos y a cada uno partes iguales, se guarda el secreto; pero lo que sí podemos calcular es la pérdida de riqueza que resultaría de la división de la hacienda social. Tal sistema conduciría indispensablemente a la destrucción de todo lo que representa un gran valor, y que es del dominio de un corto número de personas. ¡Se empobrecería inmensamente el país, se arruinaría a los ricos, y apenas si quedaría algo que dar por de pronto a los pobres!



La repartición de los bienes de los ricos no habrá extinguido la necesidad del trabajo, porque se necesita de todas las cosas indispensables a la vida. Hay que renovar de continuo todo lo que se usa y se consume; luego, a menos de emplear la fuerza y convertir a los hombres en otros tantos esclavos, nadie querrá trabajar sin que se le pague. Pero entonces la desigualdad renacerá inmediatamente: los hombres activos, inteligentes y económicos se harán ricos, mientras que los perezosos, los ignorantes y los derrochadores tornarán a ser pobres. Las cosas volverán de este modo a su estado natural; pero el país habrá experimentado pérdidas de que no podrá resarcirse quizá durante siglos enteros. Y la sociedad toda, que era rica, se encontrará pobre. En resumen, pues, y pasando en silencio acerca de la injusticia fundamental de un sistema que empieza por la expoliación, la comunidad da por resultado la disminución de la riqueza del país; es, por tanto, la comunidad de la miseria.

Si se considera suficiente hacer un primer reparto, dejando a cada uno que saque a su manera el mejor partido de lo suyo, en tal caso, el hombre laborioso, inteligente, económico, acrecentará su parte; el perezoso, el ignorante, el disipado, disminuirá la suya y caerá en la pobreza. La desigualdad reaparecerá: los perezosos y los que no tienen nada empezarán de nuevo a quejarse, como ahora, contra los titulados mal adquiridos bienes de los ricos.

Si se pretende establecer una especie de comunismo, en el cual el Estado se haga el gran emprendedor de todos los trabajos, retribuyendo a los ciudadanos en proporción al valor del trabajo de cada uno, entonces la diversidad de las aptitudes y de los esfuerzos traerá consigo la diferencia entre las ventajas poseídas por cada uno, o lo que es lo mismo, la completa desigualdad social, con todo su séquito de alternativas, desde la riqueza extrema hasta la extrema indigencia.

Si se llega hasta el comunismo extremo, en el cual nadie tiene nada, y en que el Estado, dueño de todo, se encarga de asegurar a cada cual la satisfacción de sus necesidades sin consideración al valor de su trabajo, entonces, al cesar toda causa de emulación y de empeño, languidece todo, la comunidad desciende gradualmente hasta la miseria, y el régimen que debía asegurar el bienestar de todos, no tendrá ni siquiera lo estrictamente necesario que poderles dar.



CAPÍTULO VIII. Desigualdad entre los hombres.

SU CAUSA Y SU UTILIDAD. MEDIOS DE AMINORAR SUS EFECTOS.

Ciertos reformadores sociales que se nos anuncian como seres providenciales, como reveladores de una nueva religión, pretenden descomponer, trastornar el orden social; niegan la eficacia de las ideas fundamentales sobre las cuales descansa la moderna sociedad; dicen: «la familia no es más que una escuela de egoísmo; el matrimonio; base de la familia, es la prostitución legalizada; la libertad es el individualismo, la explotación del hombre por el hombre; la propiedad es el robo; no hay Dios; la moral no es más que una invención de filósofos; la patria es una preocupación que ha desaparecido; es preciso proscribir todo aquello que recuerde al hombre que tiene una individualidad distinta de la humanidad.»

Hay peticiones que no pueden tener éxito: porque los mismos que se hacen sus apóstoles no saben lo que quieren. Con semejantes programas puede inquietarse a la sociedad, pero no se la modifica.

No debe creerse que exista un medio para hacer que todos los hombres sean iguales en este mundo. No debe creerse tampoco que la desigualdad entre los hombres, que a tantas quejas da lugar en nuestros días y que se nos muestra bajo el pomposo título de «cuestión social», sea algo que pueda hacerse desaparecer por medio de una ley. Examinemos y juzguemos.

Echemos una mirada a la naturaleza: por todas partes vemos en ella la desigualdad, en la diferencia de los climas como en la riqueza del suelo; no sólo existe entre los hombres, sino entre los animales mismos y entre las plantas. Mirad el buey, el caballo, el perro, el gato, no hay dos que se parezcan o que tengan igual carácter, igual docilidad, igual viveza. Y ¡cuánta diferencia entre los hombres! porque a las cualidades físicas se agrega una multitud de cualidades intelectuales y morales que hacen de él el ser más complejo que el espíritu puede imaginar.

Hagamos una breve enumeración: los unos son fuertes, vigorosos, bien formados; otros son débiles, raquíuticos, enclenques, enfermizos; el uno es capaz de soportar grandes fatigas, el otro se extenua al más leve esfuerzo; los unos tienen flexibilidad y agilidad y son aptos para todos los trabajos corporales; otros, por el contrario, son torpes y pesados, y no pueden desempeñar sino oficios groseros.

Bajo el punto de vista de la inteligencia, existen otras diferencias, más importantes y numerosas. El uno es de claro espíritu y comprende pronta y fácilmente; el otro es de entendimiento tardo,



tupido, y le cuesta trabajo entender. Algunos tienen una memoria feliz y se acuerdan de todo; otros aprenden con dificultad y no retienen nada. Este tiene una imaginación viva, un espíritu de inventiva, aprovecha las ocasiones y da forma a las ideas; aquel no sabe crear nada, ni saca partido de cosa alguna, y advierte las ocasiones cuando ya no hay lugar de aprovecharlas. Aquel otro tiene buen criterio, mira bien lo que hace y no emprende nada aventurado; su vecino tiene, por el contrario, cortos alcances, se mete como un aturdido en una empresa cualquiera, y se arruina por su imprudencia.

Por lo que toca al carácter y a la conducta, obsérvanse nuevas diferencias. Unos son activos, laboriosos, enérgicos; otros son indolentes, perezosos; estos son arreglados y económicos; aquellos son derrochadores y aficionados a los placeres; los hay buenos y malos, virtuosos y perversos; para unos todos los medios son buenos, mientras que otros no hacen nada que no esté autorizado por la moral; el uno es bueno, afectuoso, se presta siempre a servir, predispone a todo el mundo en favor suyo; el otro es cruel, egoísta, rencoroso, insultante, y aleja de sí a los que podrían serle útiles.

De todo lo cual se deduce en consecuencia que la desigualdad, existiendo por completo entre los hombres, debe existir también en todo en la sociedad. Cuando os sea posible transformar al hombre, podréis cambiar la sociedad. Cierto es que por medio de la educación podemos mejorar al hombre, desarrollar su inteligencia, combatir sus inclinaciones, hacerle contraer buenas costumbres, y aminorar así la influencia de las desigualdades naturales. Y aun para ello es preciso que la juventud sea dócil a los consejos y a las lecciones que se le den,

Pero, sean cuales fueren los esfuerzos que se empleen, no debe esperarse hacer desaparecer la desigualdad sobre la tierra; ni siquiera debe desearse ¿pues qué sería el mundo sin la desigualdad?

Haciéndonos conocer las comodidades y los goces de que estamos privados, se nos despierta el deseo de obtenerlas; crea necesidades y promueve esfuerzos. Si el progreso es tan lento entre los pueblos bárbaros, es porque allí el hombre no conoce ni aspira a los goces de otros, no siente más necesidades que las muy imperiosas, y una vez satisfechas éstas, descansa y duerme. Suprímase la desigualdad, y los hombres recaerán en el embotamiento y la indolencia de los salvajes.

La igualdad de bienestar engendraría la indolencia y la apatía, mucho más que la igualdad de miseria. En este último estado el hombre se halla agujoneado al menos por el sentimiento de sus necesidades; por el contrario, en el primer caso, como que vive en una condición satisfactoria y agradable, nada contribuye a excitar sus esfuerzos. Contento con su suerte no piensa en cambiar de



ella, y se adormece en el bienestar. ¡Pobre de él entonces! porque en la vía del progreso, cuando la humanidad no adelanta, retrocede.

Pero este es el lado menos importante de la cuestión: conviene más señalar cómo la desigualdad contribuye directamente al bienestar de todos los hombres, y cómo ejerce una beneficiosa Influencia sobre la sociedad.

¿No es cierto que hay un gran número de individuos que prestan positivamente grandes servicios a la sociedad? Y las más de las veces no es porque tengan dinero por lo que prestan esos servicios al país, sino porque tienen inteligencia, una actividad incansable, un criterio recto, un golpe de vista seguro, imaginación para descubrir y dedicarse a cosas útiles; por último, una atención extremada para verlo todo y atender a todo.

Con tales cualidades, y no por medio de su riqueza, alcanzan el mejor éxito en sus propósitos. En cambio, vemos muchos «Ingenios» dirigidos por hombres ricos, que no han podido sostenerse porque han calculado mal sus negocios, porque les ha faltado habilidad, prudencia, actividad, y a veces conciencia de su proceder. Las cualidades de los primeros les dan buen resultado y al mismo tiempo esparcen la prosperidad en todo lo que les rodea.

Estos hombres a más de recoger el fruto de su talento, han producido un bien mayor aún con la animación, la actividad, los capitales que esparcen en el país, con el aumento de valores que imprimen a todo en derredor suyo; y en tal grado, que todos aquellos que tienen la suerte de vivir en el círculo dentro del cual se ejercitan esas cualidades, se aprovechan de la habilidad de esos hombres, cuyos beneficios recogen cada día y seguirán recogiendo aún después que ellos no existan, pues el bien que hacen los hombres de tal género no muere con ellos.

Y lo mismo puede decirse de todos aquellos que se distinguen por una superioridad moral e intelectual. Estos hombres superiores quebrantan, de grado o por fuerza, el nivel de igualdad que la envidiosa medianía quisiera hacer pesar sobre la especie humana.

No debe menospreciarse a ningún hombre ni ningún oficio; todas las profesiones son útiles, y los que las ejercen sirven a la sociedad porque proveen a sus necesidades; pero los servicios del labrador, del obrero, del comerciante en pequeño, se reducen a un círculo limitado; por el contrario, los del hombre cuya inteligencia crea trabajos para una infinidad de brazos; los del negociante que lleva a lo lejos y a todas partes los productos de nuestra industria y nos trae géneros y comodidades que no tenemos en nuestro país; los del abogado cuyo talento defiende el honor y los intereses de



sus clientes; los del médico a quien sus largos estudios permiten salvar gran número de vidas; los del ingeniero que abre los canales y los puertos, que construye los caminos suspendidos en las laderas de las colinas, terraplena los valles, atraviesa las montañas y sabe descubrir en las entrañas de la tierra riquezas suficientes para vivificar un país entero, estos servicios, ¿no son, sin duda, infinitamente superiores a aquellos otros que sólo requieren fuerza corporal, o la ordinaria dosis de inteligencia que poseen todos los hombres?

Y si nos referimos a esas inteligencias más notables aún, a esos genios a quienes debemos los progresos de la agricultura, de la industria, de las ciencias y de las artes, en esta esfera ya no es sólo a algunas personas, a una provincia ni a un país a quienes aprovechan sus trabajos, sino a la humanidad entera. Todo cuanto tenemos es el resultado de las investigaciones de esos seres privilegiados, a quienes los hombres agradecidos han llamado bienhechores del género humano. Vivimos en un fondo que es el fruto de sus trabajos y de sus vigiliass; les debemos todas las comodidades de que disfrutamos; todo el bienestar nuestro proviene de ellos. No sería justo, por consiguiente, que la sociedad no los recompensara de distinta manera que a aquellos cuyos trabajos son, a no dudarlo, indispensables, pero cuyos servicios no alcanzan tan inmensa importancia.

Y sin embargo, muy a menudo, por no decir siempre, la sociedad no los recompensa; cuando más, suele elevarles estatuas después que mueren. Deja al público el cuidado de retribuirlos, persuadida de que, a despecho de la medianía envidiosa, sabrá pagarles sus servicios en lo que valen. Y el público busca a esos hombres, y a ellos se atiene con preferencia, y hasta se indigna de que el Estado no les reconozca su mérito y no los emplee antes que a otros.

Por más que haya siempre una tendencia a murmurar contra los que nos superan, nos alegramos de encontrarlos cuando hacen falta. Esas superioridades son una consecuencia de las desigualdades naturales existentes entre los hombres, y quejarse de que existan es quejarse del genio, del talento, del mérito, de cuanto mayor bien hace a la humanidad. Es menester, pues, felicitarnos de que haya en el mundo esas superioridades, y si algo debemos sentir es que no las haya en mayor número, pues la humanidad progresaría más por la senda del bienestar.

La sociedad se aprovecha de los servicios que hacen esos hombres, y los que ella les presta no valen nada en comparación de los que ellos hacen graciosamente a la humanidad; pues a medida que la ciencia realiza progresos y que la industria perfecciona sus elementos de producción, el precio de los objetos baja y se pone al alcance de multitud de gentes que tenían que privarse de ellos. Cada



año, cada mes van siendo del dominio público una porción de procedimientos nuevos, debidos precisamente a esas inteligencias selectas que descubren, que inventan, que trasforman las materias dándoles aplicaciones que antes no se conocían, como se ha hecho respecto del vapor, del gas, de la electricidad y de otras tantas cosas de las que hace un siglo no se obtenía utilidad.

Pistas ventajas no consisten tan sólo en que haya esas desigualdades; consisten también en la libertad que las facultades de toda clase tienen para ejercerse en una sociedad donde cada uno sigue su vocación y escoge la profesión más adecuada con relación a su aptitud, su interés y sus gustos. Esto no podría tener lugar bajo el sistema que algunos sueñan, en el cual el Estado se encargarla de proveer a la existencia de cada uno; tendría que cuidar de que se ejercieran todas las profesiones necesarias a la subsistencia de la sociedad, ni más ni menos, y sobre todo, a no exponerse a tener que alimentar bocas inútiles.

La libertad aumenta la responsabilidad moral del hombre, el cual tiene que instruirse, ilustrarse, a fin de no verse tan expuesto a que lo engañen. En el día, para la elección de profesiones no hay más obstáculos que los inherentes a la naturaleza misma de las cosas. No hay ya clases distintas en nuestra sociedad.

Esto no obstante, se oye hablar siempre de clases ricas y de clases pobres; pero es preciso no confundir, pues en los tiempos actuales esas denominaciones sólo se aplican a los que trabajan para otro, o a los que emplean a otras personas. Pero en realidad no existen clases distintas, puesto que nadie podría decir dónde comienza la riqueza y dónde acaba la pobreza; pudiendo, lo que para el uno sea riqueza, constituir sólo una medianía a los ojos de otro. Tampoco hay, además, barrera alguna entre esas clases, pudiendo el obrero de hoy convertirse mañana en maestro, mientras que el maestro, por imprudencia, o por mala conducta, o por desventura, puede volver de nuevo a la condición de simple obrero.

Si se lanzan contra la sociedad tantas acusaciones injustas, es porque no se la conoce. Tratemos, en primer lugar, de adquirir el bienestar y la comodidad; y si ponemos empeño, estemos persuadidos de que lo conseguiremos, salvo infortunios imprevistos.

Quien quiere el fin debe querer los medios. Y no siempre al querer el fin se buscan los medios de llegar a él. Esos medios—ya lo hemos visto al estudiar en la INTRODUCCIÓN la vida de *Franklin*—son el trabajo, el orden, la economía, la previsión, la instrucción. Con ellos se va siempre al fin; pero se necesita todo eso, pues son muy pocos los que obtienen fácilmente felicidad. ¡Cuántos



hay que se quejan de su pobreza y no debían culpar de ella más que a sí mismos! No es trabajando algunas horas al día o algunos días a la semana, como se consigue el bienestar. Para tener reposo y comodidad más tarde, es preciso empezar por tomarse algún trabajo y no hacer, como tantos, que quieren desde luego darse buena vida. Ved a todos aquellos que tienen comodidades o riquezas: salvo muy pocas excepciones, ¿cómo las han adquirido? O ellos, o sus padres, han trabajado penosamente, levantándose temprano, acostándose tarde, siempre los primeros y los últimos en el trabajo.

Empero, sin el orden, que de todo saca partido y no deja perder nada, el trabajo no es suficiente. No hay casa que el orden no haga prosperar, como no la hay tampoco a la que la falta de orden no arruine o haga empobrecer.

La economía es quizá más importante aún que el orden, por ser también más difícil. En efecto, trabájase para procurarse goces y comodidades, y es preciso empezar por privarse de ellos. La vejez debe ser la época del descanso, la juventud es la del trabajo y la economía. Esto es lo que no se quiere entender. En tanto que son jóvenes gastan muchos individuos todo lo que ganan, sin pensar en el porvenir, y la edad en que sobrevienen los achaques les sorprende antes de que hayan tenido lugar de procurarse los recursos más necesarios. El bienestar se consigue con calma, y nada debemos desdeñar para llegar a obtenerlo; un peso que se ahorra es un peso que se ha ganado. «¡Un peso!—se dice—¿qué es un peso más o menos? no merece la pena de ocuparse de eso.» Los que así hablan no conocen cuánto valen la economía y la acumulación de intereses. Bien sabemos que la palabra «economía» no la comprenden algunas gentes para quienes la vida no es agradable sin esos gastos superfluos, que arruinan a la mayor parte de los obreros, y que hallan más cómodo divertirse ínterin son jóvenes para venir después a pedir a los que han trabajado de veras una parte de lo que tienen; pero esto no es justo. Si hoy no quieren privarse de nada, no deben venir después, cuando sean viejos, a quejarse de que se hallan en la miseria. Nada se obtiene sin trabajo en este mundo, y menos aún los bienes de fortuna.

La habilidad, la inteligencia y la Instrucción están comprendidas en el número de los medios necesarios para lograr buen éxito. El trabajo, el orden y la economía influyen mucho, sin duda; pero no bastan para hacer fortuna, se necesita la inteligencia, mucha inteligencia. Con frecuencia, al ver la suerte de algunos hombres, nos inclinamos a tenerles envidia. En vez de pensar que si no alcanzamos el buen éxito de ellos es porque no tenemos su capacidad, preferimos echar la culpa a



las circunstancias, a la suerte, a los hombres, a todo, en fin, menos a nosotros mismos. Y es un error: todos tenemos nuestra parte de inteligencia, que a nosotros corresponde hacer fructificar por medio de la instrucción, hoy sobre todo, que la sociedad nos brinda los medios con las escuelas por todas partes establecidas. Al poner la instrucción al alcance de todo el mundo, la sociedad ha debilitado la mayor causa de la desigualdad que existe entre los hombres; ha derribado la última barrera que podría oponerse a que desde la condición más humilde se suba a la más elevada, si se tiene realmente para ello la suficiente aptitud.



CAPÍTULO IX. El trabajo considerado como elemento de la producción.

Puede afirmarse que el trabajo es la fuente de la riqueza, pero a condición de tomar la palabra *trabajo* en su acepción más lata: esfuerzo intelectual, moral, físico; trabajo de conservación y de ahorro; trabajo de dirección, de administración.

El hombre que carga fardos, el que talla la piedra, el que forja el hierro o derriba los árboles, todos esos trabajan con los músculos de su cuerpo. Pero el abogado, que estudia las leyes para defender una causa; el médico, que observa los síntomas de una enfermedad para saber cómo debe curarla; el sabio que calcula la fuerza de vapor necesaria para hacer andar una máquina, estos trabajan con su espíritu; y este trabajo, si bien de otra índole que el trabajo manual, no es por eso menos difícil. El maestro de escuela no trabaja precisamente con sus manos, y sin embargo, instruyendo a los niños ejerce una profesión penosa, que no sabremos agradecerle bastante. Se trabaja, pues, cada vez que se hacen esfuerzos del cuerpo o del espíritu.

No obstante, para que el trabajo merezca semejante nombre, debe tener un fin útil y dirigirse a prestar un servicio al que trabaja, o a otros. El cazador que se pasea con su escopeta al hombro, no trabaja, aunque se fatiga mucho. Un hombre puede a veces dedicarse a un trabajo útil para él, pero perjudicial a los demás, como sería fabricar moneda falsa; pero aparte de escasas y culpables excepciones, el resultado del trabajo es siempre beneficioso a la humanidad. Debiendo el trabajo tener un objeto útil, todo trabajo que se emprenda para producir alguna cosa que pueda tenerse sin esfuerzo alguno, será un trabajo perdido.

En una sociedad civilizada como la nuestra, todos aquellos que participan de sus ventajas deben pagarlas trabajando para ella.

No debe deducirse de esto el que los ricos que no trabajan falten a su deber, puesto que o han adquirido su riqueza por sí mismos o la han recibido de sus padres; en ambos casos ya la deuda la pagaron de antemano ellos o sus padres, puesto que su fortuna es el excedente de un trabajo economizado por, ellos o por sus antecesores, cuyo excedente ha enriquecido al país.

El hombre tiene necesidades de toda especie, y no puede satisfacer ninguna de ellas sin tomarse algún trabajo. Pero quien dice satisfacción de una necesidad, dice goce, pues el hombre disfruta cada vez que satisface sus necesidades o sus deseos. Preciso es, por tanto, que el hombre compre de un modo cualquiera sus satisfacciones o sus goces, pero procura pagarlas lo menos posible: de este deseo resultan todos los progresos que se hacen sobre la tierra.



Es evidente que si cada uno de nosotros tuviera que hacerlo todo por sí mismo, pasando sin cesar de uno a otro trabajo, experimentaríamos infinita molestia y nos encontraríamos, después de todo, muy mal alimentados, muy mal alojados, muy mal vestidos. Pero como todos los hombres tienen iguales necesidades, lo que es útil a uno, es también útil a los demás. Si, por ejemplo, uno de ellos ha hecho cierta clase de objetos en mayor cantidad de los que necesita para su consumo, al mismo tiempo que otros dos también han hecho de otras clases de objetos, más de los que necesitaban, cada uno de ellos trocará una porción del producto de su trabajo por una porción del de los otros dos. De este modo habrán efectuado un cambio y se habrán prestado mutuamente un servicio.

Los hombres se han apercebido en breve de que les era ventajoso dedicarse cada uno a la producción de una sola cosa, pues con ella pueden, haciendo cambios, proporcionarse todas las demás que necesitan. Pero, ocupándose en especial de la producción de un solo objeto, cada uno produce por sí solo una cantidad mucho mayor de la que todos juntos podrían producir si cada cual se dedicara a muchas ocupaciones distintas. Todos, por ese medio, producen más, tienen más productos que cambiar: todos obtienen, pues, de su trabajo más satisfacciones o goces.

De este modo el *cambio* ha traído la *división del trabajo*, o sea el reparto de trabajos entre individuos que cada cual ejerce una sola industria. También se designa con ese nombre de *división del trabajo* el sistema adoptado en los grandes talleres, en que cada operario se ocupa sólo de una parte especial del trabajo necesario para fabricar un producto. No haciendo cada uno más que una sola cosa, la hace mejor y más pronto a la vez.

No tenemos en la isla de Cuba esos talleres gigantescos que podrían dar verdadera y exacta idea de la *división del trabajo*. Sin embargo, en las fábricas de tabacos y en los Ingenios existe, aunque en pequeña escala, la «división del trabajo». Antes de que un cajón de tabacos, por ejemplo, llegue a manos del consumidor, necesita la intervención de varios individuos que todo el año se ocupan en hacer únicamente el mismo trabajo. Primero el veguero que se ocupa en el cultivo de la planta y la recolecta. Vienen luego los escogedores para la clasificación de la hoja. Después los que entercian el tabaco, los conductores hasta el punto de embarque por mar o por tierra, las compañías de vapores o ferrocarriles para su transporte a la Habana. Los mercaderes representantes de los fabricantes de tabacos que recorren las vegas para la compra de la hoja. Llega el tercio a la fábrica y allí sufre la hoja un sinnúmero de manipulaciones encomendadas todas a distintos individuos; pasa la hoja al operario que tuerce el tabaco, luego al escogedor del tabaco ya torcido, y entonces aparece el cajón



donde se envasa, cuyo cajón ha pasado también por varias manos, desde el que ha tumbado el árbol en el monte, conductores, aserradores, comerciantes en maderas, carpintero, litógrafo, grabador y envasador del tabaco torcido. Y solamente después de haber pasado el tabaco por todas estas manos y trabajos especiales, puesto ya torcido en el cajón, es cuando va a manos del vendedor al por mayor o al por menor, que lo facilita al consumidor.

Representémonos en idea la multiplicidad de operaciones que se necesitan antes de poder encender el tabaco que fumamos, y fácil es hacerse cargo de la dificultad inmensa que sería preciso vencer para que un solo individuo pudiera lograr el mismo resultado.

La *división del trabajo* facilita de este modo y multiplica los cambios, y a medida que estos se multiplican aumenta la suma de goces de cada hombre. División de trabajo, cambio de productos, satisfacción más fácil de las necesidades, todo se enlaza.

A pesar de que los hombres comenzaran por cambiarse productos, hoy no se cambian entre ellos más que servicios; pues cuando se compra un objeto o se toma un individuo por una necesidad especial, es porque este objeto o este individuo nos son necesarios; y por consiguiente, el comerciante que nos vende el objeto y el individuo que tomamos para que nos haga una tarea que no queremos o no podemos hacer personalmente, nos prestan un servicio, puesto que uno y otro nos proporcionan medios de satisfacer nuestras necesidades.

En todas las relaciones de negocios hay siempre un cambio de servicios. Así, en una circunstancia difícil acudimos a un abogado, y él nos da una consulta que nos evita o nos hace ganar un pleito; nos ha prestado un servicio. Enfermamos y acudimos a un médico; este nos examina, reconoce la causa de nuestra dolencia y prescribe un tratamiento que nos cura: nos ha hecho un servicio. Pero a nuestra vez también les hacemos un servicio, pues habiendo abrazado su profesión para subsistir de ella, nos valemos de ellos pagándoles sus honorarios y les prestamos un servicio.

Analizando bien, veremos que, en definitiva, todo se traduce en un cambio de servicios. Lo que pudiera inducir a error es que los servicios se presentan bajo muy diversas formas. Sin embargo, todos los que los hombres pueden prestarse en cuestión de negocios, cabe resumirlos en las clases siguientes;

Dar para que nos *den*.

Dar para que nos *hagan*.

Hacer para que nos *den*.



Hacer para que nos *hagan*,

Dar para que nos *den* es el caso del comerciante que proporciona mercancías: es un cambio de productos. Este caso comprende todo lo que en general llamamos «compra» y «venta».

Dar para que nos *hagan*, tiene lugar cuando empleamos criados u obreros. El amo les paga, en dinero, y en ocasiones en especies, cuando los aloja y los alimenta, y ellos trabajan para él. Tal es el caso de los amos con respecto a los servidores y a los obreros, y el de las administraciones respecto a todos los funcionarios y los empleados: cambian dinero por trabajo. El dinero que de este modo se da en pago se llama *gajes*, *salario* o *sueldo*, según los casos; pero es siempre lo mismo.

Hacer para que nos *den* es el caso inverso del precedente. Es el de los criados u obreros que trabajan por un salario; cambian trabajo por dinero.

Hacer para que nos *hagan*, es el caso muy poco común en que hacemos cierto trabajo para alguien a cambio de otro trabajo que él hiciera para nosotros. Búsquense todos los casos en que los hombres pueden prestarse servicios, y se verá que todos están comprendidos en esas cuatro categorías.

Por lo general, los servicios del abogado, del médico, del arquitecto, del ingeniero, son mal comprendidos; pero con un poco de reflexión es fácil penetrarse de que corresponden a la clase de los que «hacen para que les den», es decir, que trabajan para recibir.

Es preciso no olvidar que cuando se paga al abogado, al médico, al ingeniero, etc., no les remuneramos tan sólo la molestia que se toman al servirnos, sino también la que han tenido estudiando durante quince o veinte años, con grandes gastos por parte de sus padres, y la que tienen todavía estudiando incesantemente para estar dispuestos a prestarnos servicios. Y la mejor prueba de que no consideramos muy caros sus servicios cuando los necesitamos, es que en un caso grave no nos conformamos con un abogado o con un médico cualquiera: el más afamado, el que más caro se hace pagar, no es demasiado cuando peligra la vida o la fortuna.

En igual caso están los sabios, el magistrado que administra la justicia, el funcionario público que administra los intereses públicos, el profesor que nos hace tan valiosos servicios dándonos la instrucción; todos se colocan en la categoría de los que «*hacen* para que les den».

Todos trabajan para nosotros; y si no les vemos encorvados labrando la tierra, durante largos años han meditado inclinada su frente hacia los libros; y muchas veces, cuando nosotros estamos descansando ya, ellos se hallan todavía estudiando los medios de ilustrarnos más, de asegurar nuestra tranquilidad y aumentar nuestro bienestar con sus escritos, con sus consejos, con



descubrimientos e invenciones nuevas. Sus servicios, pues, aunque suelen desconocerse, son muy importantes a la humanidad, pues no alcanzan tan sólo a algunos individuos, se extienden a la sociedad entera. Esos servicios son de tal naturaleza que sería difícil apreciar su valor para pagarlos en cada caso; además, como que interesan a la sociedad en general, el Estado es quien los retribuye por medio del dinero, que el público pone a su disposición. En todos los casos, lo que el Estado les paga en nombre nuestro no es sino la justa remuneración de los servicios particulares que hacen a los individuos, o de los servicios generales que de ellos obtiene la sociedad.

Y no hacemos nada de más al asimilar sus servicios a los de los obreros y sirvientes, pues todas esas personas trabajan para los demás y se les paga su esfuerzo: ellas hacen servicios, y *todo servicio merece salario*. Los honorarios del médico y del abogado, el sueldo del profesor, del funcionario y del magistrado, son su salario, lo mismo que el del obrero o el del sirviente. El nombre no altera el sentido de la cosa. No olvidemos tampoco que hay siempre cambio de servicios.

En cuanto a la idea errónea que algunos utopistas tratan de inculcar a los obreros para hacerles creer que hay en la sociedad quienes dan más de lo que reciben, puede contestárseles que esto incumbe a los que puedan considerarse mal pagados, y no a la sociedad. La marcha ordinaria de las cosas, indica que el que tiene necesidad de trabajar, va a buscar a alguno que necesita hacer trabajar; este tiene mercancías para vender y desea encontrar a alguno que las quiera; aquel tiene dinero y necesita cierto objeto, o una obra que otro pueda ejecutar. ¿Qué hacen, pues? Conviene en dar cierta cantidad de lo uno por determinada cantidad de lo otro. Si efectúan el cambio, es porque ambos lo encuentran ventajoso; para ambos el servicio del uno vale en ese momento tanto como el del otro; de lo contrario, el cambio no tendría lugar, puesto que ambos son dueños de no efectuarlo.

Suele haber individuos que realizan lo que llamamos tratos ventajosos, mientras que otros los hacen con desventaja: esto sucede porque hay gentes a quienes falta el criterio, otras que entienden mal sus intereses, y muchas que se crean necesidades imaginarias; lo cuál no impide, sin embargo, que una vez concluido el trato, haya igualdad de servicios; sin esto el trato no se haría. Cada cuál, por lo demás, discute el valor del servicio que recibe, y una vez de acuerdo, el trato está hecho. Hay, pues, realmente cambio de servicios, y además hay equivalencia entre uno y otro; sin esto, sin esta igualdad de servicios, el cambio no tendría lugar.

La cantidad de dinero o de mercancía que hemos de dar a cambio de lo que queremos, varía además en razón de diversas circunstancias, que es muy preciso tener en cuenta, tales como las necesidades



del vendedor o del comprador, la cantidad disponible de efectos que cambiar, o bien la calidad de la mercancía y la dificultad del trabajo. Pero siempre cuando el trato se cierra, es porque ha resultado acuerdo; en este caso, por ambas partes ha habido interés en hacerlo. Puede uno arrepentirse en seguida; puede caerse en la cuenta de que se ha hecho un mal negocio; puede uno haberse efectivamente engañado; pero en realidad, en el ánimo de los contratantes los servicios eran equivalentes al hacer el trato.

Toda interpretación errónea proviene de que consideramos las cosas sin previa reflexión. Si nos diéramos mejor cuenta de la posición recíproca que ocupamos en nuestras relaciones con los hombres, nos miraríamos con más benevolencia unos a otros. No debemos olvidar que todas nuestras relaciones con nuestros semejantes acaban por ser en definitiva un cambio de servicios. Teniendo presente esta verdad, se ve cuánto cambian, en el sentido más grato, la naturaleza de nuestras relaciones con todo el mundo.



CAPÍTULO X. El valor del trabajo está en relación del esfuerzo y del talento que requiere.

Acabamos de ver que las transacciones entre los hombres vienen todas a parar, por conclusión, en cambio de servicios. Si no nos parece que en general tengan ese carácter; si más bien parecen consistir casi siempre en «ventas» y «compras», en «trabajos» y en «salarios», es debido a una circunstancia que ha venido a cambiar el carácter aparente de las cosas, facilitando de una manera notable las relaciones entre los hombres: tal es la invención o el uso de la «moneda» o «dinero».

Veamos cómo los servicios que se prestan entre sí los hombres en sus transacciones se reducen a un cambio de trabajo, porque todos vienen a ser un trabajo hecho o por hacer. Cuando un maestro toma un operario, se comprende que se trata de un trabajo por hacer. Pero cuando vamos a comprar paño o un par de zapatos, en este caso se trata de un trabajo hecho. Lo que pagamos es, efectivamente, el esfuerzo o trabajo que han sido necesarios para preparar la lana y fabricar el paño, para preparar el cuero y hacer los zapatos. No pagamos un trabajo presente o hacedero, sino un trabajo previo, ya hecho, o, como suele decirse, «incorporado» en el paño o en el par de zapatos. De todos modos, y a pesar de que con el uso del dinero parece que las más de las veces lo que hacemos sea «trabajar» para «recibir» o «pagar» para «hacer trabajar», en realidad siempre la cuestión es «trabajar» o «dar» el *producto* de un trabajo para que se trabaje para nosotros, porque los hombres, a la verdad, no tienen más que una cosa que cambiar: «trabajo» que siempre será, o trabajo por hacer, o trabajo hecho.

El dinero mismo es un producto como otro cualquiera, el resultado de un trabajo; vale lo que ha costado, es decir, en razón del esfuerzo que se ha necesitado para extraer el mineral, purificarlo y acuñarlo.

Para el que compra o paga, el dinero representa todo lo que hubo de dar para obtenerlo; para aquel que vende, o recibe, el dinero representa todo lo que por su medio podrá obtener. Vender, o trabajar por un salario, es, por tanto, trabajar' para obtener todo lo que puede conseguirse con el dinero que se recibe; comprar, o hacer trabajar a otros, es, en el fondo, dar para que otros trabajen para nosotros, todo lo que ellos pueden proporcionarse con el dinero que les damos.

Así, respecto de los vendedores como de los compradores, su acción es siempre dar, a cambio de trabajo incorporado en un producto, otro trabajo igualmente incorporado en el dinero o en un objeto, es decir, en un producto cualquiera. Así mismo, respecto de los obreros, de los sirvientes o de los empleados, es siempre «hacer» o «trabajar» para «recibir;» y en cuanto a los amos o jefes, «dar» o



pagar para hacer «trabajar». De una parte, como de otra, es un cambio de servicios, y servicios equivalentes, pues que cada cual es siempre libre de rehusar o de aceptar.

Acordémonos, sin embargo, de que trabajar no significa siempre fabricar algo con las manos; trabajar es poner esfuerzo para llegar a un resultado útil. El comerciante se esfuerza, luego trabaja para hacernos servicio. Si a nuestra vez le damos dinero, que le servirá para comprar otras mercancías y para todo lo que le sea necesario, hemos tenido que trabajar para proporcionarnos ese dinero. Puede decirse, en consecuencia, que, en último resultado, todo se reduce a trabajar con el objeto de que los demás trabajen para nosotros.

Y puesto que en las transacciones de los hombres hay siempre cambios de servicios, pudiera preguntarse: ¿cómo se apreciará el valor de los servicios?

Generalmente el valor de las cosas proviene del esfuerzo que ha costado el producirlas. Porque, a excepción del aire y de la luz del día, que la naturaleza nos proporciona gratuitamente, todo lo demás es fruto del trabajo; aun el agua misma es preciso ir a buscarla y cavar pozos para extraerla. Cuando las cosas se examinan superficialmente, puede creerse que la naturaleza provee gratuitamente al hombre de una multitud de cosas. Así, tal vez se dice, ella es la que hace crecer los árboles que nos producen la madera con que fabricamos nuestras casas, la que da impulso a nuestras cosechas, la que da vida a los animales de que nos alimentamos. La tierra contiene en su seno las piedras, los metales y todos los elementos de que nos servimos en nuestros trabajos; la hulla, que es ya en nuestros días un artículo de primera necesidad; la tierra nos da también el vapor y la electricidad, cuyos prodigiosos efectos admiramos todos los días,

Todo esto es verdad; pero no se tiene presente, por lo general, que la naturaleza no da al hombre verdaderamente gratis más que el aire y la luz del día; lo demás tiene que completarse por medio del trabajo. Así, ella hace crecer nuestras siembras, pero nos es indispensable dedicarnos a una porción de faenas, desde que preparamos la tierra para recibir la simiente, hasta la época en que se encuentre ya la cosecha en condiciones de servir de alimento al hombre. Ella hace crecer los árboles, pero nosotros tenemos que talarlos, trasportar la madera, labrarla de mil modos. Así, sin el trabajo incorporado por el hombre a la tierra, ésta, a pesar de su fecundidad, no produciría una sola cosecha.

También la naturaleza hace vivir a los animales; pero tenemos que cuidar de los que viven cercanos a nosotros. Encontramos en el seno de la tierra las piedras, los metales y todos los elementos; pero tenemos que extraerlos, prepararlos, transformarlos en herramientas, en aparatos, en edificios. En



ella encontramos la hulla, ese gran recurso del hombre, pero hemos de ir hasta sus entrañas a buscarla con grandes gastos, y llevarla a otras partes con gran costo.

El hombre tiene, pues, que amplificar con su trabajo los dones de la naturaleza para que sirvan a sus necesidades. Si el azúcar, el tabaco, el carbón, el hierro y la piedra tienen valor, lo deben al trabajo que se ha empleado en producirlos o en darles forma; el precio de estos artículos no es otro, pues, que el salario de aquellos que los han producido. No pagamos sino el valor del trabajo empleado para ponerlos a nuestro alcance.

Hemos visto que, en general, las cosas no tienen otro valor que el de su utilidad. Y sin embargo, las cosas más útiles no tienen a veces valor alguno. Así, las de más incontestable utilidad, como el aire que respiramos y la luz del día, carecen de valor, porque nos han sido graciosamente concedidas por la naturaleza. El agua nos es tan indispensable como el aire y la luz, y tampoco tiene valor, o si lo tiene es muy escaso, pues no se necesita más que el simple esfuerzo de ir a buscarla. Y, no obstante, el agua, el sol y el aire pueden tener a veces un alto valor.

Supongamos una ciudad donde los habitantes no tuviesen agua a mano: se pagaría para hacérsela traer. En este caso no pagamos el agua, sino el trabajo de aquel que nos la trae.

Hay minas abiertas a una profundidad tal y al fondo de galenas subterráneas tan extensas, que falta el aire a los obreros que trabajan en ellas. ¡Cuán caro no pagarían sus propietarios al ingeniero que consiguiera llevar aire al fondo de sus minas!

Un individuo, para las necesidades de cultivo o de fabricación, ha menester absolutamente del sol. Pero su vecino contiguo tiene plantados a lo largo de su pared muchos árboles que interceptan el sol y mantienen la humedad en derredor. Los árboles valen muy poco, y sin embargo, aquel individuo consentirá en pagar mucho más de lo que valen por tal de que el propietario los arranque. En tal caso no paga un precio elevado, ni por la rareza del asunto ni por la dificultad que ha de vencerse, pues nada es tan fácil como arrancar árboles, y el sol cuando brilla luce para todos. En tal circunstancia, paga en razón de la necesidad que tiene de hacer llegar el sol al lugar en que le es necesario; es decir, en razón de la importancia de este servicio.

Podrá lamentarse que servicios que cuestan tan poco se hagan pagar tan caros; pero en cuestión de negocios hay que tomar a los hombres tales como son, sin indignarse de que no sean mejores.

Ni el tiempo ni el consumo de fuerza muscular sirven de base para apreciar el valor del trabajo. Un labrador y un albañil parece que trabajan más que un relojero, si se considera la fuerza que



relativamente gastan; pero por cada cien obreros que pueden hacer el trabajo de aquellos, hay uno capaz de ajustar las piezas de un reloj. Se necesitan incomparablemente menos relojeros que labradores o albañiles, y sin embargo, se consiguen menos fácilmente; he ahí por que ganan más. Si los otros trabajadores se lamentan de ello, puede contestárseles: «Haceos relojeros si podéis y si tenéis paciencia y habilidad bastantes para consagraros a ese minucioso trabajo». El peón de albañil que se fatiga durante el día llevando y trayendo la mezcla o argamasa, podrá creer que el abogado lleva una vida holgada porque trabaja sentado en su silla; pero se equivoca. El trabajo intelectual es harto penoso, porque exige una gran atención de espíritu; es además mucho más difícil que el trabajo manual, y esto lo comprenderán, sin duda, muchas gentes a quienes causa repugnancia escribir, aunque sea una simple carta, a causa del esfuerzo que les cuesta.

La dificultad de un trabajo y la habilidad que requiere: he ahí lo que constituye su valor: adquirir habilidad es, por lo tanto, condición indispensable para ejercer una profesión. Se obtiene cuando uno es joven, cuando las facultades están dispuestas y son enérgicas y pueden hacerse grandes esfuerzos sin cansarse.

Se repite a menudo que si hubiera muchos obreros hábiles no habría trabajo para todos, y esto se propala con el fin de oponerse al progreso de la instrucción entre las clases obreras. Semejante error es gravísimo. Podría existir tal inconveniente si los hombres emplearan mal su actividad, si la dedicasen, por ejemplo, a una misma índole de trabajo. La habilidad no quita la prudencia; y, por el contrario, debe darse prueba de buen juicio, no adoptando una profesión en que haya más brazos de los precisos.

El hombre es dueño de escoger la profesión que mejor le convenga. La libertad lleva en sí responsabilidad; nuestro porvenir está en nuestras propias manos; a nosotros, pues, nos corresponde no comprometerlos con nuestra imprudencia.

No olvidemos que aun cuando el trabajo parezca principalmente un esfuerzo muscular, la inteligencia desempeña siempre en él un papel importante. En cualquier grado que esto sea, no hay obrero bueno sin aplicación, sin buena voluntad, sin el entusiasmo por su oficio, el sentimiento del honor profesional. El hombre más débil puede adquirir la habilidad y la destreza que suplen a la fuerza. Sin estos elementos morales, la sociedad se degrada y corre a la decadencia.



CAPÍTULO XI. El valor de las cosas está en razón de la importancia del servicio prestado.

Hemos visto que el valor de las cosas estriba, por lo general, en el trabajo necesario para producirlas, y que a su vez el valor de ese trabajo está generalmente también en razón de la dificultad que ofrece y del talento que exige. Otras circunstancias influyen también sobre el valor de las cosas y sobre el precio que les debemos asignar.

Así para las cosas de más bajo precio como para las cosas de precio más elevado, el valor no es sino la suma del trabajo empleado para producirlas.

El trabajo es el fundamento de toda riqueza y de todo valor. La prueba a que el hombre estuvo condenado viene a ser, pues, el origen de sus goces; Deja a su posteridad el fruto de su trabajo para aligerarle la carga de la existencia y proporcionarle el medio de procurarse nuevas satisfacciones. Recogemos el beneficio de lo que nuestros antepasados hicieron durante siglos; cuanto poseemos es un capital resultante del trabajo del pasado, acumulado para facilitar el trabajo del porvenir.

Podría objetarse que se advierte una enorme diferencia en el precio de las cosas, y que esta diferencia no debería existir si el valor es proporcionado al esfuerzo que ha sido necesario emplear para producirlas.

Empero esta diferencia proviene del deseo que tiene el hombre de procurarse goces, y del hecho de que la necesidad del uno puede satisfacerse con el trabajo del otro. Temeroso de la fatiga, el hombre busca el modo de disminuirla, ya sea ejecutando lo que más le place y haciendo que los demás le hagan lo que no puede o no quiere hacer, o ya no haciendo sino una cosa sola a fin de hacerla más fácilmente y tener más medios de cambiar. Así, nuestras necesidades y el temor a la fatiga son el origen de los servicios y del valor de las cosas.

A juzgar por esto, pudiera decirse que teniendo los hombres iguales necesidades, las cosas debían tener igual valor. Pero sería un error pensar así, pues todos los hombres no tienen las mismas necesidades. Son desde luego las necesidades, o naturales y comunes a todos los hombres, o artificiales, y por consiguiente, variables como el carácter de cada uno. Pero los trabajadores son quienes menos deben quejarse de esta multiplicidad de necesidades, que es la que les proporciona trabajo, y trabajo el más lucrativo, Por último, hay necesidades en las que nadie piensa en cierto tiempo o en ciertos países, mientras que en otras épocas y en otros pueblos todos las sienten y desean satisfacerlas.



Así, antes no se ocupaba nadie de la instrucción en los campos; hoy cada cual la considera necesaria, todo padre de familia quiere que se dé a sus hijos. Y es porque hay gran diferencia entre el hombre y la bestia, que tiene las mismas necesidades desde el principio de los siglos. El hombre, por el contrario, es mudable y perfectible, porque es un ser moral: tiene una inteligencia que constituye su dignidad; pero en cuya virtud se crea sin cesar nuevas necesidades.

No por esto debe creerse que la inteligencia sea para el hombre un don funesto que le haga desgraciado cuando no puede satisfacer las necesidades que ella le crea. Hay, sin duda, hombres que se crean más necesidades de las que pueden satisfacer; pero es una extravagancia de su espíritu. hacen mal uso de una facultad que les ha sido concedida para fines más nobles: aun en este caso vemos el abuso junto al bien. La inteligencia es el más precioso don que la naturaleza pudo otorgar al hombre; no sólo le proporciona el medio de llenar sus necesidades, sino que también le ayuda a satisfacerlas con un esfuerzo progresivamente menor, gracias a los maravillosos descubrimientos de la ciencia.

Y notemos a este respecto la admirable distribución de las cosas por la naturaleza. Cuando el hombre es pobre tiene pocas necesidades, y éstas se limitan a lo que es indispensable para vivir y para hacer su existencia soportable o cómoda. A medida que su riqueza aumenta, crecen sus necesidades, y los esfuerzos se concentran naturalmente sobre la producción de los objetos de uso general. A estos objetos se aplica con más extensión el principio de la división del trabajo, que simplifica los procedimientos; y así es como los pobres pueden satisfacer a bajo precio sus necesidades más imperiosas.

Las necesidades de las personas acomodadas son más varias porque son menos naturales y porque dependen, sobre todo, de la imaginación y del capricho. Pero como son más variadas, no es posible dedicarse en mayor escala a los medios de satisfacerlas; la división del trabajo está menos aplicada respecto de ellas, y se emplean menos esfuerzos porque hay menos competencia. Una causa distinta contribuye a hacer aun más dispendiosa la satisfacción de las necesidades de los ricos: es la dificultad de producir los objetos de su uso. Todos esos artículos han de ser más delicados, más acabados, de más exactitud en el trabajo, y de más gusto y elegancia en la forma y arreglo de sus partes; en una palabra, necesitan el concurso de cualidades menos fáciles de encontrar que la fuerza muscular. La dificultad de hallar operarios hábiles para confeccionar esos artículos, obliga a los ricos a pagar más para obtenerlos.



La dificultad del trabajo es una de las causas del precio de los objetos, pero no es la única. Por otra parte una cosa no es difícil porque requiera mucho esfuerzo; puede ser muy fácil y penosa a la vez si para ella no se necesita más que fuerza física. Una cosa es difícil de obtener cuando hay pocas personas capaces para ejecutarla. Como es menos fácil procurársela, cuando experimentamos un vivo deseo de tenerla nos inclinamos a pagar mejor a aquellos cuya habilidad puede proporcionárnosla.

El talento; he ahí lo que principalmente constituye la diferencia entre los hombres con relación al salario. El autor de genio se eleva a una posición envidiable produciendo obras que todos se disputan, y un mal escritor se muere de hambre escribiendo malos libros que nadie quiere leer. Un pintor de muestras apenas gana con qué vivir, y un Rafael, un Murillo, un Velázquez, pintan cuadros que la posteridad se arrebatara a porfía; un Fortuny, un Pradilla, dan a un lienzo de unos cuantos pies cuadrados un valor de varios centenares de miles de pesetas.

Tal es la recompensa del genio, y el genio es harto escaso y debe ser generosamente recompensado siempre que se le encuentre. Pero el precio que se asigna a esos objetos, es bien arbitrario; depende de la opinión de los hombres, diríase, más que del valor real de las cosas.

Esto proviene de que semejantes objetos no satisfacen necesidades universales, sino necesidades que los hombres se crean y que debemos, no obstante, respetar y hasta honrar cuando las encontramos, pues atañen a la parte más noble de nuestro ser y aseguran la existencia de hombres dotados de los más raros y elevados talentos. No es menos cierto que el valor de las cosas depende en gran parte de la importancia que las damos. Puede admitirse, por lo tanto, como regla general que el trabajo es el fundamento verdadero del valor de las cosas, y que este valor es proporcionado a la dificultad o al valor mismo del trabajo. Así, aquellas cosas que podemos obtener sin trabajo no tienen ningún valor, cualquiera que sea su utilidad.

La utilidad de las cosas es la propiedad que tienen de satisfacer una de nuestras necesidades, y su valor se estima por lo que nos vemos obligados a dar para obtenerlas, o en otros términos, «el precio de las cosas no es más que el valor de esas cosas mismas estimado en dinero», pues el valor es independiente del dinero, el cual no es sino una medida, bastante cómoda por cierto, para apreciar este valor.

Aun es menester observar que el valor de los objetos se estima también por el trabajo que nos economiza: esta consideración es muy importante. Así, un objeto puede haber costado mucho



trabajo a alguien y tener, sin embargo, un valor insignificante para nosotros, si por una u otra causa, como sería, por ejemplo, el descubrimiento de un nuevo sistema de fabricación, podemos en el momento en que se nos ofrece adquirirlo a mucho menos costo en otra parte. Otro objeto puede, por el contrario, haberle costado muy poco trabajo a aquel que lo posee, y tener un valor muy grande para el que deseara adquirirlo, si con él se ahorra un trabajo considerable.

El servicio prestado: he ahí la verdadera medida del precio que asignamos a las cosas. Puede suceder que el servicio sea, en realidad, de muy escasa importancia, y sin embargo, será muy grande si tal lo parece a los ojos del que lo recibe. Así resulta siempre con todo lo que halaga nuestra vanidad o propende a nuestros placeres.

Se dirá que esos son gastos insensatos; y en efecto, los ricos podrían las más de las veces gastar su dinero de un modo más útil; pero esos gastos locos, sin razón a los ojos de los que sólo poseen lo necesario, tienen su utilidad en cierto sentido: alientan al talento y a las artes, alimentan una multitud de industrias que sin ellos no existirían. ¿No son acaso precisamente esos gustos de los ricos los que proporcionan a los obreros los mejores salarios?

Como trabajadores y productores hemos de procurar la mayor ganancia posible; pero es preciso no olvidar que el consumidor no puede nunca retribuirnos sino en razón del servicio que le prestamos, y tasa siempre los servicios en tanto menos cuanto mayor comodidad pueda tener para obtenerlos. Podemos pensar lo que queremos como trabajadores; pero tan pronto como somos compradores no queremos pagar las cosas más que en lo que para nosotros valen.

Por consiguiente, sean cuales fueren las causas que pueden influir sobre el valor de las cosas, utilidad, novedad, dificultad, talento, todas vienen a reducirse, en último resultado, a un servicio prestado. El valor de las cosas está, pues, en razón del servicio, o más exactamente, en razón de la importancia que al servicio concedemos.



CAPÍTULO XII. La moneda, medio de cambio y medida del precio y del valor.

El papel-moneda.—El Crédito.

Para evaluar los servicios que se prestan entre sí los hombres, los comparan con un artículo cuyo valor todos conocen porque lo usan como medio general de cambio. Tal es la *moneda* o la *plata*, como comúnmente se dice, porque se ha dejado el nombre del metal a la *plata acuñada*, que es la principal moneda en liso en España. Esta materia tiene en general el privilegio de interesar a todos los hombres; pero se han cometido muchos errores que será bueno corregir.

El cambio de especies, o cambio de productos por productos; de un saco de maíz, por ejemplo, por vestidos, no tuvo realmente ejecución sino en el origen de las sociedades; tiene grandes inconvenientes, en efecto. Así, el hombre que posee el artículo que a nosotros nos falta, puede no necesitar el que podemos darle a cambio, y de igual modo, aquel que necesitara del nuestro podría no tener lo que nos hiciera falta. Sería preciso empezar por un cambio en el cual recibiríamos una cosa que nos era inútil y que trocaríamos en seguida por otra, que, por último, cambiaríamos por la que necesitábamos. Pero antes de llegar a ese último resultado habríamos tenido que recurrir a cinco o seis cambios sucesivos, El tiempo se pasaría en viajes y gestiones y perderíamos una de las grandes ventajas del cambio, que es economizar el tiempo y favorecer la división del trabajo.

Además, el cambio directo sería las más de las veces imposible. La dificultad no existiría si hubiese una mercancía de naturaleza tal, que los hombres se prestaran siempre a recibirla en cambio de lo que poseen, Y se encontró precisamente esta mercancía: es la moneda o el dinero.

Pero, se dirá: ¿es el dinero una mercancía? No es otra cosa: ¿pues no se vende o no se compra el dinero como se compra y se vende el azúcar o el tabaco? ¿Qué hace, si no, aquel que necesita dinero y ofrece azúcar o tabaco para vender? ¿No es acaso comprar dinero dar a cambio de él azúcar o tabaco, del mismo modo que el que compra nos vende su dinero para tener en cambio nuestro azúcar o nuestro tabaco? Y esto es tan cierto, que si tuviésemos gran necesidad de dinero daríamos en demasía de nuestro azúcar o de nuestro tabaco. Si, por el contrario, aquel con quien negociamos tiene más necesidad de nuestra mercancía que nosotros de dinero, tendrá que darnos más dinero por la misma cantidad de azúcar y de tabaco.

Una compra y una venta no son, por tanto, en realidad más que un cambio en el cual uno de los dos contratantes da siempre moneda mientras que el otro da una mercancía cualquiera. El uso ha



determinado que se llame *vendedor* el que da una mercancía de tal o cual clase, y *comprador* el que da dinero en cambio. Pero, en el fondo, ambos son a la vez vendedores y compradores, según como quiera considerárseles.

La invención de la moneda ha sido un progreso inmenso en la marcha de la humanidad. Al facilitar las transacciones entre los hombres las ha multiplicado de un modo prodigioso. La necesidad de un medio común de cambio es también una de las que primero se hicieron sentir en las sociedades en su marcha de desarrollo. Empléanse para ello, ora materias de un uso general, ora objetos de un valor puramente convencional. Pero entre todas las materias, ninguna reúne mejor que la moneda de oro o de plata las condiciones necesarias a un medio general de cambio.

La primera de todas esas condiciones es la de tener una naturaleza tal que los hombres estén dispuestos a aceptarlo en todo tiempo y en todas partes. Debe ser además susceptible de fraccionarse en cantidades bastante pequeñas para prestarse a todas las transacciones y tener valor bastante dentro de un volumen pequeño, para que pueda ser fácilmente trasportado. Es preciso también que sea lo bastante duro para resistir al continuo roce sin gastarse mucho a pesar de una constante circulación, y de naturaleza tal, que no se altere bajo la influencia del aire, de la humedad, y de las distintas causas que deterioran o destruyen los demás objetos. En fin, se necesita que su valor sea fácil de comprobar en todo tiempo, y además que este valor esté poco sujeto a variación. Para reunir todas estas condiciones ha de ser una materia rara, es decir, que no pueda nunca producirse en gran cantidad, de un modo capaz de aumentar o disminuir considerablemente de un momento a otro. Todas esas condiciones se encuentran precisamente reunidas en los metales preciosos, tales como el oro y la plata, y he ahí por lo que todos los pueblos los han escogido como medio universal de cambio.

La denominación de metales preciosos, aplicada al oro y a la plata, no se refiere a su utilidad, sino a su rareza o escasez; tal circunstancia es la que les da el valor, como lo da a todo, y hace que en un pequeño volumen tengan un gran precio. Teniendo así esas pequeñas cantidades de oro y de plata un gran valor, en comparación con todas las demás mercancías, importa mucho para la comodidad de las transacciones que cada cual pueda conocer a primera vista el valor de una moneda cualquiera; pues si en cada venta o compra fuera preciso comprobar el peso de la moneda dada en pago, los negocios sufrirían considerable extorsión. Tal es el objeto de la efigie grabada en todas las monedas. En atención a su importancia para el público, el derecho de acuñar o sellar la moneda, es decir, de



imprimir una efigie sobre las piezas de moneda, está reservado en todos los países al Estado, que representa al público mismo, y ofrece a este respecto garantías que nadie podría presentar.

No por esto debe creerse que la efigie y la marca grabadas en las monedas determina su valor, pues no hacen más que contrastar el peso de cada pieza. La moneda entraña un doble valor: tiene un valor intrínseco, proporcional, como el de todas las cosas, por coste de producción, y un valor variable que depende a la vez de la abundancia o de la escasez relativa, sea de la moneda misma, sea de los artículos por los cuales la cambiamos.

La moneda, empleada en las transacciones de los hombres como medio general de cambio, ha venido a ser una medida del valor de las cosas. Así, decimos que una cosa vale un peso, cinco pesos, diez pesos, para indicar lo que es menester dar en dinero para obtenerla, ya habitualmente, o ya en el acto de efectuar la compra. El precio de una cosa indica, pues, la cantidad que de esta cosa misma se puede obtener por un determinado peso de dinero, o el peso de dinero que es preciso dar para obtener una cantidad de terminada de esa cosa. De este modo, ha venido a ser muy cómodo el tener una mercancía a la cual se pueda relacionar el valor de todas las cosas, y con la cual, en todas partes podemos entendernos sin dificultad.

Es preciso, por lo tanto, no hacerse ilusión respecto de este uso del dinero como medida del valor. Siendo una mercancía como las demás, sucede con el dinero como con las demás cosas. Lo que importa, pues, es distinguir entre el valor real de las cosas y el precio que estamos obligados a dar por ellas, así como entre la carestía o baratura reales y la carestía y la baratura aparentes. La carestía es real cuando hay menos objetos producidos; la baratura es real, a su vez, cuando los objetos se producen en mayores cantidades. Por el contrario, la carestía o la baratura de las cosas son simplemente aparentes cuando dependen de la abundancia o de la escasez del dinero; significa simplemente que hay que dar más o menos dinero para obtener las cosas.

El valor de la moneda, su facultad de adquisición, varía como el de toda otra mercancía según las épocas y los lugares; por consiguiente, es de interés importarla en los países donde es cara y escasa, y exportarla de los países en donde abunda y tiene, por lo tanto, menor facultad de adquisición. No está, pues, en el interés de un país el acaparar moneda más allá de lo que requieren las necesidades de sus cambios; la moneda, cuando abunda con exceso, sufre depreciación en su valor.

La transición de la moneda al crédito es enteramente natural. La división del trabajo conduce al cambio; el cambio no puede desarrollarse sin la moneda; el oro y la plata se han juzgado la



mercancía más propia para llenar la misión de moneda; pero el oro y la plata cuestan caros; ¡si se pudiera prescindir de ellos, o emplearlos lo menos posible! Aquí es cuando interviene el *crédito*.

Quiere una persona emprender un negocio cualquiera, y no tiene el dinero necesario; pero si ofrece garantías suficientes, por las propiedades o las mercancías que posee y por su reconocida probidad, entonces obtiene crédito, es decir, que sobre las garantías que ofrece, encuentra los medios de realizar su empresa. Hace *pagarés*, por cuyo medio se compromete a dar al cabo de cierto tiempo el dinero que no tiene en aquel momento. Se le hace crédito porque se tiene la confianza de que querrá y podrá pagar en la época indicada. *Crédito* se deriva, en efecto, de *creer*, y significa que se tiene confianza. Por lo demás, el crédito es más general de lo que se cree: los comerciantes venden diariamente a crédito por infinidad de pequeñas cantidades; los empresarios hacen crédito hasta el momento en que se les pagan sus trabajos; los obreros, a quienes se paga por quincena o por mes, hacen crédito hasta el momento en que se les paga; los criados, a quienes se paga por meses, por semestres y a veces por años, hacen crédito hasta el momento en que reciben sus salarios.

En todos estos casos el crédito es siempre muy limitado, no aplicándose sino a cortas cantidades. Pero cuando se trata de grandes empresas, de comercio y de la producción en gran escala, las ventajas del crédito son muy importantes. Aumenta en cierto grado los capitales de la nación, permitiendo movilizar capitales arraigados en el suelo, en propiedades inmuebles o en mercancías acumuladas en almacén.

Estando fundado el crédito en la confianza respecto a la solvencia de las personas, es decir, en la certeza de que pagarán lo que deben en la época convenida, los pagarés de las personas que gozan de crédito se aceptan como dinero por todo el mundo, salvo un interés que han de pagar ellas por el tiempo que ha de transcurrir hasta el pago. Algunas veces, sin embargo, los pagarés se aceptan sin interés; tal sucede con los pagarés a la vista y no a plazo, o sea en un término prefijado.

Los pagarés que circulan como dinero contante, son los que se llaman *billetes de Banco*. Llámase *Banco* una sociedad de capitalistas que emite billetes por una cantidad más o menos considerable, pero siempre por una cantidad muy inferior a la que esos capitalistas poseen entre todos juntos. Estos billetes circulan en el público, y son aceptados por todo el mundo como dinero, porque tienen un valor efectivo, es decir, porque se tiene la certeza de que serán pagados. Por eso deben ser siempre pagados a su presentación.



Un *billete de Banco* es, pues, una promesa de pagar a la vista la suma estipulada en el billete. Para que inspire confianza, es preciso que su valor esté representado tanto por el dinero en caja como por el haber de los capitalistas. A fin de estar pronto a pagar los billetes a su presentación, el Banco debe tener siempre una reserva en metálico, o sea en dinero, igual poco más o menos a la mitad o a la mercera parte de sus billetes en circulación; el resto deberá estar representado por la suma de los valores que tenga en cartera.

Así pasa en los países bien organizados; pues como ya varias veces hemos tenido ocasión de decirlo, nada de lo que pasa en la Isla de Cuba, en cualquier concepto que sea, puede tomarse como punto de partida para hacer comprender el mecanismo de los diversos asuntos que abraza la *Economía política*. Desgraciadamente vivimos aquí al día, ocupándonos del momento presente sin importársenos el mañana. De ahí la situación imposible que atravesamos, que empeora a cada instante, que será preciso poner al corriente tarde o temprano, pero no sin que se produzcan desastres que será tal vez muy difícil remediar.

Podrá preguntársenos cuál es la ventaja de un banco si debe tener en reserva una masa de capitales igual a la suma de sus billetes.

Hay ventaja, y de consideración. Desde luego los billetes de banco ofrecen al público una gran comodidad. El oro es ya una moneda más cómoda que la plata, porque es menos pesado y ocupa menos lugar. Los billetes de banco son más cómodos todavía que el oro, porque se pueden llevar consigo sin molestia de consideración y porque permiten efectuar los pagos con gran rapidez. Los billetes, además, en las condiciones legales, aumentan de hecho el capital de la nación. Supóngase que un Banco tiene, por ejemplo, en circulación billetes por valor de cien millones de pesos y tiene solo cincuenta millones de dinero en caja: es lo mismo que si el capital de la nación hubiese aumentado en cincuenta millones. Por la acción del crédito la riqueza pública se encuentra de ese modo aumentada.

Es evidente que si el Banco no pagase sus billetes perderían estos su valor y nadie los querría: en igual caso está todo aquello basado en el crédito. Quien dice crédito, dice confianza. Si la confianza disminuye, el crédito desaparece y el Banco se arruina. Si estos Bancos no están establecidos con precauciones suficientes, o si los que los administran se lanzan a operaciones azarosas, se exponen a la bancarrota, porque no pueden pagar en el momento dado todos los billetes que se presenten a reembolso.



Ciertos economistas desearían que se concediera a centenares, a millones de Bancos el derecho de emisión. Tal es lo que se llama la *libertad de los Bancos*, Creemos que se aplica muy mal en este caso el principio de la competencia, al que se debe, en tesis general, la abundancia creciente de los productos, su baratura, su mejor calidad. Aquí la abundancia no sería tanto de desear, y es de temer que corriera parejas con la mala calidad. Cada Banco tendrá en cierto sentido su *marca de fábrica*, y en cada pago sería preciso discutir su valor. Hasta afirman que el abuso de los billetes de Banco no sería posible, no podría quedar en circulación más que la cifra que ella permite: eso es bueno en teoría, pero la teoría está desmentida por innumerables catástrofes financieras. Coa la libertad absoluta, habría muchos billetes malos, y los malos harían daño a los buenos.

Es preciso, por lo tanto, tener muy en cuenta las lecciones de la experiencia. No se cambia un sistema de crédito, fruto de largos años, sistema que se ha amoldado a la corriente de los negocios, y que se ha grabado, por decirlo así, en el espíritu del mundo comercial, sólo porque los teóricos no lo aprueben. Se necesitan como ya hemos dicho, precauciones suficientes, cierta reglamentación, pues la libertad no excluye la intervención y ciertas reglas de prudencia.

En los tiempos de crisis comercial o política sobrevienen a veces pánicos que inspiran al público el temor de que el Banco no pueda hacer frente a sus compromisos. Entonces acude en masa a sus oficinas para obtener el reembolso de los billetes, y el Banco ve disminuir muy pronto su reserva. Y continuando las cosas de este modo, esta reserva no tardaría en verse completamente agotada, y el Banco, por lo tanto, en la imposibilidad de pagar.

En semejante caso y para evitar una catástrofe, no solamente al Banco sino al público a quien perjudicaría mucho más, el gobierno del país recurre a veces a una medida enérgica: decreta la *circulación forzosa* de los billetes. Desde luego ya el Banco no tiene que pagarlos a la vista; por el contrario, está obligado a recibirlos como dinero contante, y el Estado mismo los recibe en los pagos en el Tesoro público. Pero ésta es una situación excepcional que debe durar sólo lo que dure la crisis que la ha originado. Una vez restablecida la calma y que haya renacido la confianza, el Banco prosigue pagando sus billetes a la presentación y las cosas vuelven a su estado ordinario. La Francia, desde 1870 al 19 de Enero de 1878 ha ofrecido el modelo más perfecto de la circulación forzosa. Es preciso no confundir el *billete de banco* ni la *circulación forzosa* con la creación de un *papel-moneda*, o de una moneda de papel, que es lo más peligroso. El papel-moneda, del que tan triste experiencia tenemos en la isla de Cuba, no tiene por sí mismo ningún valor; no es más que una



prenda de crédito que no conserva valor sino en tanto que en ella se tiene confianza. El papel-moneda, si bien parece ofrecer más garantía, porque está emitido por el Estado, no ofrece ninguna, sin embargo. Y es, que, en efecto, el Estado no es sino una frase que designa al público o a todo el mundo. La garantía del Estado es puramente ilusoria, porque no se funda en nada.

El papel-moneda es un recurso a que apelan en último extremo los Estados para suplir al dinero que no tienen. En semejante caso, para proveer a sus gastos acuñan dinero fabricando moneda de papel. Pero como esta moneda, muy distinta de la moneda metálica, no cuesta nada producirla, los Estados lanzados en esta vía se colocan en una pendiente muy peligrosa: se ven conducidos a multiplicar indefinidamente el papel-moneda, fabricando sin cesar nuevos billetes. Y en esta facilidad hay un peligro al cual no es posible sustraerse. Es un expediente al que no se recurre sino en los países en que la Hacienda está en mal estado, y la creación del papel-moneda es el signo más evidente de esta situación embarazosa. Puede decretarse la circulación forzosa del papel-moneda; pero en este caso sucede lo que estamos viendo en derredor nuestro; y esto sucede en todas las ocasiones en que la ley quiere cambiar el orden natural de las cosas. No obstante todos sus esfuerzos, ella no puede dar un valor a lo que no lo tiene.



CAPÍTULO XIII. El precio.—La oferta y la demanda.

El trabajo o la dificultad que ha de vencerse para proporcionarnos las cosas, es el fundamento del valor de éstas. Dedúcese de aquí que si podemos disminuir el trabajo que requiere el producirlas, disminuirémos su valor, y que si llegáramos a suprimirlo enteramente, las cosas no tendrían valor alguno. Luego el valor de las cosas es un obstáculo a la satisfacción de nuestras necesidades, puesto que a veces nos impide satisfacerlas. Disminuir, pues, el valor de los objetos disminuyendo el trabajo que cuesta producirlos, es un medio de aumentar el bienestar de los hombres. Tal es el resultado del descubrimiento de mejores sistemas de fabricación. ¿No es infinitamente deseable semejante resultado, y no deben los progresos ya realizados hacernos desear otros nuevos?

Esta es una verdad que es preciso comprobar, pues veremos como de ella se desprenden otras muchas, a cual más importante.

Según ya hemos visto, el valor de las cosas está casi siempre en razón de la dificultad que es preciso vencer para ponerlas en las condiciones en que las necesitamos. El trabajo en sí no es, sin embargo, un regulador fijo ni el único del valor. Tomemos el azúcar como ejemplo. El azúcar es un artículo que exige todos los años las mismas fatigas, y sin embargo, su valor varía considerablemente de un año para otro. El tabaco exige hoy para cosecharlo los mismos trabajos que hace cuatro años o cinco, y, sin embargo, muchos cosecheros se han visto obligados a hacer grandes sacrificios para poder venderlo, y otros tienen todavía almacenada su cosecha sin haber encontrado comprador.

Y es porque el valor de una cosa no varía solamente por razón de la índole del trabajo exigido, sino que también varía por razón de una serie de circunstancias especiales, entre las que no es la menos importante la situación relativa del que desea esta cosa y del que la tiene. Una cosa es cara cuando el comprador anda tras del comerciante, y por el contrario, se abarata cuando es el mercader quien anda tras del comprador. El precio de un objeto disminuye cuando el comprador encuentra dos por uno, y aumenta si para el mismo objeto hay dos compradores en vez de uno. Lo cual se expresa en términos más breves diciendo que «el valor o el precio de las cosas está en razón de la oferta y de la demanda».

Siempre que el poseedor de una mercancía, o de un objeto cualquiera, fabricante o mercader, solicita comprador para su artículo, se dice que hay oferta de tal mercancía o tal objeto. Cuando por el contrario, un individuo cualquiera desea comprar un objeto, sea cual fuere, se dice que hay



demanda de este objeto. Una mercancía se ofrece cuando un comerciante dice: «¿Ouíere V. comprar?»—

Es pedida cuando un comprador se presenta y dice: «¿Tiene V. de venta?»—Cuando en el mercado se presentan más personas a vender que a comprar, se dice que «la oferta excede a la demanda»; cuando, por el contrario, más gente se presenta a comprar que a vender, «la demanda excede a la oferta». Y como el trabajo es una mercancía como otra cualquiera, cuando un obrero acude a un taller en busca de colocación, ¿qué otra cosa hace sino ofrecer el trabajo que es capaz de ejecutar? Cuando, a la inversa, un maestro propone a un obrero colocarlo, no hace más que pedirle su trabajo. Hay, pues, en ambos casos «oferta» y «demanda». El trabajo es «ofrecido» si el obrero va a brindar sus brazos para trabajar; es «pedido» si el patrón solicita los servicios del obrero. Se dice asimismo que «la oferta de trabajo» es muy abundante cuando se presentan muchos obreros para hacer un trabajo; y al contrario, es la «demanda de trabajo» muy abundante cuando muchos patrones solicitan obreros para el mismo trabajo. Igualmente se dice que «la oferta de trabajo excede a la demanda» si se presenta para hacer una obra un número de obreros mayor del que los fabricantes pueden emplear; lo contrario tiene lugar, y «la demanda de trabajo excede a la oferta», cuando los dueños de talleres no encuentran todos los operarios que necesitan.

De manera que siendo el trabajo realmente una mercancía. pueden usarse los mismos términos al tratar de uno o de otra. El trabajo será, pues, como toda mercancía, escaso o abundante; será «ofrecido» y «solicitado»; se dirá respectivamente que la oferta excede a la demanda, o que le es inferior, o bien que le iguala, pues los tres casos se pueden presentar. No obstante, y es muy esencial hacerlo observar, en el lenguaje vulgar se emplean casi siempre esas expresiones en un sentido opuesto. Dícese, por ejemplo, que el trabajo está abundante, para expresar que los obreros encuentran ocupación con facilidad; en el caso contrario se dice que está escaso. Este es un lenguaje que tiene el inconveniente de falsear todas las ideas. Así, oímos decir a cada paso que los obreros «piden trabajo» cuando ofrecen sus servicios y buscan ocupación, y que «se les da trabajo» cuando, al contrario, se les compra; este es un error muy sensible. En los convenios entre dueños y obreros es preciso ver un verdadero trato entre compradores y vendedores; los dueños son los compradores y los obreros son los vendedores; la mercancía comprada y vendida es «trabajo». El vendedor es siempre el que ofrece, y el comprador el que pide.



¿Qué consecuencias se derivan de las variaciones que pueden sobrevenir en la «relación entre la oferta y la demanda?».

Tres casos solamente pueden presentarse: la oferta iguala a la demanda, o la *excede*, o le es *inferior*. Luego, si algún hecho está perfectamente establecido por la experiencia de todos los tiempos y de todos los países, es el hecho de que «*el precio de una cosa está siempre en razón directa de la demanda y en razón inversa de la oferta*»; es decir, que siendo iguales todas las demás circunstancias, una cosa más cara mientras más solicitada sea; y al contrario, mientras más ofrecida es una cosa, más tiende a disminuirse su precio.

No es necesario, sin embargo, que el número de compradores exceda al de los vendedores o le sea inferior, para que el precio de una mercancía aumente o disminuya; basta que la cantidad pedida sea superior o inferior a la cantidad ofrecida. El número de vendedores podría ser considerable, y muy reducido el de los compradores; hasta sería posible que no hubiera más que un solo comprador; pero, si la cantidad de mercancía que quiere comprar es mayor que la que pueden cederle todos los vendedores, la mercancía estará en alza. Pudiera presentarse, por el contrario, un gran número de compradores, mientras que la mercancía estuviese en manos de un corto número de vendedores, tal vez en las de uno solo, y, sin embargo, si la cantidad disponible en manos del poseedor único excede a la cantidad solicitada por todos los compradores reunidos, habrá baja. El resultado natural de la oferta de una mercancía es, por tanto, hacer bajar su precio; el de la demanda, hacer aumentar su valor.

No debe causar extrañeza que comprador y vendedor traten de sacar el mejor partido del trabajo que se han tomado, el uno en procurarse la cosa para vender, y el otro en proporcionarse el dinero con que ha de pagarla. Si no aprovechamos las circunstancias favorables, nos arruinaremos en las circunstancias desventajosas. Por otra parte, el vendedor y el comprador pueden defender su derecho recíproco y llegar cada cual por su parte a un extremo en el cual tendrían menos ventaja cerrando el trato que deshaciéndolo. En este caso la variación de precio que trae consigo la diferencia entre la oferta y la demanda, es siempre de poca consideración. No es lo mismo cuando las cosas pasan entre un gran número de vendedores y compradores, en el mercado o fuera de él.

Veamos el caso en que la oferta excede a la demanda.

Esto puede resultar por varias causas. O los vendedores son numerosos y tienen muchas mercancías a la venta, o bien los compradores son en corto número tienen poca necesidad y



demuestran poco interés en comprar. Abundando la mercancía, los compradores saben de antemano que los tenedores estarán dispuestos a despacharla a toda costa; y como ven que son pocos, saben que habrá poca competencia entre ellos, que siempre alcanzará la mercancía para todos, y no se dan prisa a comprar. Los mercaderes o productores, que no quieren retener su mercancía, o que temen no poder obtener el dinero que necesitan, están, por el contrario, solícitos en ofrecer sus artículos. Cada cual entre ellos está dispuesto a rebajar su precio a fin de decidir a los compradores y evitar que se vayan a casa de los colegas. El resultado del mercado ese día será, pues, una baja; se dirá que la demanda y los compradores son escasos, que la oferta o la mercancía es abundante, que los precios son flojos y que la mercancía está en baja.

Puede suceder también que encontrándose compradores y vendedores bajo esta primera impresión de baja; no se apresuren los primeros a hacer ofertas, esperando que la mercancía baje aún; los segundos, al contrario, temerosos de no vender, se prestan a hacer nuevas concesiones.

No debe creerse, sin embargo, que la mercancía haya de bajar indefinidamente. No, hay un límite para todo: las leyes que regulan las cosas de este mundo, a despecho de nuestros errores y de nuestros esfuerzos, impiden las demasiadas desviaciones del precio natural. Desde luego hay un límite que no se traspasa sino en casos muy excepcionales: es aquel en que el precio de venta desciende a menos del valor de producción. Este estado no se prolonga nunca mucho tiempo, durando, cuando más, hasta que la mercancía producida está agotada, pues no hay quien no cese de producir desde el momento en que el precio de producción excede al precio de venta; lo cual no sucede sino en muy raros casos.

El consumo, por su parte, continúa habitualmente siendo el mismo, a menos que sucesos infortunados no lo hagan disminuir, o que el aumento de gastos resultante de un consumo forzoso, como el de los artículos de primera necesidad, no haga disminuir los demás consumos menos indispensables. Pero si la venta ha estado algún tiempo en calma, es un motivo para que bien pronto recobre actividad. El consumidor que ha agotado sus provisiones se ve obligado a comprar, no obstante su deseo de esperar una nueva baja. Como muchos otros están en el mismo caso, proseguirán las ventas, subirá el precio de la mercancía y llegará tal vez a exceder al precio natural.

Pasemos al caso en que la demanda excede a la oferta, Como en el caso contrario, esta situación puede consistir en diversas causas. Por una razón cualquiera, la producción puede haberse visto interrumpida. En este caso los vendedores son menos numerosos, tienen menos mercancía, o bien



se presentan más compradores, sus necesidades son mayores y pretenden más mercancía de la que hay a la venta, siendo, por tanto, más solicitada que ofrecida. Por consecuencia, los vendedores permanecen a la expectativa, y los compradores se apuran, haciéndose estos competencia entre sí. Como la mercancía es poco abundante, todos temen no conseguirla, y cada cual está dispuesto a pagar un precio más alto; el precio habitual subirá por consiguiente. Se dirá que los compradores son abundantes, que la mercancía está escasa y que está en alza.

Pudiera suceder que esta primera alza acarree un alza más considerable, como hemos visto ya una primera baja producir una nueva: vendedores y compradores experimentarán la influencia de lo que acaba de suceder. Los vendedores que conocen, como suele decirse, las necesidades de la plaza o del país, quieren aprovecharse de la situación. Los compradores, al revés, que necesitan y que saben la escasez de la mercancía, se hallan dispuestos a hacer más sacrificios para obtenerla.

Aquí podría objetarse que no sucede en el alza como en la baja que está limitada al punto en que el precio de la venta fuese inferior al coste de la producción; para el alza, se dirá, no hay límite señalado.

Lo hay, sin embargo, lo mismo que para la baja. Solamente que no se refiere a los costos de producción, sino al bolsillo de los consumidores, y también se relaciona con la competencia. A medida que aumenta el precio de una mercancía, los consumidores tienen más quebranto en procurársela; si continúa aumentando, llega a ponerse fuera del alcance de muchos de ellos, se abstienen de comprar aquella mercancía y se dedican a alguna otra. Mientras más sube el precio, más deberá aumentarse el número de aquellos que se ven forzados a abstenerse. La demanda, que había excedido a la oferta, irá volviendo a equilibrarse, y las cosas tornarán a su estado natural.

Pudiera creerse que este razonamiento no es aplicable a los artículos de primera necesidad; y sería un error, pues a este respecto el límite está en los excelentes resultados de la competencia. En los tiempos normales, cuando están baratos los artículos de primera necesidad, no se va a comprarlos al extranjero, porque los gastos de transporte no permitirían vender al precio corriente en el país. Pero cuando el precio sube, puede cubrir los gastos de conducción aun desde los países más lejanos. La esperanza de realizar beneficios impele cada vez más a los especuladores a emprender esta clase de operaciones; los artículos de primera necesidad llegan en cantidad suficiente, y su arribo hace bajar los precios. De este modo la competencia impide que el alza exceda de cierto límite; aun en el porvenir impedirá más todavía esas grandes desviaciones que abruman hoy a los pueblos.



Otras muchas ventajas tiene la competencia. Evita el aumento creciente de precios que resultaría del exceso de la demanda sobre la oferta. Tan luego como el valor de las cosas excede al precio natural, aumentan los beneficios del productor. Este incremento de ganancia provoca a nuevos individuos, quienes a su vez se dedican a producir el mismo artículo: se establecen nuevas fábricas; el artículo es producido en mayor escala; hay más brazos ocupados; aplícase mejor el principio de la división del trabajo y se perfeccionan los sistemas de fabricación; el artículo es, por consiguiente, fabricado con más economía y facilidad. Como que se presenta con más abundancia en el mercado, la oferta excede a la demanda, el precio vuelve a la tasa primitiva, y a veces acaba por bajar aún más.

En efecto; desde el momento en que la mercancía se fabrica más en grande y que han disminuido los gastos de producción, los productores, solicitados por la competencia, rebajan su precio de venta a fin de atraerse los compradores. El artículo se pone entre tanto al alcance de mayor número de consumidores, y sin que las ganancias de los productores hayan en suma disminuido, los consumidores pueden obtener más barato el artículo. Así de un alza que parecía llamada a ocasionar numerosas privaciones, resulta a menudo un aumento de comodidades para todo el mundo. Y tan cierto es que mientras más nos dedicamos a estudiar las leyes del mundo moral, más las admiramos.



CAPÍTULO XIV. Todo lo que facilita con menos esfuerzo la satisfacción de las necesidades es un bien.

Los esfuerzos del espíritu humano deben propender a hacer las cosas con menos trabajo y a hacerlas más pronto, a fin de poder hacer más en el mismo tiempo y proporcionarse de tal modo más comodidades. La inteligencia parece haber sido concedida al hombre en parte con tal objeto, pues entre todos los demás seres, sólo él posee una inteligencia perfectible, y sólo él perfecciona sus obras. Es evidente que al dar a la especie humana los medios de mejorar su condición, Dios ha querido que haga uso de ellos.

Siendo todo trabajo una pena, el hombre, por natural instinto, reemplaza en cuanto le es posible, el trabajo de sus propios brazos con el de las fuerzas de la naturaleza: inventa herramientas, instrumentos, máquinas para utilizar esas fuerzas. Una máquina, sea la que fuere, es un instrumento más o menos simple o complicado, con ayuda del cual el hombre ha hallado medios, ya para aumentar su fuerza a fin de ejecutar lo que no le sería posible con sus brazos solamente, ya para ahorrarse trabajo, produciendo más fácil y rápidamente lo que desea. Así, aun en su estado salvaje, el hombre recurre a instrumentos. La honda, el arco, las flechas de que se sirve para apoderarse de su presa, son instrumentos muy toscos, es cierto, pero son instrumentos.

Siendo el alimento la primera necesidad del hombre, los instrumentos de agricultura fueron, sin duda, los primeros que se inventaron, pues el hombre agota muy pronto los frutos espontáneos de la tierra, y debió muy en breve apercibirse de que ella produciría más si el suelo estaba bien mullido y si los granos se sembraban en vez de arrojarlos aquí y allí. El labrador se servía al principio de un simple instrumento manejado con la mano solamente. Un gran paso en la agricultura fue la invención de la azada, que lleva en ayuda del brazo los músculos de la pierna o del pie; un paso mayor ha sido la invención del arado, que ayudado por animales de tiro, surca profundamente el suelo y lo revuelve.

¡Cuán distantes estamos en el día de aquellos instrumentos rudimentarios! Una explotación agrícola bien administrada es casi un museo donde se agrupa todo lo que el genio humano ha inventado para hacer los trabajos más fáciles y más rápidos. Sería menester extendernos mucho si quisiéramos dar una idea de los inventos a los cuales ha recurrido sucesivamente el hombre para mejorar su condición, supliendo a su deficiencia física. Cada invención ha contribuido a su bienestar, como si la tierra se hubiese vuelto más fértil, y más benignas las estaciones.



Estas invenciones son indudablemente un gran beneficio en general, pues tienen por objeto, ora completar en cierto modo los órganos del hombre multiplicando casi hasta lo infinito sus diversas funciones, ora apoderarse de las fuerzas de la naturaleza y dirigir su acción hacia la producción de lo útil.

Obrando de esa manera, es decir, sustituyendo por la acción de agentes naturales el trabajo del hombre, las máquinas sustituyen la utilidad gratuita a la utilidad onerosa, y anulan, por consiguiente, los esfuerzos sin disminuir en nada las satisfacciones que la humanidad está llamada a obtener de ellos. Así, el trabajo que las máquinas ahorran queda disponible para emplearlo en satisfacer otras necesidades.

Para poder darse una perfecta cuenta de la influencia que tienen las máquinas en el bienestar de la sociedad, supóngase uno de esos aparatos que recibiera de las fuerzas de la naturaleza una potencia infinita y empleara esa potencia en producir, sin la ayuda de ningún esfuerzo humano, todo aquello que puede satisfacer las necesidades más grandes de la humanidad. Por efecto de una máquina semejante, todo trabajo del hombre vendría a ser innecesario; pero sus necesidades todas estarían satisfechas como si él hubiera trabajado, como si hubiera empleado muchos esfuerzos. Es evidente que jamás podrá existir una máquina semejante; pero no es menos evidente que el conjunto de las máquinas que se inventan cada día tiende sin cesar a acercarse a ese resultado, al que jamás podrá llegarse; luego esa tendencia a aproximar la humanidad al bienestar infinito, ¿podrá ser un mal?

Las máquinas son para el hombre instrumentos de libertad y de igualdad. De libertad, en cuanto que le libran de los trabajos más rudos y más degradantes, y en cuanto a que le dejan franco para cultivar su inteligencia y hacerle dominar la materia.

El hombre puede sufrir dos especies de esclavitud: ignorante, toda manifestación de las grandes fuerzas de la naturaleza es para él objeto de un supersticioso terror que le subyuga y le produce el sentimiento de su impotencia, permanece agobiado bajo el peso de las necesidades que ha de saciar; débil, está sometido a las leyes del más fuerte, que le impone un trabajo incesante a cambio de una insuficiente remuneración. Las máquinas lo libertan de esa doble servidumbre.

El maquinista de una locomotora, que dirige ese potente aparato comunicándole su voluntad por un simple movimiento imprimido a una palanca, sin fatigarse, sin perder nada de su libertad de inteligencia, ¿no es, con mucho, superior a esos cargadores de camino, abrumados por sus fardos, y a los que ventajosamente reemplaza la locomotora que él gobierna?



Las máquinas son instrumentos de libertad, porque si ellas no existieran, se necesitarían para satisfacer las necesidades actuales de la población del mundo, más esclavos de los que podría alimentar la tierra, aunque estuviera cultivada en toda su extensión.

Las máquinas son instrumentos de igualdad, porque crean una utilidad gratuita, y todos los hombres son iguales ante lo que es gratuito, como lo son ante el aire que respiran o ante el sol que les alumbraba.

Sin embargo, hombres instruidos y estimados, inspirándose en sentimientos más filantrópicos que ilustrados, han vituperado las máquinas. La generalidad de los obreros cree que las máquinas aminoran el trabajo y hacen bajar los jornales, y a veces esta creencia se ha manifestado con actos lamentables de violencia, tales como romper las máquinas o incendiar los talleres donde se encontraban instaladas. Pero nadie dice hasta dónde llega su reprobación; no la limitan; ¿habrán de incluirse en la proscripción de las máquinas, el arado, la azada, el hacha, la sierra, el martillo, la aguja?

La cuestión aquí es demostrar que las máquinas, no quitan el trabajo a los obreros, sino que solamente lo trasladan.

Un fabricante empleaba en su manufactura diez obreros para confeccionar cierto artículo, y les pagaba un jornal de dos pesos diarios. Inventa un sistema por medio del cual, sustituyendo la acción de un agente natural al trabajo de sus operarios, estos le son ya innecesarios. Se queda con un solo obrero para atender a su operación productiva y despide a los otros nueve, los cuales, por efecto de este invento, se encuentran sin trabajo y sin jornal.

Tal es, en efecto, la consecuencia más inmediata y visible de la adopción del nuevo procedimiento; es también la única que es notada por el observador superficial, es decir, por la generalidad; y de ahí que se apresuren a deducir que por causa de las máquinas el rico va siendo más y más rico, mientras que el pobre se empobrece cada día más.

Pero no se detienen ahí las consecuencias de la invención del procedimiento: el fabricante puede disponer diariamente de diez y ocho pesos más; los defensores inhábiles de las máquinas admiten como innegable que él utilizará esa ventaja haciendo construir otras máquinas parecidas a la que ha inventado, y aumentando la producción, lo cual da trabajo a los operarios vacantes; pero esto puede no suceder; es posible, en efecto, que la invención se reduzca a un sistema que se efectúe por la sola simplificación del trabajo sin exigir el empleo de una máquina especial; puede suceder también que



el inventor, satisfecho con su ganancia, no trate de aumentarla extendiendo su fabricación. Aun en esos dos casos extremos, y en apariencia desfavorables a los obreros desocupados, no será menos posible que de un modo o de otro el fabricante gastará sus diez y ocho pesos, que servirán entonces para pagar trabajo en igual proporción, es decir, para dar ocupación a nueve operarios sin empleo; porque es evidente que otros trabajadores ya ocupados no irán a dejar una labor conocida y que les asegura medios de subsistencia, para emprender una tarea nueva que puede también requerir un nuevo aprendizaje y hacerles correr probabilidades inseguras. Hay, pues siempre la misma suma de salarios distribuida, después como antes de la invención del procedimiento o de la máquina.

El único inconveniente que ocasiona es dejar sin trabajo a algunos obreros, inconveniente compensado, por otra parte, con el trabajo en cantidad equivalente proporcionado a otros obreros desocupados hasta entonces; pero por grave que pueda ser para los primeros, y admitiendo que no puedan encontrar trabajo alguno en ninguna parte, lo cual es poco probable, no será más que momentáneo, mientras que la economía realizada por el fabricante es permanente.

Los obreros, pues, no se empobrecen ni se arruinan con las máquinas; suponiendo que el inventor conserve para él solo todo el beneficio de la invención, la condición de aquellos continúa siendo la misma. Pero sucede comúnmente que la competencia suscitada y estimulada por las ganancias extraordinarias del inventor, hace imitar el sistema o la máquina y generalizar el uso de procedimientos o de máquinas análogas, lo cual tiende a hacer que se aproveche del beneficio del invento la sociedad entera, incluso el obrero mismo, si es consumidor del producto cuya fabricación se ha hecho más económica con el empleo de las máquinas.

Aunque el mal que ocasionan las máquinas, dejando sin trabajo a algunos obreros, no existe, bajo el punto de vista social, puesto que es siempre exactamente compensado por un bien equivalente que va a favorecer a otros miembros de la sociedad, ese mal no deja de realizarse, bajo el punto de vista individual, para aquellos que han sido despedidos, y a cuyos intereses importa poco que la ociosidad forzosa de otros individuos haya cesado en la misma proporción. Hay, sin embargo, un medio que los trabajadores pueden emplear para sustraerse a los efectos de la competencia de las máquinas: es el desarrollo de su inteligencia. Las máquinas, en efecto, que no producen nunca más que un esfuerzo puramente material, no pueden reemplazar sino un trabajo humano de igual especie; pero como no pueden pensar, no pueden tampoco sustituir su acción al trabajo intelectual. Por el



contrario, mientras más se multiplican las máquinas, más indispensable se hace ese género de trabajo para construirlas y para dirigir las.

La experiencia por otra parte, está de acuerdo con la ciencia para demostrar que las máquinas proporcionan ocasión de que se den a conocer los hombres de inteligencia, y por consiguiente, los hombres libres. En efecto, la propagación de las máquinas los impulsa por una parte a cultivar esa inteligencia, so pena de irse quedando sucesivamente sin las ocupaciones de que viven; y por otra, proporcionándoles los medios de subsistir a costa de menos fatigas, les proporciona el descanso necesario al desarrollo de sus facultades intelectuales.

Un hecho que demuestra aún la influencia favorable de la multiplicación de las máquinas en el desarrollo intelectual de los obreros que han de hacerlas funcionar o servirles de auxiliares, es que en todos los grandes centros de producción en que los rápidos progresos de la industria exigen el auxilio de agentes mecánicos cada vez más los mismos propietarios de las manufacturas se ocupan de facilitar el desarrollo intelectual de la clase obrera, creando escuelas, perfeccionando las ya establecidas y animando a la juventud laboriosa a que las frecuente.

Se acusa también a las máquinas de que promueven una producción superabundante y originan de ese modo las crisis comerciales tan frecuentes en nuestra época y que tan funestas perturbaciones causan en la sociedad y, sobre todo, en los medios de subsistencia de las clases laboriosas. Acusar a las máquinas de causar una producción superabundante, es una verdadera insensatez y un escarnio en presencia de tantas necesidades no satisfechas como existen en la sociedad; multiplicar los productos ¿no es acaso acrecentar el bienestar de los que los consumen, y ese incremento podrá ser nunca considerado como un mal?

Lo único que puede suceder es que se produzcan más mercancías de las que puedan consumirse en un tiempo y en un lugar determinados; porque durante ese tiempo y en ese lugar una causa cualquiera, tal como una guerra o la pérdida de una cosecha, haya agotado los recursos ordinarios de los compradores y disminuido el consumo. Las crisis que experimenta a veces el mundo civilizado, son consecuencias, ya de accidentes naturales cuyos efectos atenúan más que no agravan los progresos de la industria, ya de guerra o de otros obstáculos que se oponen por las malas pasiones de los hombres o por causas de una legislación viciosa, a que la producción encuentre su natural equilibrio en toda la superficie del globo.



Es injusto acusar a las máquinas de los males que se deben a la imprevisión y a las malas pasiones de los hombres, o bien aún a su ignorancia de las leyes económicas que gobiernan la sociedad.

El genio más grande de los tiempos antiguos, Aristóteles, escribía estas palabras proféticas: «Si el cincel y la lanzadera funcionasen por sí solos, no se necesitarían más esclavos.»

Tal es lo que vemos realizarse en nuestros días.



CAPÍTULO XV. El capital es el producto acumulado del trabajo anterior.

El hombre trabaja con el objeto de proveer a su subsistencia, y mientras que trabaja necesita vivir. ¿Cómo, pues, viviría si tuviera que esperar a la conclusión de su trabajo para consumir el producto? No puede vivir sino del fruto de un trabajo precedente, es decir, del producto no consumido de un trabajo, en otros términos, de un trabajo economizado. Mientras más trabajo haya economizado, habrá más hombres que puedan vivir esperando el producto de un nuevo trabajo. Luego el producto de un trabajo anterior es un *capital*.

El capital es todo lo que existe sobre la tierra por efecto del trabajo del hombre: es el resultado de la acumulación del trabajo de todos los siglos, lo que los hombres han producido más allá de su consumo: todo lo que poseen es capital. Así. las tierras, las casas, los animales, las joyas, las mercancías, los muebles, los vestidos, las herramientas, todo es capital.

Cuando se habla de capitales, parece siempre entenderse que se había de dinero.

Es un error, y consiste en que se estima mejor el capital cuando afecta la forma de dinero.

Es preciso no equivocarse: si todo lo que poseen los ricos es capital, lo que poseen los pobres es capital también. Por consiguiente, no es razonable llamar capitalistas solamente a los que poseen mucho. Hay pequeños y grandes capitales, hay pobres y ricos capitalistas, pero todos somos capitalistas en mayor o menor grado; toda la diferencia estriba en la extensión de los capitales.

Se comete generalmente un gran error creyendo que el capital no consiste más que en grandes riquezas. El capital de las clases menos favorecidas por la fortuna constituye una parte no escasa de la riqueza pública, y de ello es testimonio lo que esas clases tienen en las Cajas de ahorros de todos los países donde florece tan importante institución. Y sin embargo, esa no es más que una mínima porción del haber de dichas clases. Aunque insignificante en detalle, el conjunto de lo que poseen forma un capital de vasta importancia. Si continuamos, pues, empleando el nombre de capitalistas para designar a los que tienen más capitales que otros, no olvidemos que es una expresión incorrecta.

Por otra parte, el capital no es solamente lo que pertenece a los individuos. Como que es el producto de un trabajo anterior, toma una infinidad de formas. Los caminos, los puentes, los puertos, los arsenales, las iglesias, las escuelas, todos los edificios públicos y todo lo que condenen, todo ello es capital. Una nación es, por consiguiente, tanto más rica cuanto mayor fortuna tengan sus ciudadanos, y mientras más capitales de todo género posea ella misma, es decir, más productos del trabajo que no hayan sido extinguidos en los siglos precedentes. Así, cuando en vez de gastar sus fondos



estérilmente los emplea en grandes trabajos, en obras permanentes, aumenta su capital y la riqueza de todos sus miembros, porque facilita el trabajo a las generaciones del porvenir.

Y si el aumento de este capital es un beneficio para el país, puesto que todos los habitantes están llamados a aprovecharse de él, lo mismo sucede respecto del capital poseído por los individuos, porque mientras propenden a enriquecerse, su capital sirve a la sociedad, puesto que lo emplean de una manera industriosa. En tanto que un fabricante maneja hábilmente sus negocios, distribuye el trabajo y el bienestar a su alrededor; pero si se arruina por una causa u otra, su ruina causa la desventura de aquellos a quienes su capital procuraba trabajo. El obrero que por su mala conducta dilapida su capital en vez de acrecentarlo, se perjudica a sí mismo y a la sociedad. El capital, en efecto, no se acrecienta sino con el trabajo unido al orden y la economía. No se aumenta el capital sino gastando menos de lo que se gana; no se llega a rico sino consumiendo menos de lo que se produce.

«Pero entonces—podrá decirse—¿cuál es la utilidad de la acumulación de las riquezas? Una de dos, o se gasta o se atesora. Si cada cual gasta, quedamos como somos; «si todo el mundo acumula, no hay provecho para nadie.»

Semejante razonamiento no es justo, pues si se gasta más, se proporciona uno más bienestar. Por consiguiente, si con más habilidad, más fatigas, se llega a ganar y a producir más, podrán obtenerse más comodidades a la vez que economizar más. Además, si se ahorra, se entiende bien que no se hace de la misma manera que el avaro que guarda el oro en sus cajas de una manera improductiva. El obrero y el pobre colocan sus economías en la Caja de ahorros, esperando poder utilizarlas de otra suerte; llegan así a constituir un origen de rentas y la base de una pequeña fortuna. En cuanto al rico, emplea sus capitales en hacer trabajar, ya para sí mismo, ya para otros.

Y el rico no puede menos de hacer trabajar, pues de otro modo no puede proporcionarse goces, siendo todo lo que él compra producto del trabajo. El rico tiene, aun por fuerza, que hacer trabajar a fin de hacer fructificar su capital, conservarlo y acrecentarlo.

De ahí el error de que los pobres son los instrumentos de la fortuna de los ricos, pues se olvida que los obreros no tienen más que un capital muy escaso, porque sus padres o ellos mismos no han economizado bastante del fruto de su trabajo anterior; necesitan, sin embargo, alimentarse, vestirse, tener habitación, y no podrían proveer a todas estas necesidades si tuvieran que esperar al fin de su trabajo o a la venta de sus productos.



Pero en el estado actual de nuestra sociedad, donde hay hombres que han ahorrado y acumulado, estos vienen en ayuda de los obreros y de los pobres y proveen a sus necesidades pagando de sus capitales, es decir, del producto de un trabajo anterior, los salarios del trabajo que les proporcionan. Los obreros se hallan de este modo mantenidos sin esperar la venta del producto de su trabajo, y a su vez hacen un trabajo que contribuye al bienestar de los primeros.

Al interés de todos conviene, pues, que el capital esté a cubierto de toda clase de trastornos. Cada vez que por una causa cualquiera el capital disminuye en una sociedad, el trabajo disminuye al mismo tiempo. Donde quiera que el capital corre el riesgo de ser confiscado o saqueado, se atemoriza y desaparece. Las revoluciones y las convulsiones civiles son igualmente funestas para el capital, porque hacen desaparecer la seguridad. En toda época de trastornos políticos, se ven suspendidos los negocios; cada cual se abstiene de desembolsar, porque no sabe si podrá renovar su capital; se prefiere conservarlo improductivo a exponerlo a pérdida haciendo fabricar lo que no hay seguridad de vender. Se cierran los talleres y los obreros se consumen en la miseria.

Igualmente enojoso es, se dirá, que el obrero trabaje rudamente y permanezca pobre, mientras que el capitalista trabaja poco y se hace rico. Los que así piensan olvidan que en todo lo que con el hombre se relaciona hay un trabajo del espíritu y un trabajo del cuerpo, solamente que son en distintas proporciones. El obrero trabaja poco con la imaginación y mucho con el cuerpo; el capitalista, al contrario, trabaja menos con el cuerpo, pero trabaja más con la imaginación. Además, los dones de la inteligencia son muchos más escasos que la fuerza física; luego, son pues, más lucrativos conforme a la Ley de la oferta y la demanda, de la abundancia y de la escasez.

En cuanto a deplorar que el capitalista se haga más rico, sería simplemente tenerle envidia, y envidia infundada, pues la riqueza del rico no hace más pobre al obrero, sino que, por el contrario, le asegura un empleo constante y un salario mejor.

Otra observación muy importante: puesto que el trabajo del obrero contribuye tanto a enriquecer al capitalista, será porque la parte del capital es muy grande y la del salario demasiado escasa.

Si esta desproporción existiera, la fuerza de las cosas, es decir, la competencia, la haría cesar en breve. Si no hubiera más que un solo capitalista para dar ocupación a los obreros, podría imponer sus condiciones; pero como hay un gran número de ellos, si alguno quisiera sacar demasiado partido del trabajo, otro, para ganar más en proporción y vender más, se contentaría con un provecho menor y ofrecería un salario más alto; los obreros acudirían a este y abandonarían al otro. No está, por



consiguiente, en manos de un capitalista el poner los salarios más bajos de lo que realmente valen; y si los fabricantes se ponen de acuerdo entre sí a fin de mantener muy bajos los salarios, deben renunciar muy pronto a tal pretensión, pues en el día están en competencia con los capitalistas del mundo entero.

Los intereses de los obreros se hallarán tanto mejor garantidos cuanto más numerosos sean los capitalistas, pues cuantos más capitales hay en un país, más trabajo hay para los obreros; mientras mayor es el número de los capitalistas, más probabilidades existen para los obreros de tener trabajo en buenas condiciones.

Una utilidad muy importante del capital para los obreros, es que permite darles trabajo aunque este sea poco abundante. Muchas veces está en el interés de un gran fabricante conservar sus obreros, aunque venda sus productos sin ganancia y hasta con pérdida. He aquí la razón. Su establecimiento le ha costado sumas considerables: si paraliza el trabajo pierde enteramente el interés del dinero que ha empleado. Encuéntrase con que continuando los trabajos, la pérdida será menos sensible, y si es un hombre bueno y humanitario, prefiere perder de este modo, porque así puede seguir proporcionando trabajo y pan a sus operarios.

Empero el capital—dirán algunos — hace pagar a veces muy caros los servicios que hace a la sociedad.

Al decir esto no se tiene bastante en cuenta que un gran establecimiento exige una tarea ruda para dirigirlo y administrarlo, y que mientras más capitales se han comprometido en él, más fatigas y más ansiedad cuesta. Y cuando una de esas grandes fábricas establecidas con grandísimos costos llega a cerrarse, el propietario pierde cuanto tenía. En estos casos, no debemos olvidarlo, el beneficio más verdadero ha sido para los obreros que habrán recibido normalmente sus jornales durante todo el tiempo que el establecimiento funcionó.

Se exagera la enormidad de ganancias que obtienen los capitalistas, suponiéndose que el acrecentamiento de las grandes fortunas es debido únicamente a grandes ganancias hechas todos los años. Son más que otra cosa, el resultado de la economía y de la acumulación de intereses. Supongamos que un hombre ha ganado o heredado cien mil pesos, que puestos a rédito le darían una renta de cinco mil pesos. Si sólo dispone de la mitad y economiza el resto, su fortuna va aumentando rápidamente. El interés de los capitales de ese modo economizados y acumulados, tiene una eficacia tan grande que induce a error, porque no nos damos suficiente cuenta de ello, y



proscribir el interés del capital es lo mismo que suprimir las ventajas por virtud de las cuales se forma.

¿Qué es un capital? Es el producto acumulado de un trabajo. Se obtiene ahorrando una parte de lo que vamos produciendo, a fin de crear un fondo con ayuda del cual se le irá haciendo producir todavía más. Pero, ¿qué hacer de un capital que nada produce, y, en este caso, a qué imponerse privaciones o bien un exceso de fatiga trabajando más allá de la necesidad presente? Por otra parte, siendo el capital una propiedad nuestra, el interés de este capital, cuando le prestamos, es la justa remuneración del derecho que concedemos a otro para que se sirva en provecho suyo de lo que nos pertenece; es el precio del servicio que hacemos.

Suprimir el interés del capital sería destruir todo lo que promueve el capital mismo, sin el cual nada sería posible al hombre.

Como complemento a estas reflexiones relativas a la utilidad del capital, es preciso rechazar un error muy común, que es el de ver con satisfacción a las gentes que gastan su fortuna, y mirar con malos ojos a los que economizan y aumentan la suya. Puesto que el hombre inteligente y laborioso que se forma su capital, sirve a la sociedad, nunca condenaremos bastante la conducta del que disipa la fortuna creada por él o por otros. El dinero gastado por el disipador se desvanece como el vino que este bebe; se pierde como las superfluidades que despilfarra.

Pero este dinero—dicen — da utilidad al comercio, da trabajo y recursos a los obreros. Al decir esto no se hace más que repetir un error de los más crasos. Hace siglos que se viene repitiendo, y desde hace siglos produce las consecuencias más enojosas. Obsérvese, en efecto, la diferencia entre los gastos del derrochador y los del hombre económico. El primero gasta su renta y a veces su capital de una manera estéril para sí. Hace trabajar, es cierto, mientras que dilapida; pero lo que da no tiene provecho para él, no le devuelve producto alguno, y se va desprendiendo de toda probabilidad de poder hacer trabajar y ganar más. El segundo no prodiga su dinero, pero no lo guarda en sus cofres; lo hace circular empleándolo o prestándolo a personas que lo emplean en trabajos útiles. Este dinero va a alimentar obreros y a dar vida a la industria; el interés vuelve para tornar de nuevo a mantener a otros obreros, y así sucesivamente. No hace bien una sola vez, sino que lo hace siempre.

Antes de terminar vamos a señalar otra injusticia de los hombres, Mientras que por un lado se trata de avaro al que no prodiga estérilmente su fortuna, por otro muchas gentes ven con ojos hurafios y envidiosos el lujo de los ricos. Se indignan del esplendor de sus festines o de verlos atravesar las



calles muellemente reclinados en lujosos carruajes. Ese es un sentimiento vergonzoso, que es preciso saber comprimir; por lo demás, ¿no participan de él los numerosos obreros a quienes ese lujo hace vivir, siendo muy numerosos los que ganan buenos jornales confeccionando los adornos y las libreas?

En nuestros días puede juzgarse en gran parte del estado moral de una población por el grado de acrecentamiento de su capital, pues la formación del capital exige el más alto grado de desarrollo de muchas virtudes, empezando por la energía, que es el fondo en lo general, la templanza, el orden en las Ideas como en la práctica. Para decidirse a formar un capital es preciso, efectivamente, prever el porvenir, sacrificarle el presente, ejercer un noble imperio sobre sí mismo y sobre sus pasiones, resistir no sólo al incentivo de los goces presentes, sino también a los impulsos de la vanidad y a los caprichos de la opinión pública, tan parcial siempre a favor de los caracteres indolentes y pródigos. Es preciso aún ligar los esfuerzos a los intentos, saber por qué procedimientos, con qué útiles la naturaleza se deja domar y someterse a la obra de la producción. Es preciso, en fin, estar animado del espíritu de familia y no retroceder ante sacrificios cuyo fruto habrán de recoger los seres queridos a quienes dejaremos después de nosotros. Con razón ha dicho alguien: «Capitalizar es preparar la subsistencia, el hogar, el abrigo, el descanso, la instrucción, la independencia, la dignidad, a las generaciones futuras.»

Nada de eso puede hacerse sin poner en práctica las virtudes más favorables a la sociabilidad, y lo que es más aún, sin convertirlas en costumbres.



CAPÍTULO XVI. El precio del trabajo no puede fijarse arbitrariamente.

Con la cuestión del trabajo y de la división del trabajo, con la de las máquinas que lo favorecen, se enlaza la cuestión de los salarios, es decir, de la retribución del trabajo.

Ya hemos visto que el trabajo es una mercancía, y que el obrero y el fabricante son, el uno con respecto al otro, un vendedor y un comprador de trabajo. Veamos ahora cómo el trabajo está sometido, lo mismo que toda otra mercancía, a la ley general de la oferta y la demanda; y que por consiguiente, será tanto menos pagado cuanto sea más abundante la oferta, y al contrario, será tanto mejor pagado cuanto más escasa sea.

El hombre no vive más que del fruto de su trabajo. Cuando el producto de su trabajo precedente no le proporciona los medios de vivir durante un tiempo dado, se ve obligado a atender a su subsistencia con el producto variable del trabajo diario. Tal es la condición general del hombre en el estado salvaje, y tal sería la de todos aquellos que en el estado civilizado no tienen nada reunido o no han heredado nada de sus padres, si el producto acumulado del trabajo de otros no viniera en su auxilio. Ese producto es el capital, cuya abundancia proporciona tanto mejor los medios de asegurar la subsistencia de los que no tienen nada. Este resultado se obtiene por medio de una asociación entre el capital y el trabajo. Sin el trabajo, el capital permanecería inactivo y estéril. El trabajo a su vez, sería impotente sin el capital, que le provee de las materias en que ha de ejercerse y los instrumentos con los cuales ha de tener ejecución, y que por otra parte permite a los obreros esperar la realización, a veces lejana, de su trabajo. El capital y el trabajo son, pues, indispensables el uno al otro; sus recíprocos intereses están estrechamente enlazados; lo que perjudica al uno perjudica al otro.

Cierto es que el capitalista no está en la misma posición que el obrero: si no utiliza sus capitales, es verdad que deja de ganar; pero puede soportar mejor esa pérdida; el estómago es menos paciente que un saco de dinero: tal es la ventaja de la riqueza.

Sin embargo, la desventaja para el obrero está compensada con la seguridad del salario y con la posibilidad de recibirlo sin esperar. De este modo el capitalista y el obrero asocian, el uno su capital, el otro su trabajo, a fin de producir mercancías. Pero para sacar el valor es menester venderlas. Es así que la posición de los obreros no les permite esperar la venta, que puede retardarse seis meses, un año y aún más, y que en ocasiones no se verifica. El fabricante les paga, por consiguiente, bajo la forma de salario, su parte en la propiedad de la mercancía, y por lo general, se la paga mucho



antes de que la obra esté completamente finalizada. De este modo se hace él sólo propietario de la mercancía, aceptando para sí sólo todos los riesgos de mala venta, y dejando a los obreros libres de toda contingencia.

El *salario*, pues, no es otra cosa que la porción pagada al obrero del producto de lo que fabrica. Es evidente que en circunstancias regulares, esta porción no puede igualar nunca al valor del producto, pues no quedaría nada para el capital, y el capitalista cesaría de fabricar.

El precio de los salarios se halla sometido a ciertas condiciones que no está en manos de nadie cambiar arbitrariamente. Siendo el trabajo un servicio, y el salario el precio de ese servicio, la importancia del salario depende necesariamente del valor del servicio hecho.

Pero supongamos que por una ley se obligara a todos aquellos que emplean jornaleros o peones a pagarles como a los operarios más hábiles; el único efecto de semejante medida sería que nadie emplearía a los primeros. Si el trabajo de un operario no vale más que un peso, para el fabricante que ocupa a cien, y que la ley le mandase pagar a tres pesos, el empresario abandonaría la profesión, pues no puede obligar al público a que le pague la obra en más de lo que vale.

Por otra parte, si una ley tiránica viniera a asegurar al jornalero y al peón el mismo precio que al mecánico, al escultor y al ingeniero, estos últimos abandonarían su profesión. Su trabajo es verdaderamente difícil, y si no han de ser mejor pagados que los otros, se dedicarán a oficios fáciles. Entonces la escasez de brazos en unas profesiones y la abundancia en otras harían, a despecho de todas las leyes, desaparecer la igualdad que arbitrariamente se había querido establecer. Siendo escasos los brazos en las profesiones difíciles, los que necesitaran de ellos tendrían forzosamente que pagarlos más caros. En las otras, por el contrario, la abundancia de obreros impediría que hubiera ocupación para todos; los que no tuvieran trabajo preferirían trabajar a cualquier precio antes que morir de hambre ateniéndose a la ley. La competencia repondría las cosas en su lugar; pero mientras tanto, habría habido perturbación general, suspensión de trabajo, disminución en la producción, y todo el mundo habría sufrido. Tal es lo que se gana con apartarse violentamente de las leyes naturales.

El público únicamente es quien, con el precio que consiente en asignar a las cosas, determina el salario que ha de darse a los que las hacen. Si es una injusticia obligar al obrero a que reciba menos de lo que vale su trabajo, también lo es pretender que el público pague más de lo que está dispuesto a dar por las cosas. El valor de un servicio depende del esfuerzo del que lo hace y de la necesidad



del que lo recibe: si se nos quiere hacer pagar una mercancía en más de lo que vale para nosotros en ese momento, preferimos pasarnos sin ella; y la producción, es decir, el trabajo disminuye otro tanto.

El trabajo manual, que la mayoría de los obreros es capaz de ejecutar, puede ser considerado como punto de partida sobre el cual se escalonan los salarios en todas las industrias. En circunstancias normales y en virtud de la misma fuerza de las cosas, el salario de ese trabajo está determinado por lo que al hombre es necesario para vivir. Nunca puede ser, de una manera permanente, ni mucho más arriba ni mucho más abajo.

Pero no debe olvidarse, cuando se trata de esta cuestión, que lo necesario, a pesar del sentido de esta palabra, es una cosa muy elástica. En efecto, lo necesario varía según los tiempos y los países; lo necesario para el salvaje no es lo mismo que para el hombre civilizado; no es igual bajo los hielos del Norte y en las cálidas regiones del Mediodía. En un mismo país lo necesario varía con la civilización: el del obrero de hace cincuenta años estaba muy lejos de constituir todo lo que comprende lo necesario de un obrero de nuestros días.

En general, lo necesario abraza, además del alimento indispensable para sostener la vida, la habitación, el mobiliario y la ropa, todo según los usos y las necesidades del país. Así el alimento debe ser abundante y variado para mantener las fuerzas y la salud. Las ropas deben ser apropiadas al clima y de naturaleza tal que den al que las lleva un aspecto decoroso. La habitación debe no sólo ser un abrigo contra la intemperie, sino también proporcionar a la familia el medio de dedicarse a sus quehaceres y de habitar sin contravenir a las leyes del pudor. Es preciso que esa habitación este provista de muebles y de utensilios que permitan vivir en ella según los usos del país.

Agreguemos para completar esta enumeración, que lo necesario comprende también la educación de los hijos y los medios de instrucción para todos.

Este necesario no tiene nada de absoluto; sin embargo, está casi determinado en cada país por las costumbres de los habitantes y la riqueza general. Cada uno de nosotros, sin darse cuenta, sabe si su vecino lo posee. El salario debe proveer a ese necesario, y proporcionarlo no sólo a aquel que lo gana, sino también a su mujer y a sus hijos; en una palabra, debe bastar al sostenimiento de la familia. Por consiguiente, no es de tal manera absoluto que no pueda reducirse a veces temporalmente; en este caso se sufre, se vive trabajosamente, pero al fin se vive.

Si la tasa de los salarios se regula en lo general partiendo de lo que es necesario a la vida, la experiencia demuestra que no concuerda, sin embargo, con el precio de los víveres. La razón es



obvia. La carestía accidental de los víveres trae siempre alteración en las costumbres de una población. Si la adquisición de alimentos absorbe los recursos de las clases poco acomodadas, al grado que no pueden por el momento comprarse ropa, los que fabrican los artículos de vestir se encontrarán en parte sin ocupación y dispuesto a ofrecer su trabajos a precio más bajo.

Por otro lado, como disminuyen los recursos de cada uno, los fabricantes tratan de poner sus productos al alcance de las fortunas, reduciendo el precio; es para ellos entonces una necesidad disminuir los salarios. Lo mismo su cederá respecto de todos los demás artículos. Por esta doble causa los salarios bajan en vez de subir cuando los víveres están caros.

En su consecuencia, lo contrario es lógico; es decir, que si disminuye el precio de los víveres, subirán los salarios; pues desde el momento en que sobra algún dinero para gastar, todos compran, y la demanda aumenta entonces el trabajo en los talleres, y, como es natural, los salarios suben o permanecen altos. El precio de los víveres no tiene, pues, como se cree, una influencia directa en la tasa de los salarios, sobre todo cuando las alteraciones son momentáneas.

Se opina que los fabricantes deberían subir el salario a sus operarios cuando los víveres y los demás artículos están caros. Sin duda, en su calidad de ser humano y moral, el fabricante no debe escatimar el jornal a sus obreros, sino al contrario, debe pagarles su trabajo al precio corriente, pero no puede ir más allá. Un fabricante está en competencia con los demás de, su ramo, y no puede dar salarios más altos que ellos. Si pagase más, sus competidores continuarían pagando menos y producirían a menos costo, y el público dejaría al primero para acudir a los otros; aquel dejaría de vender y se arruinaría muy pronto.

Si todos los obreros no quisieran trabajar sino por un precio señalado, subirían los salarios con tal que el público quisiera pagar sus productos; en su consecuencia, si los demás obreros no quieren trabajar por menos y todos encuentran ocupación, es que el salario que piden es en realidad el precio justo y corriente. Pero si no encuentran trabajo, es que el precio que pretenden es demasiado subido; entonces se verán obligados a aceptar lo que les paguen, pues de otro modo su suerte sería más penosa, puesto que se quedarían sin trabajar. La conveniencia de los obreros no es, por lo tanto, exigir un salario que no guarde relación con los precios que el público quiere pagar por los efectos; deben limitarse a pedir el salario determinado por los precios corrientes, es decir, por las condiciones que determinan la producción.



La tasa de los salarios no es, por consiguiente, ni un asunto casual, ni cuestión de voluntades particulares; tampoco puede ser cuestión de sentimientos; está regulada por las condiciones que determinan el precio de todas las cosas, es decir, por la relación entre la oferta y la demanda.



CAPÍTULO XVII. Población.—Subsistencias y salarios.

Sabemos ya que el trabajo es una mercancía; que el salario es siempre, como el precio de todas las mercancías, discutido amigablemente entre el vendedor y el comprador, y que está sujeto a la ley de la oferta y de la demanda, a cuya influencia no puede sustraerlo ninguna fuerza humana.

Sabemos también que el caudal que sirve para pagar los trabajadores es el capital general de la nación, o el conjunto de los objetos apropiados al consumo que el país posee, La parte de ese caudal que puede tocar a cada individuo, depende, pues, no sólo de la extensión de ese capital, sino también del número de personas entre quienes deba repartirse. Si el número de individuos no se altera, la parte de cada uno será naturalmente tanto mayor cuanto la riqueza misma del país sea más considerable. Pero siendo la misma la riqueza del país, la parte de cada uno será tanto más pequeña cuanto mayor sea el número de individuos entre quienes haya de dividirse.

La tasa de los salarios no depende, pues, solamente de la riqueza del país, sino además, de la proporción que existe entre esa riqueza y la población. Riqueza escasa y población numerosa dan salarios muy bajos; gran riqueza y población relativamente mediana dan salarios elevados.

Generalmente al apreciar esta cuestión, se pierde de vista la relación que hay entre la abundancia de capitales, la demanda de brazos y la subida de los salarios, como entre la escasez de capitales la oferta de brazos y el precio bajo de salarios. El trabajo tiene por objeto proveer a las necesidades de los consumidores; luego mientras más ricos sean estos, más pueden satisfacer necesidades y pagar trabajo para proporcionarse comodidades. Por consiguiente, cuando los capitales abundan en un país, es decir, cuando ese país es rico, hay posibilidad de satisfacer muchas necesidades. Siendo activo el consumo, deberá serlo también la producción; habrá, pues, demanda de brazos o de trabajadores. Siendo los brazos más solicitados que ofrecidos, los trabajadores ganarán salarios más crecidos, puesto que la competencia se establecerá entre los capitalistas y no entre los trabajadores. Puede, por consiguiente, deducirse que «la abundancia de capitales, la demanda de trabajadores y la subida de salarios van juntas.»

Es este un punto esencial que es preciso no olvidar.

Por el contrario, cuando los capitales son poco abundantes, no hay posibilidad de satisfacer muchas necesidades; se modera el consumo, la producción se hace menos activa y disminuye la demanda de brazos. Siendo estos más ofrecidos que solicitados, será más bajo el salario de los trabajadores, puesto que la competencia se establecerá entre ellos y no entre los capitalistas. Por consiguiente,



también puede deducirse que «la escasez relativa de los capitales, la oferta de brazos y el precio bajo de los salarios marchan juntos».

Fácil es hallar la relación de las dos conclusiones precedentes con la población.

Supongamos un país en que se ocupe cierto número de brazos para satisfacer las necesidades, SÍ por una causa cualquiera el capital llega a reducirse a la mitad, sólo una mitad de las necesidades podrá satisfacerse, y no habrá ocupación más que para la mitad de los obreros. Suponiendo que los salarios no experimenten al principio alteración alguna, los obreros desocupados, en su deseo de tener trabajo, se ofrecerán por sí mismos a trabajar más barato, prefiriendo trabajar a precio reducido mejor que estar sin trabajo en absoluto. Los fabricantes, cuyas ganancias son también menores por la baja de la producción, encontrando a quien pagar menos, despedirán a sus actuales obreros, a menos que no acepten seguir trabajando por menos también, lo cual probablemente admitirán. Los salarios todos habrán, pues, bajado. Si los capitales no disminuyen sino en una tercera, cuarta o décima parte, el razonamiento será el mismo, sólo que la baja de los salarios será de menos consideración.

Se dirá, sin duda, que esto es evidente cuando hay más brazos disponibles que trabajo para darles ocupación, pero que la disminución de los capitales es un hecho muy raro.

Esto es cierto según la manera de considerarlas cosas; porque es menester también juzgar como disminución de los capitales, puesto que no circulan entonces, los casos en que por consecuencia de acontecimientos políticos el capital se oculta o se retrae porque hay temor de perderlo; hay entonces una huelga del capital, como en otras circunstancias hay huelga de obreros. El temor hace que cada cual reduzca sus gastos, por miedo de agotar sus recursos: todos se abstienen de comprar, y desde el momento se deja de hacer trabajar. Esta huelga o esta abstención de una parte de los capitales, equivale a una disminución del capital general de la nación, porque el capital no vivifica sino cuando circula y mantiene la producción. Y un país experimenta asimismo una inmensa disminución en sus capitales cuando la mayor parte de los obreros deja de trabajar y la producción se paraliza durante algunos meses.

Las malas cosechas son causa frecuente de disminución de los capitales, porque siendo los capitales de un país la suma de todo lo que existe en él, la baja de la producción agrícola los disminuye necesariamente. ¿No es, en efecto, una enorme disminución de capitales el déficit considerable de la cosecha de uno o de varios años?



Supongamos ahora que no se disminuyen los capitales sino que la población se aumenta. Ha transcurrido cierto número de años; los capitales no han variado en el país; pero la población se ha duplicado. Los capitales no se emplean sino en la misma cantidad de labores, y hay doble número de hombres en que repartirlas. La oferta de brazos excede con mucho a la demanda; los salarios deberán también bajar.

Pero por causa de una epidemia, por ejemplo, la población ha disminuido mucho. Los capitales alcanzan para la misma cantidad de trabajos, pero hay menos brazos para ejecutarlos. Los trabajadores serán entonces más solicitados que ofrecidos; su salario debe subir.

De donde puede deducirse que «los salarios están en razón directa de los capitales y en razón inversa de la población». Es, por lo tanto, evidente que, a pesar de la existencia de grandes capitales en una nación, los salarios no serán seguramente crecidos en ella si la población es muy considerable.

Hay otra cuestión no menos importante y que es preciso tener muy en cuenta. A veces, nos engañamos diciendo que las subsistencias pueden aumentar con igual facilidad que la población, porque multiplicándose con ella los brazos útiles la producción se hace cada vez más abundante, Y aquí el error proviene de que se confunden juntas dos cosas muy diferentes una de otra: la producción agrícola y la producción manufacturera. Esta, sin duda, crece en razón de los brazos, es decir, de la población; puede aún crecer mucho más pronto a causa de los progresos de la industria, que multiplican los medios de producción, llamando cada vez más las fuerzas de la naturaleza en ayuda del hombre.

Pero no es lo mismo respecto de la producción agrícola; al aumentar se va haciendo más y más difícil. No se obtiene su acrecentamiento sino por medio de una suma de trabajo y un aumento de gastos mucho mayores proporcionalmente. Sin contar con los terrenos incultos, que es preciso cultivar, es mucho más difícil hacer producir diez más a un campo que ya produce veinte, que duplicar la producción de un campo que todavía no da más que diez. De todo esto ha debido deducirse que «la población tiende a nivelarse con los medios de existencia».

Es necesario juzgar las cosas con sangre fría para verlas tales como son, y cuando hay en ellas inconveniente, tratar de aplicar el remedio en vez de acusar a los demás.

Si las imperfecciones de la actual organización de la sociedad, y sobre todo, los ataques a la libertad y al derecho de propiedad que ella entraña, manteniendo a ciertas clases de la sociedad, de las cuales



se compone, en un estado de dependencia, de ignorancia y de miseria, y tendiendo asimismo a destruir en ellas la energía moral y la previsión; si esas imperfecciones inducen, hasta cierto punto, a dichas clases a multiplicarse con exceso respecto de sus medios de existencia, el remedio a ese mal no consiste en cambiar nuestro estado social, y sí en perfeccionarlo. Ningún plan de organización de la sociedad podrá hacer que en cualquier número que los hombres nazcan, hayan de encontrar siempre instrumentos de trabajo ya preparados para ayudarles a producir lo que es necesario para satisfacer sus necesidades. Los sistemas, titulados nuevos, de organización social, atacan todos además a la libertad individual de una manera más o menos profunda; algunos de ellos comprenden, entre esos ataques, la restricción aplicada al derecho de satisfacer el deseo que conduce a la reproducción. El efecto de semejantes medios sería limitar la población, pero reduciendo la humanidad a la condición de una manada de bestias, conducida por algunos hombres que se adjudican a sí mismos un privilegio de ciencia infinita y de previsión universal.

La producción más abundante y más económica de víveres, como resultado del descubrimiento de nuevas sustancias nutritivas, de nuevos métodos de cultivo encaminados a obtener mejor partido del capital agrícola, o de la difusión más general de los conocimientos necesarios para cultivar bien, puede ejercer gran influencia respecto al estado de la población, influencia que depende enteramente de la manera cómo los hombres hacen uso de la suma de utilidad gratuita o de trabajo ya disponible que les ofrecen los perfeccionamientos de la producción agrícola. Sí la mayor facilidad que por ello se obtiene para encontrar medios de subsistencia, induce a la población a multiplicarse exactamente en proporción de esa utilidad, habrá individuos en mayor número, pero que no estarán mejor provistos de lo necesario que antes de que se hubiera realizado la reducción en el precio de los alimentos.

Si, por el contrario, una nación aprovecha la abundancia de víveres para transformar en capital todo el ahorro de trabajo que de ella resulta, la comodidad de su población se acrecienta; y si, como regularmente sucede, una buena parte de ese capital se dedica a la cultura moral e intelectual de las masas, ella engendra la previsión y el dominio sobre las pasiones, que hacen más fácil el mantenimiento de la población en los límites de sus medios de existencia, tomados en su acepción más lata.

A despecho de cuanto se ha dicho y se ha escrito a este respecto, es evidente que los únicos medios de prevenir el exceso de población e impedir que la acción represiva de la naturaleza se manifieste



por la miseria y la muerte, son, por una parte, todos aquellos que pueden favorecer la formación y mejor empleo del capital, y por otra, todos aquellos que tienden a desarrollar en el hombre la previsión, el dominio sobre sus pasiones y el sentimiento de su responsabilidad.



CAPÍTULO XVIII. De la asociación.

Para que el trabajo sea productivo necesita el concurso de agentes naturales apropiados, y el del capital que sirve para explotarlos; y es muy raro que un mismo individuo posea a la vez estos tres grandes factores de la producción y que los reúna en la medida más conveniente al fin que se propone conseguir. Fuera de este caso excepcional, tendrá por consiguiente, que solicitar el concurso de los que le falten, a condición de dividir con sus propietarios, y en proporciones convenidas, el resultado de esta cooperación. Este empleo de esfuerzos en compañía y a condición de dividir los resultados, constituye una verdadera asociación, cuyas formas y duración pueden variar mucho, pero cuyo fondo es siempre invariable como su razón de ser.

Por otra parte, la división del trabajo, aun en una industria considerada aisladamente, trae consigo el agrupamiento de los trabajadores. En un círculo más extenso trae asimismo la cooperación de industrias diversas hacia un fin común, e implica siempre el cambio.

Luego, no solamente resulta de ahí casi siempre una asociación formal entre los cooperadores, si bien variable en su objeto y múltiple en sus formas, sino que la división del trabajo combinada con el cambio establece siempre entre los hombres todos un lazo de solidaridad, es decir, una verdadera asociación, la cual no por ser tácita y oculta, produce menos los efectos benéficos que son de esperar de toda reunión de esfuerzos y de todo goce común de sus resultados.

Junto a esas grandes ventajas, la asociación ofrece también inconvenientes, de los cuales el principal consiste en el sacrificio que de una parte más o menos considerable de su libertad, debe hacer cada uno de los asociados en pro del interés común. El concurso de todos los esfuerzos de los asociados requiere, en efecto, un impulso emanado de una voluntad única, a la cual todas las voluntades individuales deben someterse cuando aquella resulte de una decisión tomada por la mayoría de los socios. Además, la parte de responsabilidad de cada uno en los actos comunes a todos, tiende más bien a ser mayor que a disminuir en la asociación, y sigue, por consiguiente, una marcha contraria a la de la libertad. Se concibe, pues, que pueda llegar un extremo en que la restricción de la libertad de los socios y la extensión de su responsabilidad compense y aun exceda al acrecentamiento de fuerzas productivas o de satisfacción que proporciona la asociación, y que ésta entonces no tenga ya razón de ser.

Esto demuestra cómo es que la asociación esté muy lejos de ofrecer las ilimitadas ventajas que ciertos pretendidos reformadores de la sociedad se habían prometido.



La experiencia señala, para cada caso especial, los límites dentro de los cuales es útil la asociación, y enseña también los medios de perfeccionar las relaciones entre los asociados, en el sentido de restringir lo menos posible su libertad, y reducir su responsabilidad a un grado que razonablemente puedan soportar.

La asociación, como todas las cosas destinadas a durar tanto como la especie humana, experimenta sucesivas transformaciones a medida que los progresos de la producción o de la sociedad exigen que se perfeccione; y cada uno de sus pasos en esta senda, va señalado por un grado más alto de poderío y de utilidad, obtenido mediante el sacrificio de una dosis menor de libertad y a condición de una responsabilidad menor por parte de los asociados.

Hay muchas especies de asociaciones; la asociación ordinaria entre dos o tres personas que no teniendo cada una los recursos suficientes, reúnen sus fondos para abrir una tienda o establecer una fábrica. Hay también la asociación entre un gran número de individuos que, con el nombre de «accionistas» unen sus capitales para llevar a cabo alguna gran empresa que exige considerables recursos. Así es como por lo general tiene lugar la explotación de bancos, la de minas, la de caminos de hierro. En esas asociaciones toma parte todo el que quiere: basta para ello colocar en manos de la compañía una suma proporcional al número de acciones que se desea tener en la empresa: no se arriesga en tal caso más que el total de esas acciones. Este moderno sistema de asociación es uno de los grandes beneficios de nuestra época, pues permite emprender una multitud de grandes obras, y ofrece a las más reducidas fortunas, a los obreros mismos, el medio de cooperar a las mayores empresas y participar de los beneficios que reportan.

Hay también la asociación entre obreros de una misma industria, que unen sus esfuerzos para ocuparse en una fabricación cualquiera: tal es lo que se llama «sociedad cooperativa», porque los obreros asociados cooperan juntos a la marcha de la empresa.

Este último género de asociación, tan preconizado en nuestros días, que debe — según se dice — mejorar la condición de los obreros, asegurar su independencia, no ofrece todas las ventajas que se cree; y si presenta, en cambio, bastantes dificultades.

Se habla generalmente de las ganancias que realiza un fabricante; pero no se atiende a que esas ganancias son proporcionadas a los capitales y al número de obreros empleados; y a que no siempre esas ganancias se realizan. Admitamos, no obstante, que en una manufactura en que se emplean mil obreros, se obtengan normalmente una ganancia líquida de diez mil pesos. Si se reparte cada año



entre los obreros, ¿cuánto tocará a cada uno? Diez pesos, el cálculo es muy sencillo. Extendiendo mucho más los trabajos y haciendo duplicar esa ganancia, no resulta siempre más que cinco centavos diarios para cada obrero. Y además, téngase presente que ese producto se obtendrá en los años buenos, en aquellos en que la fabricación es más próspera: en años comunes será algo menos que cinco centavos. Más bien será preciso algunas veces aplicar al caudal común una parte de los salarios; porque el fabricante está perdiendo con frecuencia. Los obreros no tienen parte en esas pérdidas, pero tendrían que soportarlas también cuando se dividieran los beneficios.

Pudiera creerse que esas pérdidas serían mucho menores con el sistema de la asociación, porque lo que las ocasiona—dicen—son las malas especulaciones de los industriales y la competencia desenfrenada que se hacen.

Esto es absurdo, porque una asociación se compone de hombres sujetos a error, que no han de tornarse perfectos al entrar en ella; antes al contrario, es de temerse que cada cual lleve a ella sus defectos y sus pasiones, y que con el deseo de hacer triunfar sus miras particulares, lleve también un espíritu de oposición hacia todo lo que propongan los demás. Ya sabemos cómo pasan las cosas en toda reunión numerosa: rara vez es el partido más sensato el que prevalece. Cada cual emite su dictamen, sostiene su opinión: se habla en pro, se habla en contra, acalóranse, y cansados de discutir, se adopta un término medio que no es válido, pues sólo las medidas precisas y francas tienen completo éxito. La asociación entonces languidece, se aniquila, y causa pérdidas en vez de producir ganancias. Empieza a reinar la división entre los obreros: cada cual reprocha a los demás la falta de éxito, se agrian los ánimos, se desalientan y al fin se separan los socios. Tal es el porvenir reservado a la mayor parte de esas asociaciones.

Tampoco debe creerse que mediante ese género de asociaciones se suprimiría la competencia que tanto se reprocha a los fabricantes, y que es—se dice—un perjuicio para los obreros. No es posible, en efecto, pretender reunir en una sola asociación a todos los obreros de cada industria. ¿Cómo se gobernaría tan gigantesca sociedad, y qué inmensos gastos de administración no traería consigo? Lo que es importante observar es que eso sería constituir un monopolio en provecho de los obreros de determinada industria, y poner al público a merced de ellos respecto a todos los objetos de su fabricación.

La competencia no puede cesar de ningún modo.



En vez de efectuarse entre los individuos se ejercería entre las asociaciones; el resultado es el mismo. Las asociaciones procuran atraerse la clientela, proporcionarse las materias de fabricación al precio más bajo, disminuir sus costos de producción; y cuando se vende bien, fabrican todo lo más posible para aprovechar las circunstancias. Es decir, que habrá disminución de ganancias y de lo que representa el salario; los efectos serán los mismos que hoy, y peores todavía; pues bajo el sistema de la asociación, en que el salario del obrero se confunde con el beneficio del fabricante, la competencia de las asociaciones disminuiría el uno al disminuir el otro. He ahí a lo que se reducen muy a menudo esos brillantes resultados que tanto se ponderan.

Veamos ahora las dificultades.

Al reunirse los obreros en asociación, sin duda que no es su deseo hacer pagar al público las ventajas que de aquella esperan sacar. Quieren tan sólo aprovecharse de las ganancias que los capitalistas obtienen hoy.

Para dejar al público en posesión de las ventajas que actualmente disfruta, es menester dejar la producción tal como está hoy organizada. Concentrándola en vastos talleres, empleando máquinas costosas y valiosos instrumentos, es como se ha logrado poner tantos objetos al alcance de las clases poco acomodadas. Preciso es mantenerla en el mismo pie si se quieren conservar los resultados. La asociación de los obreros puede ser posible en aquellas industrias en que no se necesitan sino cortos capitales y talleres con muy pocos obreros. Dificultades inmensas se presentan para la industria en grande, es decir, la que excita más quejas y más codicia a causa de su exterior brillante y de sus grandes aglomeraciones de obreros. Esa exige edificios y terrenos inmensos, un capital fijo considerable y un capital en circulación no menos importante.

¿Cómo se procurarían todo eso los obreros? Ya sabemos la respuesta: el Estado. Se olvida que el Estado no ha de tomar a su cargo todas las cosas. El Estado no es el banquero universal encargado de proporcionar al primero que venga el capital necesario para la empresa que se le antoje. El Estado no le dice a cada uno: «¡No temas, sigue adelante! ¡En caso de mal éxito ahí estoy yo para socorrerte, como la ambulancia que recoge al herido en el campo de batalla!» El Estado no tiene la misión de asegurar la dicha de cada individuo con una asistencia directa; empero multiplica y perfecciona sin cesar las condiciones de éxito y de bienestar, siempre que cada cual quiera poner un poco de su parte. El Estado, como Dios, ayuda a los que se ayudan a sí mismos.

Que se asocien los obreros, sí; pero que tengan valor para hacerlo por sí mismos.



Cuando la industria exige grandes capitales, exige también el concurso de muchos obreros. Que los obreros que quieran montar un establecimiento grande o pequeño, traten, pues, de proporcionarse de antemano lo que les sea necesario. Que tengan la voluntad y la perseverancia de economizar durante algunos años. Que constituyan su capital y que se establezcan, está muy bien; pero es preciso no hacerlo solapadamente a expensas de aquellos a quienes se quiere suplantar. Es menester no sólo ver en la asociación las ventajas que puede proporcionar, sino también ver los deberes que impone; estos deberes son numerosos y aumentan las dificultades de la empresa. Por eso demanda almas enérgicas y vigorosamente templadas a la altura de su tarea.

Preciso es considerar en la asociación una obra de sacrificio y de abnegación; la renuncia a los más caros hábitos del obrero. Ya no se pertenece, pertenece a la asociación. El obrero que trabaja en una fábrica, bajo la dirección de un jefe, hace la obra que se le ha encomendado, y una vez que la ha hecho como se le ha pedido ha llenado su deber. El miembro de una asociación le debe no sólo su trabajo concienzudo, sino sus pensamientos y su concurso en todo momento, los esfuerzos de sus brazos y la ayuda de su inteligencia. En la asociación se necesita la abnegación de sí propio, es decir, sacrificar sus gustos y su independencia a la obra común, porque el éxito de la sociedad no está apoyado sino en la condición de un perfecto acuerdo entre los miembros.

Y no basta el concurso decidido de todos los miembros de la asociación: se necesita una cabeza para ese cuerpo de mil brazos. Los brazos ejecutan, pero la cabeza es la que dirige, da las órdenes e imprime la acción. ¿Será esa cabeza un consejo de obreros? Ya se sabe lo que es un consejo que administra. ¿Será un jefe único? Pero, ¿dónde encontrarlo—y suponiendo que se encuentre—cómo retribuirlo? El principio que prevalece en las asociaciones es casi siempre, un exceso de amor a la igualdad, un sentimiento de celos respecto a las superioridades. Contra este sentimiento, sobre todo, tienen necesidad de precaverse.

¿Y luego? ¿deberán los obreros aportar todos el mismo capital, o bien se admitirá a los asociados que se presenten poniendo capitales diferentes? En este caso, ¿qué derechos se conferirán a los poseedores? ¿Qué parte se dará inmediatamente a cada trabajador? Porque ellos no podrán esperar, como el capitalista, a que se realice la venta de los productos. ¿Qué otra porción se tendrá de reserva para hacer frente a las eventualidades? Porque si es próspero este año, la asociación puede ser infortunada el año próximo, y es preciso hacer frente a todo.

¿Si está bien dispuesto para resolver todas estas dificultades?



Y, sin embargo la asociación entre obreros no es una quimera; si cuando se trata de una industria que no puede ejercerse sin el concurso de gran número de obreros, está erizada de dificultades, la asociación ofrece menos obstáculos en una fabricación que exige pocos brazos. Ofrece menos aún en el caso de asociaciones temporales entre obreros para la ejecución «*a precio fijo*» de trabajos de duración limitada; esto podría ser aún una preparación y un medio de conducir a la asociación permanente.

Se ha preconizado mucho en nuestros días una asociación entre fabricantes y obreros, en la cual un fabricante reparte las ganancias cada año con sus obreros en una proporción determinada.

Sea cual fuere el nombre que pueda darse a los arreglos de ese género, no podemos ver en eso una asociación completa. Una asociación verdadera supondría el reparto de las pérdidas y de las ganancias entre todos los asociados. Además, para que existiera verdaderamente asociación, los obreros habrían de discutir con el fabricante las medidas que hubieran de tomarse para la gestión de la empresa.

Sin embargo, un arreglo o convenio de esa índole es una cosa excelente, útil para los obreros y no menos útil a los fabricantes. Las ventajas que el fabricante brinda a sus obreros, son efectivamente una prima concedida al orden, a la inteligencia, al espíritu de economía; porque dichas ventajas no pueden ser obtenidas sino mediante ciertas condiciones de exactitud, asiduidad y amor al trabajo.

La corta adición al salario, que puede resultar para los obreros de un taller, de la «participación en las ganancias del fabricante», será a veces muy reducida; pero siempre obtendrán una ventaja inmensa con los hábitos de regularidad, de exactitud, de orden, de atención y de cuidado, que serán las consecuencias necesarias de esa participación. Habrá además un gran mejoramiento, una gran satisfacción moral en la idea de que si se hacen esfuerzos, no es tan sólo en provecho del fabricante, sino que se trabaja también para sí. La satisfacción del espíritu y la unión de los corazones, son ventajas que no siempre se aprecian, pero que es preciso estimar en su justo valor.



CAPÍTULO XIX. Las coaliciones y las huelgas.

Extraviados por falsas doctrinas que algunos ánimos revoltosos propalan entre las masas, y cediendo las más de las veces a las instigaciones de unos cuantos instigadores, los obreros llevan a veces sus pretensiones más allá de lo que es razonable. Olvidan que el límite más bajo a que pueden los salarios reducirse de un modo permanente, es aquel que no da al obrero más que lo absolutamente necesario para su subsistencia, y que el punto más alto a que igualmente pueden sostenerse es aquel que deja al capitalista la estricta ganancia suficiente para que merezca la pena de arriesgar su capital. Las variaciones entre estos límites extremos, dependen, sobre todo, de los brazos ofrecidos a los capitalistas. En definitiva, son los vendedores, y no los compradores de trabajo, quienes deciden el precio de los salarios; es decir, que los obreros son vendedores de trabajo, y que el precio de toda mercancía disminuye con la oferta, y crece, por el contrario, con la demanda.

Fácilmente se deducen las consecuencias.

Los obreros, como todo el mundo, no pueden vivir sino del capital de la sociedad, de lo cual resulta que el precio de los salarios depende de la relación que existe entre el capital y la población: si el capital repartible entre muchas personas es pequeño, la parte de cada uno será necesariamente muy reducida. Ricos y pobres no pueden hacer trabajar y consumir de manera alguna sino en razón de lo que todos juntos poseen, es decir, en razón del capital de la nación; y naturalmente, si la nación es poco rica, o es reducido su capital y hay al mismo tiempo muchos obreros a quienes hacer trabajar, la parte de obra que corresponde a cada uno ha de ser muy reducida.

Un capital escaso no permite sino una escasa demanda de brazos. Por consiguiente, si la oferta de brazos es superior a la demanda, y los trabajadores se hacen competencia, los salarios están bajos. Mientras más obreros haya, mayor dominio ejercerán los capitalistas y mayores ganancias obtendrán de sus capitales. Si el capital se aumenta, reportará mayor demanda de brazos. Pero desde luego la competencia aumenta entre los capitalistas y disminuye entre los obreros, que serán más solicitados; los salarios deberán, pues, subir, al mismo tiempo que bajarán las ganancias de los capitalistas.

De todos los principios de la Economía política, el más importante es el de que el precio de las cosas crece en razón de la demanda, y disminuye en razón de la oferta; resume, por decirlo así, la ciencia toda entera. En tal sentido, la primera consecuencia que se desprende de los principios, es que un capital escaso con muchos obreros, trae necesariamente salarios cortos con más ganancias para el capitalista; que un capital elevado con pocos obreros, trae salarios altos y escasas ganancias



para los capitalistas; y es porque allí donde el capital abunda, los capitalistas deben contentarse con una ganancia más reducida y pagar mejor el trabajo: tal es lo que sucede también con el público, que consiente entonces en pagarlo todo más caro. Veamos qué otra causa puede afectar también a los salarios. Sí la población se aumenta sin que se acreciente el capital, si se duplica, por ejemplo, los brazos serán más ofrecidos que solicitados, y, por consiguiente, los salarios bajarán.

Otra cosa aún. La carestía de las subsistencias tiende a hacer bajar los salarios, porque disminuye los demás consumos y aminora la producción. Pues bien; sin que el precio del jornal disminuya realmente, la escasez de subsistencias rebajaría de hecho la tasa de los jornales, pues el jornal del obrero es lo que gana para llenar sus necesidades; pero continuando la misma su ganancia diaria, si sus gastos se aumentan, su ganancia resulta proporcionalmente menor, y aun podría llegar a ser insuficiente. Una baja en el precio de los artículos produce, en cambio, un efecto contrario: es como si los salarios se aumentaran.

Engañanse, pues, generalmente, y engañan a los obreros, lo cual es mucho peor aún, los que creen y hacen creer a estos que el gobierno puede influir respecto a los salarios con reglamentos, sea manteniéndolos a un tipo dado o haciéndolos subir cuando bajan demasiado, sea poniéndolos al nivel de los víveres cuando se encarecen, o bien bajando el precio de ellos al nivel de los salarios. Puesto que el trabajo es una mercancía, el salario debe ser, como lo es, el precio de todas las mercancías, regulado amigablemente entre el vendedor y el comprador. Todo debe hacerse entre los dueños y los obreros, y estos tienen el derecho de entenderse acerca de sus intereses, como lo tienen comerciantes y capitalistas para concertarse respecto de los suyos; y precisamente porque tienen ese derecho es por lo que deben hacer uso de él con moderación, y, sobre todo, con justicia. No debe quererse libertad e independencia para sí y no admitirla para los demás. De ahí el error en la mayor parte de las coaliciones. Cada vez que por medios violentos, ilegales y atentatorios a la libertad, los comerciantes, empresarios o compañías han querido imponer la ley, sosteniendo los precios a un límite distinto del que habrían tenido naturalmente, el gobierno, como representante de la sociedad, debe intervenir y obrar sin consideración alguna contra los dueños, lo mismo que contra los obreros que quieran imponer por la fuerza sus voluntades a los empresarios de industrias.

Las coaliciones, tales como por lo general se promueven, son una completa destrucción de la libertad. Y es muy esencial observar que no castiga la ley a los obreros por favorecer a los dueños,



sino por interés de los obreros mismos. Ella no defiende a los dueños contra los obreros; es a los obreros a quienes protege contra ellos mismos.

Si las coaliciones se reducen a un simple acuerdo entre obreros para tratar de conseguir un salario mayor, la ley no tiene nada que ver con ellas. Están en su derecho defendiendo sus intereses: si se equivocan, tanto peor para los coaligados; los errores y la mala elección son las consecuencias de la libertad. Pero desde el momento en que la coalición va a causar detrimento a la libertad de los demás, se hace criminal, y el deber de la autoridad es intervenir. Y la coalición atenta a la libertad siempre que algunos obreros, por la amenaza o la violencia, imponen a otros la prohibición de trabajar en condiciones que estos desearían aceptar: esto es lo que generalmente acaba por suceder en las coaliciones. Cuando una huelga tiene lugar, hay siempre muchos obreros que preferirían trabajar en las condiciones establecidas por los dueños, pero a quienes se lo impide la violencia. Los fautores de estas ligas son casi siempre hombres célibes, que tienen menos obligaciones, y que pudiendo soportar más cómodamente una cesación de trabajo, la imponen a infelices padres de familia, para la cual es la ruina. Ahí es donde está la injusticia; ahí es también donde está el error.

O los obreros están unánimes para hacer la huelga, o no lo están. Si están unánimes, no hay lugar a la violencia; si no lo están, la coacción es injusta e inútil además. Pues, o muchos obreros estarían dispuestos a trabajar, o no lo estarían sino unos pocos. En el primer caso, es soberanamente injusto que un puñado de individuos quiera imponer la ley a la multitud. En el segundo, no sería un corto número de obreros suficiente a satisfacer los pedidos del público, ni a permitir, ora a un empresario cumplir sus compromisos, ora a un fabricante poner en actividad máquinas que no pueden funcionar útilmente sin el concurso de un gran número de brazos. La ley protectora de los oprimidos interviene, pues, justamente para garantizar la libertad de aquellos a quienes se violenta, Y se muestra aun justamente protectora cuando una coalición pone en entredicho una fábrica e impide a los obreros que vayan a trabajar en ella.

Las huelgas son, por otra parte, una injusticia con respecto al público, a quien obligan a pagar el trabajo en más de lo que vale. No por eso deben condenarse de una manera absoluta las coaliciones y las huelgas cuando no atentan a la libertad de los individuos: la moderación de parte de unos y de otros, vale más que la violencia, y sí por ambas partes no hubiera ceguera o exageración, ni amor propio y obstinación, llegarían siempre a entenderse.



Únicamente lo que afecta a la relación entre los habitantes y el capital puede influir de una manera estable sobre la tasa de los salarios, sea porque la población aumente con respecto al capital, en cuyo caso hay inevitablemente baja, sea que la riqueza pública aumente más que la población, lo cual produce alza no obstante los esfuerzos de los fabricantes.

Las huelgas producen siempre penosos resultados para la prosperidad del país. En efecto, menoscaban el capital, porque mientras duran, los capitales son improductivos; de una y otra parte se consume sin producir. A continuación de una huelga, como después de toda perturbación que aminora el trabajo, hay siempre quebranto en el capital de la nación, Dueños y obreros quedan empobrecidos, sea cual fuere el provecho que más tarde pudiera resultar para unos o para otros. Los primeros pierden, además de la ganancia que habrían podido tener, el interés de sus capitales, sin contar con la ruptura de sus relaciones comerciales y otras muchísimas consecuencias ruinosas para ellos. Los obreros gastan el fruto de sus economías, sin contar todos los sufrimientos y privaciones que imponen a sus familias.

Estas consideraciones deben siempre inclinar a dueños y obreros hacia la cordialidad y las deferencias mutuas.



CAPÍTULO XX. La competencia. — La libertad de comercio.

Numerosos obstáculos embarazan todavía la libertad y la facilidad del cambio; no es el menor el que reside en la ignorancia, las preocupaciones y la perversidad de los hombres. Todo cuanto tiende a apartar o a vencer esos obstáculos contribuye de un modo eficaz al acrecentamiento del bienestar de la sociedad.

Pero tal es el modo de ser de los hombres, que no quieren persuadirse de que todas las cosas tienen dos fases por lo menos: no quieren fijarse más que en una, que cada cual escoge según su interés, y por ella juzgan.

Todos sabemos perfectamente que nada se obtiene sin algún trabajo y que la vida es difícil para todo el mundo; pero no debe olvidarse que por sucesión de alternativas en uno u otro sentido, el equilibrio se sostiene. Los espíritus superficiales afirman, por lo general, que esta ley de la naturaleza humana que llamamos competencia, mata al comercio. Deben saber, no obstante, que la competencia es un resultado del gran móvil de las acciones del hombre: el interés individual. Se hace competencia porque cada cual busca su interés. Ya hemos visto que el bien general resulta del empeño en buscar el bien individual. La competencia afecta, pues, como el interés, a la existencia misma de las sociedades; y, como el interés personal, asegura el bien de todos, y no permite que ningún interés predomine con detrimento de los otros.

Así, pues, sin la competencia que se hacen los productores, los consumidores lo pagarían todo a precio exorbitante, porque nadie limita voluntariamente sus ganancias.

Empero, sin la competencia que se hacen los consumidores, todo bajaría a tan exiguo precio, que nadie tendría ya empeño en producir.

La competencia que se hacen entre sí los obreros hace bajar la tasa de los salarios, impidiendo que la producción venga a ser demasiado costosa y que el público lo pague todo muy caro. La competencia de los maestros que necesitan obreros, impide a su vez que los salarios bajen demasiado.

Los capitalistas y los que necesitan de sus capitales se hacen también mutuamente competencia, de la cual resulta un interés de los capitales que no es ni muy considerable ni muy reducido. La competencia existe, por consiguiente, en todo, y es un error, por lo tanto, creer que sea un perjuicio para la sociedad.



Además, en la emulación que de ella resulta hay sus ventajas. El hombre no se toma molestia sin que algo le impulse; luego la competencia provoca más actividad y un aumento de esfuerzos. Para aventajar a sus competidores, el hombre se ingenia de mil modos; se hallan procedimientos nuevos para producir más económicamente, para hacer mejor y hacer más en menos tiempo. A la competencia debemos los adelantos que hacen las industrias y las artes: así es como el hombre decuplica, centuplica aún sus fuerzas, sometiendo a su voluntad las fuerzas de la naturaleza, y aumentando así sus goces. Gracias a la competencia, la suma de esfuerzos humanos que se necesitaba para producir un resultado cualquiera, se ha disminuido de un modo incalculable. Hoy un obrero se proporciona seguramente con su jornal diez veces más comodidades de las que podía tener hace algunos siglos.

Si el público está mejor servido, si la industria hace mayores progresos, si los productores ejercen más libremente su profesión, si el bienestar de los obreros es, por consecuencia, infinitamente mayor, sin contar con que se les hace mucho más fácil elevarse a una condición mejor, todo eso lo debemos a la competencia, lo debemos a la libertad. Si consideramos el interés general, veremos que estriba en la libertad y que está tanto más favorecido cuanto más grande es la libertad.

Y esa libertad, denominada la libertad de comercio, es en nuestros días una piedra de escándalo para todos aquellos a cuyo cargo está la dirección de nuestros negocios,

¿Entregareis, pues,—dicen—la industria nacional a los extranjeros? Preciso es entenderse acerca de este particular; porque los extranjeros no podrían suplantar una de nuestras industrias sino en una u otra de estas condiciones: producir mejor al mismo precio, o producir solamente tan bueno, pero a más bajo precio. Si la industria nacional teme la competencia, equivale a confesar desde luego que produce peor o que fabrica más caro: entonces, ¿por qué obligar al público a pagar más caro por aquello que puede obtener más barato en otra parte, o en una palabra, a pagar los servicios más caro de lo que valen. En uno como en otro caso, al pedir al gobierno que impida la entrada de mercancías extranjeras para poder vender más caras las nacionales, los fabricantes nacionales atentan a nuestra libertad: extraen en provecho suyo, del bolsillo del consumidor un impuesto igual a la diferencia entre su precio de venta y el de los extranjeros.

Cuando se obliga al gobierno a que imponga un derecho exorbitante sobre las mercancías extranjeras importadas en el país, ¿podrá haber un impuesto más injusto? ¿No es eso constituir un monopolio en provecho de los fabricantes nacionales que producen esos mismos artículos, y



permitirles que hagan pagarlos al consumidor más caros de lo que les costarían si les fuese dado adquirirlos en otra parte?

Dícese que eso tiene por principal objeto permitir a los productores nacionales sostener la competencia con los extranjeros.

Y ¿por qué, entonces, los productores nacionales no sostienen la competencia por sí propios con los productores extranjeros, de igual manera que la sostienen entre sí?

¿Quién es el que gana con la baratura de los productos? Los que los compran; por consiguiente, si las fábricas nacionales no pueden producir a un precio tan bajo como las extranjeras, ¿a qué obstinarse en fabricar objetos que no pueden dar al mismo precio? ¿Por qué pretender obligar al consumidor a que pague quince por lo que podría obtener por diez pesos? ¿Por qué obligar a comprar servicios más caros de lo que valen? Porque si el consumidor puede obtenerlos por diez, no valen para él más que diez. Haciéndole pagar quince, son cinco pesos los que el fabricante saca del bolsillo del consumidor para echarlos en el suyo. Sí haciendo nuevos esfuerzos los fabricantes nacionales pueden producir al mismo precio, es una injusticia para con el consumidor que no lo hagan; pero si eso no es posible, que renuncien a una fabricación que impone aumento de desembolsos al consumidor.

La teoría de la pretendida protección al trabajo nacional, está basada en el error de que «la riqueza de un país consiste en la cantidad de trabajo y no en la suma de satisfacciones que en él se pueden proporcionar». Si semejante opinión fuese cierta; si se tratase, no de producir, sino solamente de trabajar, esta teoría conduciría lógicamente al principio siguiente: «sería preciso buscar la manera de trabajar todo lo más posible, y para ello romper las máquinas y las herramientas».

Se dirá que ese sistema propende a rebajar el precio de todos los productos, y que el precio alto de las cosas es lo que alienta la producción.

También esto es un error, pues no se hace producir sino para vender, y el consumo es lo que fomenta la producción. Y ¿cuándo se consume más? Cuando los productos son lo más barato posible. En definitiva, es el bajo precio, por lo tanto, lo más favorable a la producción.

Es evidente que, pues existe la protección y que gran número de industrias nacionales se han desarrollado a su sombra, hay ya un derecho adquirido que no podría violarse sin injusticia. Nadie puede pensar en suprimir de la noche a la mañana los derechos que protegen a esas industrias. Pero



los que las ejercen no deben lisonjearse de que el país consienta indefinidamente en pagarles sus productos a más precio del que los pagarían en otra parte.

Que el Estado les conceda un plazo, nada más acertado. Si de aquí a entonces la industria no se ha consolidado, sí es una industria artificialmente desarrollada en el país, los fabricantes la irán abandonando sucesivamente, y los obreros se establecerán en otras industrias más prósperas; el país no tendrá nada que deplorar, puesto que utilizará sus fuerzas en trabajos para los cuales sea más apto. Si, por el contrario, la industria es vigorosa y estable, la necesidad la impulsará a hacer esfuerzos más enérgicos para traer su fabricación al grado en que se encuentre en otros países.

La competencia es una de las leyes del mundo social: como todas las cosas, hasta las mejores, tiene también sus inconvenientes en este mundo: puede ser arrastrada demasiado lejos, y en tal caso se hace ruinosa para los productores, y por consiguiente, perjudicial a la sociedad. La moderación de cada cual es el único remedio a este mal; el Estado nada puede hacer. La inteligencia que hace comprender las necesidades de la sociedad y reconocer en que profesión se empleará su actividad con más provecho para ella y para sí, es el remedio al mal.

Deben deplorarse las penalidades que la competencia impone a los hombres; pero ¿es esta una razón para no ver el inmenso beneficio que produce? No olvidemos que para todos nosotros, productores o consumidores, es doble la acción de la competencia. Si a veces estorba a los productores, proporciona a los consumidores aquello que más desean: *la vida barata*.

Pues bien; lo que proporcionará cada vez más la vida barata, lo que permitirá tener las mayores comodidades al menor precio posible, es la competencia. La libertad es la teoría de la abundancia; las restricciones y las prohibiciones, la teoría de la penuria. La baratura resume toda la economía política de los consumidores; obtenerlo todo a bajo precio, muchas comodidades por poco dinero, la abundancia, en una palabra; he ahí lo que desea la sociedad. La carestía resume, por el contrario, la economía política de los productores; desean la escasea para todos menos para ellos, como si eso fuera posible, y como si por un encadenamiento muy lógico, todo lo que afecta a los consumidores no refluyera sobre los productores.

El interés del consumidor está en armonía con el interés general, puesto que se funda en la abundancia. El del productor no está en relación con este interés general sino cuando estriba en perfeccionamientos que permiten disminuir los costos de producción sin rebajar los salarios.



La competencia, pues, que puede traducirse por la libertad, es la ley por excelencia democrática, a despecho de la repulsión que promueve. Es la más progresiva, la más equitativa de todas las que rigen a las sociedades humanas. Es la que hace desaparecer todas las desigualdades ficticias, y la que de medio siglo acá ha permitido a tantos proletarios elevarse a poseer propiedades, comodidad y bienestar. La competencia es la que deja llegar los descubrimientos al dominio común, y da a cada cosa su verdadero valor. Disminuye también en las industrias lo que hay de más rudo y más penoso en los trabajos de los obreros. La agricultura misma, que hasta ahora ha aprovechado tan poco de los hermosos descubrimientos de la mecánica, verá antes de poco tiempo suprimido todo lo que hay de más fatigoso en sus trabajos; ya se han efectuado notables inventos: confiemos, pues, en la competencia para que se realicen los perfeccionamientos que aún se esperan.

La competencia, que por medio de la división del trabajo simplifica las operaciones, pone al alcance de todos los obreros industrias que primitivamente sólo unos cuantos podían ejercer. Trabajos que en su origen exigían conocimientos diversos, se hacen accesibles a las clases menos instruidas. Hasta las ventajas naturales de situación, de fertilidad, de temperatura, de riqueza mineralógica de un país, y aún la de aptitud industrial de sus habitantes, todos redundan, por efecto de la competencia, en provecho de los consumidores de todos los países; cada uno se halla de tal modo interesado en el adelanto de todos los demás. Que un país promueva progresos en su industria, y la humanidad entera recogerá el fruto, porque obtendrá iguales satisfacciones con menos trabajo, o mayores satisfacciones con un esfuerzo igual.

La competencia es, por lo tanto, lo que nos proporciona «la vida barata»; pero es preciso no confundirse; la vida barata no significa tenerlo todo a ínfimo precio; es poder procurarse mayores comodidades y mejor bienestar.



CAPÍTULO XXI. La misión del Estado. — Los impuestos.

La división del trabajo es aplicable al gobierno de la sociedad como a todo lo demás. En efecto, los hombres tienen intereses generales por los que hay que velar, y trabajos que han de ejecutarse en beneficio de todos. En vez de que cada cual desempeñe por sí mismo todas esas tareas, se halla más cómodo confiar su cuidado a un cierto número de personas que no habrán de ocuparse de otra cosa, y que desempeñarán su cometido siguiendo reglas dictadas de antemano y bajo la autoridad de un superior, que es el Jefe de la sociedad o del *Estado*.

El conjunto de las personas encargadas de velar por los intereses del país y de asegurar su prosperidad, constituye lo que se llama el *gobierno*. La palabra gobierno se extiende, a veces, más especialmente a la autoridad superior que dirige a todas las personas colocadas bajo sus órdenes en todos los lugares del territorio, y cuyo conjunto constituye las diversas administraciones del país.

Para satisfacer las necesidades en virtud de las cuales se reúnen los hombres en sociedad, el gobierno tiene que sostener una fuerza armada suficiente para defender el país contra los enemigos del exterior, y para proteger la vida y los bienes de los ciudadanos contra los ataques de los malhechores; tiene asimismo que mantener en todos los países escuadras marítimas y agentes encargados de garantizar los intereses de los nacionales que viajan, trafican o residen en el extranjero; tiene que pagar una corporación de magistrados que administren la justicia a los ciudadanos; y hombres encargados de instruirlos y atender a sus intereses morales; tiene también que hacer construir los caminos, puentes, canales, puertos, faros, arsenales, escuelas, templos, y, en una palabra, ejecutar todos los trabajos de utilidad pública.

Además de estas erogaciones que se renuevan constantemente, hay otras encaminadas a pagar el interés de las deudas contraídas en circunstancias embarazosas, en que las rentas normales de la nación han sido insuficientes; o a pagar la pensión de retiro a los antiguos militares y otros servidores del país, lo cual es también una deuda sagrada.

Estas diversas deudas constituyen lo que se denomina la *deuda nacional* o *deuda del Estado*, y forman en la mayoría de los países una grandísima parte de sus gastos anuales. ¿Con qué elementos podrá el gobierno hacer frente a todos estos gastos? El gobierno es un ser ficticio, un nombre que se emplea para designar el conjunto de personas a quienes está encomendado el manejo de los asuntos de la nación; no tiene nada, ni nada posee; y nada podría hacer si los ciudadanos no le proporcionasen el modo de pagar los gastos que exigen las necesidades del país. Esos gastos, que



son de un interés general, deben soportarlos todos los ciudadanos. El gobierno, pues, se provee de recursos con ayuda de las sumas más o menos considerables que cada cual paga: estas sumas son los *impuestos*.

Llámanse así porque las sumas que los ciudadanos han de pagar se las impone la ley; llámanse también algunas veces «contribuciones» porque representan la parte con la cual cada ciudadano debe contribuir, en una circunstancia dada, a los gastos del país. Los impuestos, por consiguiente, son una exacción de parte de la fortuna de los ciudadanos destinada a los gastos de interés general.

Cuidar de estos gastos es el asunto más importante para los ciudadanos; aun pudiera decirse que ese cuidado así como la determinación de los desembolsos que han de hacerse todos los años y de los impuestos pagaderos con tal objeto, es lo que más importancia da a las formas de gobierno.

En la mayor parte de los Estados civilizados, los gastos que han de hacerse y los impuestos que a ellos han de proveer, son votados anualmente por asambleas de *diputados* o de *representantes*, es decir, por hombres escogidos por los ciudadanos con tal objeto.

La forma de estas asambleas y la manera con que en ellas se vota el presupuesto, o sea, el conjunto de ingresos y de gastos de la nación, es en todos los países uno de los puntos importantes de la *Constitución* que los rige,

Pero no basta asegurarse de que el impuesto se emplea tan sólo en pagar el servicio hecho a la nación, lo cual es ya un punto esencial; importa también asegurarse de que sea pagado por todos.

Las ventajas por cuya razón cada ciudadano tiene que contribuir a las cargas del Estado, son las siguientes: protección para lo que posee; protección de su vida, su libertad y sus derechos; protección de su industria y su trabajo; facilidades para el ejercicio de su profesión por medio de los trabajos que el gobierno ejecuta en provecho general. Todo esto se aplica, tanto a los pobres como a los ricos. No hay más diferencia esencial, sino en cuanto a que el rico, poseyendo más que el pobre, utiliza más la protección concedida a los bienes y se aprovecha más de las ventajas citadas. Pero a causa de esa diferencia se ha establecido una muy grande en la parte de impuesto que han de pagar los ricos en relación a los pobres.

De ahí provienen dos clases de impuestos «los *impuestos directos* y los *impuestos indirectos*».

Son «impuestos directos» aquellos que los ciudadanos pagan directamente en razón de su fortuna; estos atañen principalmente a la riqueza.



«Impuestos indirectos» se denominan así porque los que los soportan o los consumidores no pagan sino indirectamente al Estado. La diversidad de estos impuestos, que se subdividen considerablemente, tiene por objeto gravar a todos los ciudadanos afectándoles todo lo menos posible.

El impuesto es un perjuicio para el contribuyente, es un mal, sin duda, como todos los gastos que cada uno de nosotros está obligado a hacer; pero es un mal necesario, puesto que de otro modo no sería posible proveer a los gastos públicos.

Los mejores impuestos son aquellos que satisfacen lo más exactamente posible a las condiciones siguientes:

«Ser proporcionales, es decir, repartidos de tal modo que no exijan de cada contribuyente sino una cuota proporcionada a la cifra total de su renta particular.»

«Estar establecidos de manera que cada cual conozca suficientemente la cuota que le corresponde, así como la época y la forma del pago; esto a fin de excluir todo debate y toda decisión arbitraria.»

«Que sean recaudados en las épocas y bajo las formas menos incómodas para los deudores.»

«Que estén organizados de manera que originen el menor costo posible para percibirlos.»

No entraremos en otros detalles sobre las ventajas e inconvenientes respectivos de esas diversas clases de impuestos, ni acerca de los medios puestos en práctica para establecer equitativamente su repartición; semejantes cuestiones pertenecen más al dominio de la ciencia financiera que al de la economía política. Haremos observar tan sólo, que el repartimiento de la mayor parte de esos impuestos deja mucho que desear, bajo el doble punto de vista de la equidad y de la simplificación.

Generalmente, todo el mundo se queja, y pide la disminución de los impuestos, hasta la supresión misma; pero a la vez no se hace otra cosa que pedir la creación de nuevos impuestos, cuando se dirigen al Estado nuevas solicitudes. A cada paso se oye decir: «El Estado debería hacer esto, debería hacer lo otro». Se le pide que proporcione trabajo a los que no lo tienen; que provea de pan a aquellos a quienes falta. Se le pide que construya calzadas y ferrocarriles. Se quiere que instruya gratuitamente a los niños, que ampare la vejez, que consuele todas las desventuras. El comercio pide ser favorecido; la agricultura quiere estímulos, desea que el Estado le facilite el dinero de que tiene necesidad. Se quiere que repare todos los males causados por los siniestros, los incendios y las inundaciones; se le pide que en todo se mezcle, que intervenga en todo; hasta se le pediría de buena gana que lo hiciera todo, de manera que nouviésemos más que beber, comer y dormir.



Preciso es, sin embargo, que seamos consecuentes: el Estado no tiene nada, no posee nada; no tiene más que aquello que le proporcionan los impuestos. Pedirle tantas cosas es colocarle en la precisión de crear nuevos impuestos.

Y semejante inconsecuencia proviene de que no nos formamos una idea exacta de lo que es el Estado. Lo consideramos un ser real, cuando el Estado no es sino una frase para designar la cosa pública, la reunión de todos los intereses o la administración encargada de velar por ellos.

El Estado es un ser ideal, a quien cada uno de nosotros pide muchos beneficios y pocas contribuciones; se quiere que dé mucho y que reciba poco. Se le pide que todo lo haga, y a la vez se le dice que suprima o que disminuya los impuestos, porque no se reflexiona que el dinero de que él dispone se lo facilita todo el mundo.

Comprendamos mejor las cosas y no pediremos al Estado sino aquello que puede hacer. El Estado no es sino la representación de todos los intereses del país, y el gobierno es la extensa administración distribuida por toda la superficie del territorio para llevar a cabo lo que exigen esos mismos intereses. Si deseamos que desempeñe bien su misión, no le pidamos más de lo que puede hacer.

El gobierno no tiene que hacer sino aquello que constituye el objeto de su existencia. Y está instituido, ante todo, para proteger a los ciudadanos y garantizar su libertad, sus bienes y su vida. Por otra parte, y para llenar su misión protectora, el Estado debe encargarse de aquellas cosas que los ciudadanos no podrían hacer por sí mismos, Pero es preciso establecer bien el límite entre lo que el Estado debe hacer y lo que los ciudadanos harían tan bien o mejor aún.

Lo que el gobierno o la administración puede hacer, aparte de su misión esencial, que es la de velar por la seguridad y por la salubridad, es asegurar la instrucción a los pobres, construir las carreteras y los puertos, los establecimientos públicos, promover la fundación de bibliotecas, museos y otros medios de instrucción, favorecer el progreso de las ciencias y de las artes. Pero no vayamos demasiado lejos y no le pidamos que haga lo que ya los particulares desempeñan mejor que él. En España, por desgracia nuestra, nos atenemos todavía al Estado de providencia, y nos inclinamos demasiado a encargarle de lo que nosotros mismos podríamos ejecutar.

Tenemos ahora un ejemplo que debe hacernos reconocer nuestro error. Antes nos inclinábamos a creer que solamente el Estado podía encargarse de emprender grandes obras públicas, y, sin embargo, hemos visto ya compañías de simples particulares ejecutar, valiéndose de los capitales reunidos de los ciudadanos, esas grandes líneas de ferrocarriles, los trabajos del canal de Suez, del



canal de Panamá, y tantas otras obras, cada una de las cuales requiere muchos centenares de millones, es decir, sumas más considerables de las que se habría osado proponer que empleara el Estado. No debemos, pues, recurrir al Estado sino cuando es indispensable; de este modo el Estado, teniendo menores gastos, no necesitará de nuevos impuestos; y circunscribiéndose a su misión esencial, podrá llenarla más bien.

Lo mejor que debe hacer el gobierno, es hacer lo menos posible, dejar que obre el interés privado y confiarle el cuidado de proveer al interés general; pero velando siempre por que nadie usurpe el derecho de los demás. Asegurar la libertad es ya una tarea inmensa; pero una vez la libertad asegurada, fíemos a ella el cuidado de realizar aquello que hoy pedimos al gobierno. La libertad hace por sí sola, sin gastos y sin obstáculos, lo que el Estado haría con más trabajo y más gastos.

Un ejemplo para demostrar nuestro aserto: nada es tan importante como asegurar la subsistencia de los ciudadanos; es, sin duda, el principal interés en una sociedad, y sin embargo, el Estado no hace nada en ese sentido, el interés privado se encarga de ello. Si en un pueblo, por ejemplo, el primer magistrado tuviera que cuidarse de las provisiones de la municipalidad y hacer traer cada día lo necesario para el alimento de los habitantes, ¡qué trabajo! ¡cuánta molestia! ¡Qué sería si se tratara de una gran ciudad, de un país todo entero! Ved, si no, lo que se necesita para mantener un ejército: ¡Cuán vasta organización! ¡Qué número de empleados! ¡Cuánto material! ¡Qué complicación de transportes!

Ved, por el contrario, lo que pasa en una ciudad como la Habana. Diariamente el alimento de sus habitantes le llega por todas partes. Nadie se mezcla en ello, y nada falta; el interés privado provee a todo. Todas las mañanas, cuanto es necesario a una aglomeración tan vasta, se encuentra en su puesto, en paraje determinado, y todo en cantidad suficiente, puesto que según los artículos se hayan vendido más o menos bien en un mercado, así los llevarán en mayor o menor cantidad al siguiente día. ¿Y qué hace el gobierno en una circunstancia en que la regularidad de los abastecimientos interesa tanto a la vida de una gran multitud? No hace nada, y hace mucho; se limita a prestar a cada cual ayuda y protección, mantener libre la vía pública y asegurar el orden en el mercado; y el interés particular, seguro de estar protegido en sus transacciones, hace por sí propio todo lo que demanda el interés público.



CONCLUSIÓN.

Henos aquí llegados al término de estos «ejercicios metódicos de Economía política», los cuales tienen por objeto perfeccionar el sentido económico, gracias al que se hace, en cada caso especial, una aplicación razonable y justa de los principios. ¿Habremos acertado? Parécenos que si el lector tiene presentes en su imaginación todas las cuestiones que se han examinado y las soluciones que hemos juzgado propias, nos parece, decimos, que si se propusiera al lector una cuestión de aplicación no examinada en este libro, no dejaría de resolverla siguiendo los mismos principios, colocándose en el mismo punto de vista y animado de ese espíritu moderado que es la verdadera ciencia de la vida.

No obstante, después de haber demostrado al pueblo cuánto se engaña cuando busca, allí donde no puede encontrarlo, el mejoramiento de su suerte, nos proponemos resumir aquí los medios que tiene para realizarlo; queremos dar a conocer mejor los recursos que posee y los que la sociedad le ofrece para llegar a una situación mejor.

Los elementos que en sí mismo posee, no los conoce bastante, y casi no se aprovecha de ellos. Los que le proporciona la sociedad, parece que los ignora, a juzgar por el poco empeño que pone en aprovecharlos.

Desde muchos siglos atrás, la sociedad ha multiplicado las instituciones en favor de las clases menesterosas; pero en nuestro siglo esas instituciones han tomado distinto carácter. En otro tiempo, su principal objeto era el de aliviar la desgracia; hoy, sin abandonar esa misión, se aplican a prevenir la miseria, combatiendo sus causas y ofreciendo los medios para sustraerse a ella. Las instituciones de beneficencia pueden, por tanto, agruparse en dos clases: instituciones que tienen por objeto aliviar el sufrimiento y la pobreza, e instituciones cuyo objeto es prevenir la miseria.

Las instituciones encaminadas a socorrer el infortunio, comprenden los montepíos, los hospitales, los asilos para huérfanos y niños abandonados, los manicomios y otros muchos aún, cada uno de los cuales tiene por objeto prestar ayuda a un género especial de desgracias y de enfermedades.

La sociedad trata hoy, por todos los medios posibles, de hacer cuidar a los enfermos a domicilio, en vez de obligarles a ir a los hospitales; porque el hospital tiene el inconveniente de relajar los lazos de la familia, descargando de la asistencia de los enfermos a aquellos a quienes este cuidado debe corresponder.



A los establecimientos públicos hay que agregar una multitud de instituciones particulares que la caridad, en su ingeniosa é inextinguible fecundidad, ha fundado para socorrer a nuestros hermanos que sufren; de suerte que no hay un mal de los que pueden afligir al hombre que no encuentre su consuelo, de antemano preparado.

He ahí el presupuesto de la caridad: he ahí lo que hacen los ricos: lejos de pensar que no hacen lo bastante, casi debería decirse que hacen demasiado.

La limosna al mendigo a quien no se conoce, tiene a veces la sinrazón de alentar la holgazanería y la vagancia; tiene, sobre todo, el gran inconveniente de corromper las poblaciones desde la edad temprana; se ven, en efecto, padres que educan a sus hijos para la mendicidad, y en lugar de enseñarles a trabajar les enseñan a tender vergonzosamente la mano a los transeúntes.

Además, la multiplicación de las instituciones de caridad favorece particularmente la imprevisión. La facilidad con que se pueden obtener socorros, hace que en cierto modo se cuente con ellos. En vez de hacer esfuerzos para salir de una situación difícil, el hombre se entorpece, se abandona a la pereza, persuadido de que siempre tendrá el recurso de la caridad.

Mucho más importante es todavía lo que la sociedad ha imaginado para precaver la miseria. Si es hermoso y noble el venir en socorro de aquellos que están en desgracia, es mucho más útil impedirles caer en ella.

Las instituciones cuyo objeto es evitar la miseria, llevan, en general, el nombre de «instituciones de previsión», puesto que la previsión es su fundamento. Desgraciadamente, la previsión es lo que más a menudo falta a los hombres, Cuando se tiene ocupación, no se piensa en que puede llegar un día en que faltará; cuando se tiene buena salud, no se piensa en la enfermedad; cuando es uno joven, olvida la vejez. Se vive sin previsión, gastando diariamente lo que se ha ganado, y la falta de trabajo, las enfermedades, los achaques y la vejez, vienen cuando menos se espera.

Es menester pensar en el porvenir seriamente y siempre. Y se dificulta pensar así en ello, porque para ser consecuente sería preciso corregirse de sus defectos, despojarse de sus hábitos de pereza, de intemperancia y de desarreglo; ser prudente, laborioso, económico.

Persuadámonos bien, una vez para siempre, de que la juventud es la época de la siembra y de la labor; la vejez la de la cosecha y el descanso. Cuando somos jóvenes pensemos en el porvenir; hagamos economías y sepamos formarnos un pequeño capital para establecernos un día, o para contar con recursos para todas las circunstancias posibles. Hoy, la «Caja de ahorros» está ahí para



recibir los más pequeños depósitos, y quita todo pretexto de gastar lo que se ha podido economizar. Con la «Caja de ahorros», nada se pierde, todo se aprovecha; las más ínfimas economías acaban por convertirse en sumas. La «Caja de ahorros» es lo mejor que el genio de la beneficencia pudo imaginar para facilitar al obrero el medio de elevarse a una condición más elevada, para pasar del proletariado a la propiedad, de la condición de obrero a la de dueño de casa.

Cierto es que las enfermedades o los accidentes imprevistos vienen muchas veces a trastornar los más prudentes cálculos de la economía. Pero para evitar o disminuir lo que esos males tienen de más perjudicial en sus consecuencias, la beneficencia pública ha ideado nuevas instituciones de previsión. Entre estas instituciones, una de las más propagadas es la institución de «sociedades de socorros mutuos». Son asociaciones establecidas entre los obreros de una misma industria, o entre los habitantes de una misma localidad para ayudarse mutuamente. Mediante una exigua cuota mensual, todos los que forman parte de una sociedad de esa clase, se aseguran, para el caso cíc enfermedad, la asistencia gratuita de un médico y los medicamentos necesarios. Más aún; mientras dura la enfermedad o la incapacidad de trabajar, que podría hacer quedar a su familia en la miseria, reciben diariamente una indemnización, determinada por el reglamento y equivalente casi a su jornal cotidiano; de manera que aun la enfermedad del cabeza de familia deja de ser ya una causa de penuria, como sucedía tan frecuentemente.

Muchas otras instituciones de previsión se han iniciado, y funcionan perfectamente en los países en que la civilización adelanta, lo cual prueba que, mientras más destruye ésta las causas de desigualdad que existen sobre la tierra, mayores recursos pone también al alcance de todos sus miembros, para que se proporcionen una suerte grata y apacible aquí abajo.

Pero por encima de todos los elementos que acabamos de dar a conocer, hay otro del cual debemos esperar mucho más aún para el mejoramiento de nuestra condición social: es la instrucción.

La sociedad ha hecho mucho seguramente al crear todas esas instituciones de que acabamos de tratar; sin embargo, ha hecho mucho más aun propagando la instrucción. La instrucción es a la vez la base y el coronamiento del edificio.

Gracias a que se difunde la instrucción entre las clases más humildes de la sociedad, la igualdad ante la ley no es ya una palabra vana, Todo individuo, si verdaderamente es apto, puede aspirar a todo, puede llegar a todo. ¿Qué necesita para ello? Voluntad y perseverancia. Es preciso querer,



pero querer con voluntad firme, enérgica; que cuando se haya vislumbrado el fin no se retroceda ante ninguno de los legítimos medios de conseguirlo. Querer de este modo, es poder.

No consisten solamente las ventajas de la instrucción en poder leer, escribir y contar, lo cual es mucho, sin embargo; la instrucción perfecciona la inteligencia, dilata el espíritu, ejerce todas las facultades, forma el raciocinio; ella enseña a juzgar, a observar, a comparar, a darse cuenta de las cosas, a hacer, en fin, en todas las circunstancias de la vida, una aplicación justa del saber que se posea.

Hemos terminado. No sabemos lo que el porvenir reserva a nuestra sociedad; pero creemos firmemente que toda opinión radical no es sino un ideal irrealizable, al menos por el momento. Creemos firmemente que no severa jamás en los presupuestos del porvenir una lista civil asignada a la pereza, a la indolencia, a la imprevisión.

Creemos haber demostrado que la «Economía política» es una ciencia que ocupa un rango muy alto en el conjunto de los conocimientos humanos, una de aquellas cuya difusión interesa más a la felicidad de los pueblos.

«¡Cuántas escuelas—dice un eminente publicista—les hubiera ahorrado el hacer popular el conocimiento de una ciencia semejante! ¡De cuántas preocupaciones funestas puede ella sola curar los ánimos de los pueblos! Pero además de la utilidad particular de tal o cual de sus enseñanzas, la Economía política encierra una utilidad muy general y muy eminente, que debe hacerla aún más querida y más familiar a las sociedades modernas que se fundan en el principio del derecho individual y de la Soberanía nacional. Ella es la ciencia de la libertad y de la justicia aplicadas a la riqueza. Tiende a perfeccionar el bienestar, y con el bienestar, la dignidad de las masas populares; es el auxiliar de la verdadera y buena democracia. ¿Qué establece ella en lugar de tantos planes artificiales inventados por la utopía y que se colocan casi siempre bajo la invocación de la fuerza? Una cosa no más, la única, a decir verdad, que sea eficaz: un perpetuo llamamiento a la responsabilidad del individuo».

La antigüedad nos ha legado un sencillo apólogo en el cual se pueden resumir las enseñanzas contenidas en este libro.

«Un labrador de Atenas tenía en su jardín abejas que le daban una miel exquisita. Observando cuánta fatiga les causaba todos los días el viaje al monte Himeto, ocurriósele la idea de plantar en su jardín todas las flores de la montaña, y cortó las alas a las abejas. Los pobres animalillos no



hicieron más miel, y murieron. Las alas de las abejas representan la libre actividad humana, manantial de toda riqueza. Pase aún lo de plantar flores en el jardín; pero ¡no cortéis sus alas a las abejas!»